

Astray Mocha

Revista Semanal



*El ilustre general del ejército español,
Don José Millán Astray*

¡Gloría al héroe de España!

Nº. 885

2
13135

18,225 (1929)

MONTEVIDEANAS



Beatriz Galdani, Cella y Sara Pena y Haydée Valenzuela



Señora Fina de Vioni



Familias de Martínez Cantos y Rivas



Señores César Lanús y Martín Goicoa



Señor Antonio Colucci y sus hijos Adela y Mario



Señor José López Vila y Carlitos López Madariaga



Carlitos I. Sarsotti Iturraspe



Una sirena en seco



Alegre y confiada



La pelota de la discordia



Remojo en familia



La felicidad en marcha
Fots. Maíque

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, Abril 9 de 1929

No. 885



“EL FUTURO MARINERO”



Cuando salta una chispa

Por F. M. González

Pocas serán las personas que no hayan leído novelas o cuentos donde se menciona el caprichoso o extravagante testamento de un tío rico; y de memoria se sabe que, o ella se casa con el destinado, para no perder la herencia, o él se casa con ella y no ve un cuarto. Los detalles varían según los gustos del escritor; pero el lector está completamente seguro, desde un principio, en que se casarán y cogerán la herencia. Yo he leído muchas de esas novelas con el mismo deleite que los demás, haciendo mil comentarios sobre la poca sagaz precisión del testador, sin perjuicio de no creer que aquello pueda haber ocurrido nunca.

Con respecto a mí, será completamente imposible. En primer lugar porque no soy una belleza: no quiere esto decir que soy un espantajo, pues tan lejos me encuentro, afortunadamente, de lo uno como de lo otro, quede esto sentado desde ahora. Y en segundo lugar porque no cuento con tíos ricos que pudieran legarme una fortuna.

El invierno en que murió mi tío Santiago estaba yo de maestra en un pueblecito de la sierra. Y aquí se ofrece otra de las contradicciones más corrientes respecto a lo que leemos: en las novelas se presenta siempre, o casi siempre, la protagonista envuelta en lujos, mientras que yo sólo estuve rodeada toda la vida, de trabajos.

La muerte de mi tío no levantó en mí la menor expectación, porque si bien fué el único de los hijos de mi abuelo que demostró alguna capacidad para hacer dinero, sus energías las tuvo puestas en la fabricación de un arado especial que tenía que competir con los de cientos de fábricas bien montadas y bien respaldadas con fuertes capitales. Yo siempre le supuse acomodado nada más: en verdad, la única vez que había estado en su casa no escuché, de labios de la tía Juana, sino lamentaciones sobre lo pobre que eran, y de las tacañerías del tío que le privaba de todas las distracciones de la vida y aun de todas las comodidades, hasta el punto de que no tenía más que una sola criada para el servicio de la casa. Pero, eso sí, tía Juana vestía con relativo, cambiando de vestido casi todos los días.

Desde aquella visita, cuando yo contaba los diez y nueve años, cinco antes del fallecimiento de mi tío, no les había vuelto a ver y, como puede suponerse, no era muy grata la única impresión que yo guardaba de la familia.

Los tíos no habían tenido hijos y se conservaban muy bien; ella guardaba mucho de su pasada belleza y el cuidado que tenía de su persona la realizaba; él era alto, callado, un tanto ceñudo y toseco de apariencia, muy ene-

migo, por consiguiente, de las reuniones sociales y de las visitas, teniendo por única distracción la lectura de novelas emocionantes de actualidad, de las que devoraba una cantidad considerable; con eso y con la fábrica de arados, con sus obreros y clientes, y con sus competidores tenía cubiertas todas las ocupaciones de su vida.

No podría afirmar que al recibir del telegrama que me anunciaba la muerte de mi tío me quedé sin sentido; pero sí lo sentí bastante; pues, sea como fuere, mi tío no

que fué en vida un hombre honrado a carta cabal, un dignísimo ciudadano y demás alabanzas que todos conocemos acompañan a esas noticias; pero me extrañó algún tanto que no hubiera referencia alguna ni a la fábrica ni al estado financiero del tío Santiago, como es también de rigor en esos casos.

Habían pasado varios días desde que recibí el telegrama; era un jueves, me acuerdo, próxima la hora de salir las niñas del colegio, cuando sentí pararse un coche a la puerta y, con el rabillo del ojo,

"EL FUTURO MARINERO"

El pastor que cuida del rebaño de su amo en apartada dehesa, y que no ve otros seres humanos durante muchos meses que algún carbonero solitario o viandante extraviado, o la persona que le trae cada quince días su provisión de pan, algún trozo de tocino y sal, así como el pescador que vive en monótona playa, en una misera choza en compañía de un reducidísimo número de familias pescadoras como él, son la gente que menos trato tiene con el resto del mundo, y por esto en ciertos parajes se reduce todo su vocabulario a unas trescientas voces: en ningún caso ni en ningún país pasa de quinientas, según resulta de observaciones repetidas. Sin embargo, se han visto pastores a quienes su estrella arrancó del monte, llevándolos en medio del bullicio y movimiento afanoso de las ciudades y que llegaron a altas posiciones en la sociedad. ¿Se registran hechos análogos en la clase de pescadores? Difícil es asegurarlo. El pescador servirá en la marina, pero cuando vuelve entre los suyos es el mismo hombre de antes. Se casa, y su hijo no conoce ni ambiciona otra carrera que el estado de su padre; pescar, servir a la armada y volver a pescar. Si cuando muchacho llega a construirse por vía de entretenimiento, un barquito con algún trozo de madera blanda que el mar abandona en la playa, escena que representa el grabado de la página precedente, ya es un portento y si jugando piensa vagamente en su porvenir, su mente le traslada a bordo de un buque de guerra, donde sirve en clase de marinero, lo mismo que sirvieron su padre, su abuelo y todos o casi todos sus parientes. (N. de la R.)

había alcanzado el logro de todas sus ambiciones, muy merecidas por su honradez, laboriosidad e inteligencia.

Ya debí haber dicho que la tía Juana murió al año siguiente de mi visita, dejando al tío Santiago solo en el mundo, pues para él no había más mundo que su casa, y su fábrica, y en éstas no estaba el enjambre de sobrinos y sobrinas, que residían en el mismo pueblo. Para el caso era igual, según su punto de vista, pero para mí era muy distinto, pues esos parientes estaban cerca de él y le conocían mucho mejor que yo.

A mis manos llegó también un periódico de la localidad dando cuenta del entierro y de los funerales celebrados por el alma del

vi descendir de él a un joven bien vestido.

Las calles estaban cubiertas de nieve todavía acusando la tempestad que habíamos pasado los días anteriores: el suelo muy resbaladizo por la persistencia del frío que había helado la nieve.

Mi primera impresión fué que el visitante era el inspector de escuelas recientemente nombrado y a quien, por consiguiente, no conocía. Y sentí la visita porque las niñas no estaban preparadas entonces para ella: la crudeza del invierno había contribuido a que faltaran alas clases más de lo ordinario.

Pero no era el inspector, sino un joven muy agradable de aspecto; bien vestido, guapo, alto.

—¿Tengo el gusto de hablar con la señorita Palmorana? — Preguntó cortésmente alargándome la mano.

—Servidora — repuse estrechando la mano que me extendía y rogándole que pasara.

Una vez sentado en la única silla que podía ofrecerle, la mía del pupitre, le rogué me perdonara por unos instantes, hasta terminar las clases. Puso su sombrero, y sus guantes sobre la mesa y se desabrochó el gaban de pieles, dispuesto a esperarme y a celebrar una larga conferencia conmigo, según supuse por esos nimios detalles.

No faltaba más que diez minutos para las cuatro cuando entró el joven. Yo andaba de uno para otro lado terminando de corregir las planas escritas por las niñas. A poco, poquísimo, de estar allí sentado el visitante, me apercibí de su insistencia en mirarme cuando creía que yo no le observaba. La sola idea que entró en mi cabeza fué la de creerle viajante de una sociedad editora e interesado, por tanto, en la venta de libros para niñas o de instrucción.

También me equivoqué esta vez. De pie ante el pupitre, miraba a las niñas con ternura, sonriente, ponerse sus abriguitos para salir y sorprendiendo la curiosidad de ellas que no le perdían de vista, mientras yo arreglaba a las más pequeñas ayudándolas a abrigarse. Y hasta les dirigió algunas palabras de advertencia sobre el frío que hacía y sobre el cuidado que debían tener al salir, por estar las calles tan resbaladizas con el hielo.

Hasta que hubieron salido todas no me dirigió la palabra. Ya me había fijado en todos los detalles de sus facciones y aun de su persona; corroborando mi primera impresión le creí guapo, distinguido, moreno claro, de ojos expresivos, nariz un tanto aguilena, atrayente por sus maneras y simpático, muy simpático en conjunto.

—Usted es la señorita Consuelo Palmorana, hija de Eustaquio Palmorana y sobrina de Santiago Palmorana, el fabricante de arados establecido en...

—Sí, señor, la misma. — Le contesté con cierta turbación, dándole cuenta de que su pregunta, tan detallada, correspondía a su cargo de curial y estaba relacionada con el testamento de mi tío. Y aún agregué: — ¿Es usted abogado?

—No, señorita; yo soy Alberto Pujino, ingeniero encargado de la fábrica de arados de su tío; quizás habrá usted oído a su tío hablar de mí alguna vez.

Recordé en aquel momento que mi tío Santiago no debía de hablar de él, conceptuándole como su mano derecha por más de siete años. Además, el telegrama que yo recibí anunciándome el fallecimiento estaba firmado por Alberto Pujino. Por mis recuerdos, de las palabras y de la forma que habla-

ba mi tío de él lo creí un hombre, de rudas maneras y modales hechos a tratar con herreros, con los ciegos de Vulcano: nunca pude imaginarme al hombre correcto, distinguido y guapo que tenía ante mis ojos.

—Efectivamente; recuerdo que mi pobre tío apreciaba a usted mucho, pues a cada instante tenía su nombre en los labios para alabarle. Me alegro conocer a usted, aunque no es esta la ocasión más propicia para ello y mucho menos las causas que, creo comprender, motivan nuestro conocimiento.

—He venido, como usted no calcula mal, según veo, por algo íntimamente relacionado con el testamento de su tío.

Ya estaba en lo cierto y mi corazón palpitaba fuertemente. ¡Heredería! ¡Heredería! Pero permanecí callada y en apariencia tranquila, esperando que el señor Pujino continuara.

—El hecho es — siguió diciendo, levantando la cabeza, algún tanto sonrojado el rostro por el esfuerzo que estaba haciendo para encontrar palabras adecuadas, según supuse —; el hecho es que su tío ha dejado un testamento muy raro, muy extravagante.

Hizo una pausa tan larga que me creí en el caso de decir algo.

—¿Concerniente a mí?

—Muebísimo, todo, íntimamente ligado con usted. — Él hizo un gesto con la boca como si tuviera en ella algo amargo y los labios se resistieron a saborearlo.

—Tengo que pedirle mil perdones por anticipado, señorita Palmorana, por lo abrupto de lo que las circunstancias me obligan a decirle; no hay otro medio de cumplir las condiciones impuestas por su tío en el testamento. Fuera aparte de los pequeños legados, su tío de usted ha dejado toda su fortuna, algo así como medio millón de pesos oro, sin contar los muebles, las alhajas y las fincas urbanas, condicionalmente... Lo importante, la cuestión esencial es si usted... esto es, si bajo las presentes circunstancias usted puede... bueno, usted quiere... casarse conmigo.

Hubo un momento en que el joven dudó entre continuar y callarse, sorprendido sin duda alguna por la extrañeza que se pintó en mi cara; pero no tardó en recuperar ánimos y prosiguió con extraordinaria rapidez:

—Yo entré a trabajar en la fábrica cuando apenas contaba los catorce años de edad; su tío de usted me ayudó a seguir la carrera, a familiarizarme con todos los detalles del único esfuerzo grande de su vida, de la fábrica, hasta que pude dirigirla por mí solo. Ya comprenderá usted que todo su anhelo lo tenía puesto en que no saliera de la familia y de ahí parte su resolución, habiendo elegido a usted por creerla la más digna y más adecuada para disfrutar y compartir su fortuna.

—No dudo de las buenas intenciones de mi tío — interrumpí débilmente —. Estoy segura de que usted reúne inmejorables dotes para hacer feliz a una mujer y por ello siento infinito hacerle perder su parte, pero... eso que usted me propone es completamente imposible.

Sin saber qué contestarme volvió la vista hacia la ventana para contemplar el bellissimo panorama nevado que desde allí se divisaba y antes de que yo pudiera tener tiempo para cobrar alientos y seguir adelante, dándole algunas explicaciones de mis palabras, tan extraña como rotundamente afirmadas, volvió sus ojos a mí y me dijo:

taba sujeta.

—¿Y prefiere usted esto — siguió diciendo con la vista repartida por todo el colegio —, a ser la esposa de un... perdoneme la inmodestia, de un ingeniero director, y propietario a medias, de una fábrica bastante acreditada?

—Lo prefiero a casamiento impuesto, a una venta...

Sin tomar en cuenta mis palabras, como si no las hubiera escuchado o como si no encerraran importancia alguna, siguió diciéndome:

—Con ello podría usted satisfacer todos sus gustos y caprichos; usted seguramente es aficionada a la música, a las bellas artes, a la literatura; usted podría hacer

conveniente, con tal de que estemos allá antes de la una del día, en que están citados todos, pasará a recogerla. ¿Le parece bien?

Sin tener exacta conciencia de mis palabras quedamos de acuerdo en que fuera a recogerme a casa como a las once de la mañana del día siguiente; y, además, en acompañarme allí en aquel momento; allí, donde yo me hospedaba, a mi casa, como siempre la llamaba.

Tan aturdida me encontraba que no podía darme cuenta de si caminaba o no para la cabeza de partido a la lectura del testamento de mi tío Santiago. La noche la pasé en vela, no había podido conciliar el sueño; por más esfuerzos que hacía para desterrar de la memoria la condición absurda del testamento, más clara se me representaba la imagen del ingeniero, y más resonaban en mis oídos sus palabras: "Medio millón de pesos oro no es suma despreciable y... por lo que a mí respecta no creo..."

Había sido una concesión, sin duda alguna, por mi parte y, con un hombre de las cualidades que adornaban al ingeniero, toda concesión la encontraba peligrosa. Sin embargo, su comportamiento para conmigo no inspiraba sospecha alguna. Además, me iba acimatando al excitamiento producido por las circunstancias y rebuscaba, sin quererlo, en la memoria algo que fuera parecido al caso mío, sin lograr encontrarlo.

Lo cierto era que allí estaba en el coche con el ingeniero, caminando hacia la cabeza de partido para presentarme ante el juez y aceptar o rechazar tan importante legado. Las mil ideas que durante el desvelo de toda la noche habían cruzado por mi cerebro lo tenían debilitado; sentía un atontamiento tan grande que me imposibilitaba par coordinar ideas concretas; ni aun el frío de la mañana, que no era poco, me reanimaba; verdad es que Alberto cuidó bien de arroparme con su manta, con el esmero que hubiera empleado una madre.

Pero lo que no pudo ni la voluntad ni el frío, lo pudo una frase del ingeniero:

—¿No cree usted que yo podría serle soportable?

Un calofrío intenso corrió por todo mi cuerpo, aclaró mis sentidos y me hizo protestar con extraña prontitud.

—No es eso, no es eso; sino que yo no puedo aceptar un casamiento obligado y me confunde, créame usted el que usted lo pretenda, me instigue a él, cuando tan alto concepto tengo formado de usted.

Sonrió Alberto, con bien marcada satisfacción, al escuchar esa última parte y la frente me ardió uno segundos después al darme cuenta de la interpretación que había dado a mis palabras. Inconscientemente salieron de mis labios, pero consciente ahora de ellas no

Nocturno

Es media noche. El frívolo "cabaret" elegante resplandece de luz. Ha callado la orquesta. Y con la última nota de un tono delirante, cae un sopor de "spleen" en medio de la fiesta.

Pierrot está de frac. Un ajenjo ante él lanza, como un embrujamiento, su lumbrarada hipnótica; Colombine, a su lado, reposa de la danza, y repite un motivo de la música exótica.

Un viejo alegre y cínico, de elegancia impecable, con aire de marqués, burlón y generoso, escuchando a Mimí, sonríe imperturbable y la dice una flor en un francés dudoso.

Más allá, disciplente, un "dandy" perfumado, incansable "poseur", enfermo de snobismo, a través del monocle, finge un gesto cansado, en el que ha puesto todo su aristocrático.

Entra una "cocotte" gruesa, enjoyada y marchita, que en vano al "maquillage" pidió nueva frescura; en un rincón solloza la dulce Margarita, que con un "nouveau riche" inicia una aventura.

Y borracho de tedio, en la mano la frente, donde no hubo dolor que no cavara un surco, el poeta bosteza indiferentemente, envuelto en la neblina de un cigarrillo turco.

José G. de UBIETA

—Medio millón de pesos oro no es suma despreciable y... por lo que a mí respecta no creo...

—Ser tampoco despreciable, ¿verdad? Pero yo sí — repuse con precipitación.

Alberto frunció la frente y comenzó a pasear la vista por la sala, buscando palabras, en el interior, con qué responderme, según mi creencia, pero en realidad para hacerme partícipe de sus pensamientos.

—¿Tanto le agrada esta vida de enseñanza?

Como un relámpago llegó a mí la convicción de que aquel hombre había sorprendido mis más íntimos sentimientos; que había comprendido mi repugnancia a la vida de esclavitud y monotonía a que es-

cuanto quisiera por la familia; a mí me encontraría siempre dispuesto a complacerla, a verla feliz.

—Haga el favor de no insistir, se lo ruego muy enérgicamente.

—Entonces — sugirió Alberto, en tono persuasivo — no me queda más que rogar a usted se presente mañana ante el juez y el notario para cumplir las formalidades de la apertura y lectura del testamento, con los testigos y testamentarios. Si a usted le parece yo puedo acompañarla en el carruaje que me espera ahí fuera: de todas maneras ya es tarde para marchar y con los caminos helados no es aconsejable salir casi de noche, aunque sea tan corta la distancia: pasará la noche en ésta y mañana, a la hora que le sea más

tuve valor para retirarlas, para anularlas dándoles distinto giro. Quizá contribuyó mucho para ello el ver que, en un movimiento brusco del coche, al intentar Alberto meter la mano en uno de los bolsillos del chaleco, se deslizó al suelo un retrato, una pequeña fotografía mía que años atrás había yo mandado a mis tíos.

Lo inesperado es lo que más aturde a las personas. Nada tenía de particular que al conocer Alberto las disposiciones testamentarias de mi tío, buscara en la casa un retrato de aquella sobrina, copartípe suya en la herencia, y prometida por una de aquellas cláusulas, siquiera fuese para identificarme al ponerse delante de mí. Pero aquel nimio incidente perturbó la tranquilidad del ingeniero, y nervioso, encendidas sus facciones, se agachó a recoger el retrato, disculpándose torpemente en el interín.

Largo rato tardó en reanudar la conversación.

—Comprendo perfectamente lo que significa para usted un casamiento obligado, pero ¿por qué lo mira usted bajo ese punto de vista? ¿Por qué no lo considera simplemente como una oportunidad llena de sentido común?

—¿Es que usted no siente al unísono conmigo? ¿Qué le instiga a ello? ¿Acaso el dinero es tan importante para usted que no duda en saltar por encima de sus sentimientos?

Me miró intensamente un poco aturdido y dudoso mientras se arropaba bien con la manta que le cubría las piernas.

—¿Y la fábrica? Quizás no lo haría si no fuera por la fábrica.

—Pues convénzase de que no hay mejor camino que seguir.

El sol se había levantado ya hasta el zenit quitándonos aquellas refracciones que herían directamente a los ojos, producidas por las nieves heladas. El aire era seco, cálido, cortante, y los caballos, sin perder la precaución habitual del instinto de los animales, trotaban con cuanta ligereza podían, acortando la distancia en busca del confortable establo.

Caminábamos en una especie de silencio social. Mi cerebro no dejaba de ofrecerme imágenes variadas y conceptos enlazados con la situación: entre éstos tomó cuerpo el tiempo necesario para cumplir las cláusulas del testamento de mi tío.

—¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en arreglarse la testamentaria? — le pregunté a Alberto.

—¿Quiere usted saber el máximo de tiempo que nos concede para casarnos si hemos de heredar?

—Sí, eso es — repuse después de una corta pausa —. Eso quise preguntarle.

—Siguiendo al pie de la letra las disposiciones testamentarias — contestó pausado, pensando sus palabras — el casamiento debe efectuarse a la inmediata, sin pérdida

de tiempo alguno... Como esto no era cosa de telegrafárselo a usted, ni de confiarlo a una carta, me apresuré a venir tan luego me fué posible; dificultades del negocio me han impedido hacerlo antes y

posible — prorrumpí estupefacta.

—Aquí están las licencias a falta de llenar las fechas — decía metiendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacando unos papeles que me entregó.



—¿Qué tal, señor García? ¿Cómo va por su casa?
—Voy en pijama, ¿y usted?

INMENSIDAD DE AMOR

¿Medir mis celos y mi amor ansías?
Pues, sube al alminar
Y tiende una mirada por la etérea
Azul inmensidad.
Agrega a la distancia inmensurable
Que puedas abarcar,
Otras mil más que el horizonte oculta
A tu curiosidad.
Fíngete luego, que en las mil poreiones
Miras al sol brillar;
Mas... piensa que, del cielo, todas ellas
Son sólo una mitad,
Y que la otra que en el mundo antípoda
Pudieras contemplar,
Se encuentra en este instante sepultada
En densa oscuridad.

Pues es mi amor al alma lo que aquellas
Parecen al mirar,
Y así, cual ellas, este amor se encuentra
Partido por mitad.
Una mitad en mis pupilas brilla
Tu imagen al besar;
La otra mitad la oculta de mis celos
La fiera intensidad.

Roque Vérguez y Zuazu.

cuando todo estaba dispuesto sobrevino la tempestad de nieve. No por ello he perdido tiempo, pues en esos días arreglé mis papeles privados y gran parte de los de usted, y ahora sólo falta su consentimiento y... fijar el día.

—Imposible, completamente im-

Tan luego pude dominar mi angustia y el terror que me sobrevino, rogué al ingeniero que volviéramos a mi pueblo, porque de ningún modo me prestaba a tan absurda situación.

—¿Es esa su última palabra? ¿No cambiará de parecer?

—No, esa es mi última palabra.

—En ese caso no tengo más que añadir; cumplamos con el requisito legal de presentarnos ante el juez, que nos está esperando ya, y cúmplase la voluntad de Dios.

El resto del camino lo pasamos callados, ensimismados en nuestros pensamientos. Mucho trabajo me cuesta el declarar el curioso estado psicológico que me dominó al entrar en la sala de audiencia; era tonto, era inexplicable, pero era cierto: desde el momento en que ví al juez, sentado en su poltrona, al notario y a los escribanos dispuestos a testificar mis palabras, me sobrevino un cambio mental tan grande que lo imposible se convirtió en deseable; y, seguramente, si en aquel instante me preguntan si aceptaba las condiciones impuestas en el testamento no hubiera dudado en afirmarlo. Pero las formalidades legales exigían la lectura completa del testamento antes de hacérseme pregunta alguna y durante ese tiempo se acallaron mis sentimientos y volvió a ocupar su puesto la indignación que me producía semejante imposición. Así no fué extraño que contestara con altivez renunciando a la herencia.

Mi actitud anonadó al ingeniero; parecía como si hubiera estado alimentando una esperanza grande hasta el último momento, a juzgar por el efecto que le causó mi renuncia; retratado en su semblante al ponerse también de pie, mirándome de reojo, con la cabeza inclinada hacia el pecho, cuando me disponía a marchar sin ninguna clase de consideraciones a la sala.

Tras mí salió aturdido, y antes de yo abrocharme el abrigo ya había él saltado al coche e instigado a los caballos a una veloz carrera. El piso no estaba para eso y patinando al principio y resbalando después dieron motivo a un vuelco del coche, saliendo Alberto despedido y quedando en el suelo sin sentido.

Dí un grito de dolor agudo y corrí como alocada al lugar de la caída. La inmovilidad de Alberto y la palidez de su rostro conmovieron todo mi ser, creyéndole muerto. Y aquel hombre había despertado mi alma, me había propuesto casamiento. En un vértigo, en un arranque inconsciente incliné mi cabeza hasta la suya y le besé, si le besé con todas las pocas fuerzas que me quedaban.

Mientras yo le desabrochaba la chaqueta para ponerle la mano sobre el corazón, abrió los ojos y sonrió casi consciente. Aun todavía después del tiempo transcurrido, me parece imposible.

—¿Sigue usted creyendo que es imposible? — exclamó levantando el torso y sentándose en la nieve congelada, sin apartar sus ojos suplicantes de los míos.

—¿Tiene usted que vender la fábrica a un extraño? ¿No podría interesar a cualquier amigo en la compra y continuar usted como in-

geniero directo?

Para colmo de mis sorpresas se sonrojó y bajó la vista.

—Pensaré en ello.

De repente me cogió las manos y por rápido impulso quedamos de pie, frente a frente.

—¿Cómo sabe usted que no soy un impostor? — me dijo con voz queda, confusa.

—¿Un impostor? — exclamé sin saber lo que decía.

—Sí, un impostor, un cualquiera que ha venido a sorprenderla.

—No le comprendo. ¿No es usted el verdadero Alberto Pujino? ¿No pretendía casarse conmigo?

La palidez de su rostro se tornó en fuerte encarnado en un segundo y con no menos prontitud respondió:

—Y sigo pretendiéndolo, ahora más que nunca: yo soy Alberto Pujino, el verdadero, el único: me refería al testamento, que es.... Pero no perdamos tiempo, en el coche se lo explicaré todo; porque supongo que me permitirá que la lleve a casa de su tío, no más de dos horas de aquí, como usted sabe.

—¿Pero es que mi tío...?

—Vive, criatura, vive y Dios quiera que por muchos años — me decía llevándome de la mano hasta el coche ya levantado por los que acudieron a prestar auxilio y ayudándome a subir a él, sin yo haber hecho la menor protesta.

Partieron los caballos sosegadamente y hasta bien fuera de la población no se cruzaron palabras entre nosotros; Alberto cuidando de evitar una repetición del accidente; yo como ensimismada en la confusión de ideas que batallaban en mi cerebro.

Algo debió comprender Alberto cuando volvió la vista hacia mí una vez confiado de que el camino no ofrecía peligro y los caballos marchaban con la debida precaución, porque no pudo contener la risa que le brotaba a borbotones de los labios.

—No me guarde rencor por lo que voy a decirle, ni interprete torcidamente mis palabras; voy a contarle el caso y hacerle una confesión general de toda mi vida, antes de presentarnos delante de su tío para que no le extrañe la actitud que tome y para satisfacción de mi conciencia.

—Todo ello ha obnubilado — continuó diciendo, después de una pausa obligada, por tener que atender a los caballos — a una apuesta, entre su tío y yo, de cinco mil pesos, sosteniendo él que yo no podría conseguirlo, y él ha ganado.

—¿Conseguir el qué?

—Casarme con usted bajo las cláusulas del testamento.

—Pero el telegrama, la noticia en los periódicos, el juez...

—Todo amaño entre amigos que esperan disfrutar de un suculento banquete donde domine la alegría del vencedor.

—¿Y qué fin perseguía mi tío con eso?

—El probar su teoría: usted sabe lo aficionado que es a leer novelas: él sostiene que esas cosas no prosperan con jóvenes como usted.

—Lo que no puedo comprender es que haya hombres que se vendan por cinco mil pesos. — La desilusión y el desagrado me hicieron romper el silencio que había guardado desde que monté en el coche. — Por medio millón y un negocio próspero, quizás; pero por cinco mil pesos...

—Es muy sencillo — contestó tranquilamente — sólo que usted no va a creerlo.

—¿Hay algo que yo no esté dispuesta a creer? — Esta pregunta salió de mis labios envuelta en sarcasmo tal que a mí misma me sorprendió.

—¿Recuerda usted aquel muchacho que se hirió en la fábrica por un descuido imperdonable?

—No; espere... ya me acuerdo; aquél que lloraba gritando...

—El mismo: y usted le contuvo la sangre con su propio pañuelo, y le consoló y le tuvo con la cabeza en sus faldas hasta que

llegó en médico... Usted iba con su tío viendo todos los talleres y me impresionó como la bondad personificada, como nada ni nadie en el mundo me había impresionado hasta entonces... Yo estaba entonces muy ocupado con mis trabajos y mis estudios y no tenía tiempo que perder en noviazgos. Después de aquello, se interpuso en mi camino una mujer que en los tres años de relaciones que hemos sostenido me convirtió en un verdadero escéptico... Muchas veces hemos discutido su tío y yo la teoría que él mantiene respecto de la mujer sosteniendo yo que todas se venden; hasta que un día, no ha muchos, me enseñó el retrato de usted y su proposición de apuesta

te de usted...

—¿Pero usted lo hizo a propósito — exclamé alarmada.

—Pues claro; pensé que si me había... usted...

—¡Oh! ¿Luego usted no perdió el sentido y...?

—¿Cómo no? Completamente — se apresuró a decir —. Y allí fué donde, en verdad, perdí la apuesta y... ¿Habré perdido también a la mujer de mis amores?

Con el sombrero de viaje todavía, el saquito de manos en las piernas de mi tío, acusando que me recibió en el jardín, donde mandó que me sirvieran el almuerzo por no haber ni desayunado aquella mañana; y para estar satisfecho de que nuestra conversación no llegara a oídos indiscretos, me ofreció los cinco mil pesos, de la apuesta que había ganado, como regalo de boda y el nombrarme, no copartípe, sino heredera universal de toda su fortuna.

La planta que cura la parálisis

Los profesores L. Lewin y P. Schuster han descrito, en una sesión reciente de la Sociedad Médica de Berlín, las propiedades de una nueva droga medicinal mucho más rara que el radio.

La nueva droga se llama "Banisterina", y la consideran como una medicina casi milagrosa contra la parálisis causada por enfermedades orgánicas del cerebro. El explorador alemán Koch-Gruenberg descubrió que los indígenas extraían de esta planta una bebida que les producía un enorme aumento de sus cualidades de acción y les hacía pasar algunas horas bailando y gritando como locos.

El profesor Lewin ha logrado extraer la substancia activa de la planta. Es un alcaloide que ha denominado "Banisterina". Inyectada en determinados animales, produce el estímulo de las células paralizadas del cerebro que dirigen el movimiento de las extremidades.

El profesor Schuster, a su vez, ha realizado experimentos sobre personas que sufrían parálisis total o parcial, y obtenido igualmente sorprendentes resultados. Una pequeñísima inyección de "Banisterina" permite al enfermo mover extremidades paralizadas durante años.

El profesor Lewin cree que es necesaria la organización de expediciones para obtener cantidades considerables de esta planta para su cultivo en Europa, porque está convencido de que con la "Banisterina" se habrá conquistado uno de los medicamentos más importantes del mundo.



caso tal que a mí misma me sorprendió.

—¿Recuerda usted aquel muchacho que se hirió en la fábrica por un descuido imperdonable?

—No; espere... ya me acuerdo; aquél que lloraba gritando...

—El mismo: y usted le contuvo la sangre con su propio pañuelo, y le consoló y le tuvo con la cabeza en sus faldas hasta que

y quedamos conformes en llevar esta a la práctica. Yo comprendí desde un principio que a su tío le agradaba la idea de verme unido con usted y, de realizarse, es muy probable, casi seguro, que deje su fortuna en favor... de aquella impresión tan grande que, dormida por cinco años, se ha convertido en la sola aspiración de mi vida... Cuando hice volcar el coche delan-

EL FANTASMA

Por Emilia Pardo Bazán

Cuando estudiaba carrera mayor en Madrid, todos los jueves comía en casa de mis parientes lejanos, los señores de Cardona, que desde el primer día me acogieron y trataron con afecto sumo. Marido y mujer formaban marcadísimo contraste: él era franco, alegre, partidario de las soluciones prácticas; ella pálida, nerviosa, romántica, perseguidora del ideal. El se llamaba Ramón; ella llevaba el anticuado nombre de Leonor. Para mi imaginación juvenil, representaban aquellos dos seres la prosa y la poesía.

Esmerábase Leonor en presentarme los platos que me agradaban, mis golosinas predilectas, y con sus propias manos me preparaba, en bruñida cafetera rusa, el café más fuerte y aromático que un aficionado puede apetecer. Sus dedos largos y finos me ofrecían la taza de porcelana cáscara de huevo, y mientras yo paladeaba la deliciosa infusión, los ojos de Leonor, del mismo tono obscuro y caliente a la vez que el café, se fijaban en mí de un modo magnético. Parecía que deseaban ponerse en estrecho contacto con mi alma.

Los señores de Cardona eran ricos y estimados. Nada les faltaba de cuanto contribuye a proporciónar la suma de ventura posible en este mundo. Sin embargo, yo di en cavilar que aquel matrimonio entre personas tan distintas no podía ser dichoso.

Aunque todos afirmaban que a don Ramón Cardona le rebosaba la bondad y a su mujer el decoro, para mí existía en su hogar un misterio. ¿Me lo revelarían las pupilas color café?

Poco a poco, jueves tras jueves, fui tomándome un interés egoísta en la solución del problema. No es fácil a los veinte años permanecer insensible ante ojos tan expresivos, y ya mi tranquilidad empezaba a turbarse y a flaquear mi voluntad. Después de la comida, el señor de Cardona salía; iba al casino o a alguna tertulia, pues era sociable, y nos quedábamos Leonor y yo de sobremesa, tocando el piano, comentando lecturas, jugando al ajedrez o conversando. A veces, las vecinas del segundo bajaban a pasar un ratito; otras estábamos solos hasta las once, hora en que acostumbraba a retirarme, antes de que cerrase la puerta. Y con fatuidad pensaba que era bien singular que no tuviese don Ramón Cardona celos de mí.

Una de las noches en que no bajaron las vecinas — noche de mayo, tibia y estrellada — estando el balcón abierto y entrando el perfume de las acacias a embriagar-

me el corazón, me tentó el diablo más fuerte, y resolví declararme. Ya balbuceaba entrecortadas palabras, no precisamente de pasión, pero de adhesión, rendimiento y ternura, cuando Leonor me atajó diciéndome que estaba tan cierta de mi leal amistad, que deseaba confiarme algo muy grave, el terrible secreto de su vida. Suspendí mis confesiones para oír las de la dama, y me fué poco grato escuchar de sus labios trémulos de vergüenza, la narración de un episodio amoroso. "Mi único remordimiento, mi único yerro — murmuró acongojada doña Leonor —

no es de que es la pura verdad cuanto voy a decirle. Considero el caso de la señora de Cardona, el más raro que en mi vida me ha sucedido. No sólo no poseo ni he poseído jamás los documentos a que esa señora se refiere, sino que no he tenido nunca el gusto... — por que gusto sería — de tratarla... ¡Repito que lo afirmo bajo palabra de honor!

Era tan inverosímil la respuesta, que, no obstante el tono de sinceridad absoluta del marqués, yo puse cara escéptica, quizá hasta insolente.

—Veo que no me cree usted — añadió el marqués entonces. — No me doy por ofendido. Lo descontaba. Podrá usted dudar de mi palabra, pero ni usted ni nadie tiene derecho a suponer que soy hombre que rehuye, por medio de subterfugios, un lance personal. Si lo que busca usted es pendencia, me tiene a su disposición. Sólo



EL AMIGO.—¿Y qué representa?

EL PINTOR.—Lo que usted

quiera. Yo no soy exigente.

se llama el marqués de Cazalla. Es, como todos saben, un perdido y un espadachín. Tiene en su poder mis cartas, escritas en momentos de delirio. Por recogerlas, no sé qué daría". Y vi, a la luz de los brilladores astros, que se deslizaba de las pupilas obscuras una lágrima lenta...

Al separarme de Leonor, llevaba formado propósito de ver al marqués de Cazalla al día siguiente. Mi petulancia juvenil me dictaba tal resolución. El marqués, a quien hice pasar mi tarjeta, me recibió al punto en artístico "fumo", y a las primeras palabras relativas al punto que motivaba mi visita, pronunció afablemente:

—No me sorprende el paso que usted da, pero le ruego que me crea, y le empeño palabra de ho-

le suplico que, antes de resolver esta cuestión de un modo o de otro, consulte... al señor de Cardona. He dicho "al señor". No me mire usted con esos ojos espantados... Oígame hasta que termine. Doña Leonor Cardona, que según opinión general, es una señora honradísima, ha debido de padecer una pesadilla y soñar que teníamos relaciones, que nos veíamos, que me había escrito, etc. Bajo el influjo de ilusorios remordimientos, le ha contado a su marido todo es decir, nada... pero todo para ella; y el marido ha venido aquí, como usted, sólo que más enojado, naturalmente, a pedirme cuentas, a querer beber mi sangre. Si yo no la tuviese bastante fría, a estas horas pesaría sobre mi conciencia el asesinato de

¿Cuál es el ahorro más ventajoso?

Los tiempos difíciles porque pasamos, hacen que esta pregunta sea de actualidad. Todo lo que contribuya al aprovechamiento en materia de indumentaria resultará de un alto principio económico gastando en artículos de calidad que cooperen a este fin. Las manchas de sudor que estropean todos los vestidos puede usted evitarlas con el uso del Polvo Vasenol Anti-Sudoral que es el remedio más eficaz. Este Polvo limita el sudor, refresca agradablemente y hace que la conservación de un vestido sea tarea fácil y económica. Durante el verano su uso es imprescindible tanto para las señoras como para caballeros. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

Cardona... o él me habría matado a mí (no digo que no pudiese suceder). Por fortuna, no me aturdí, y preguntando a Cardona las épocas en que su esposa afirmaba que habían tenido lugar nuestras entrevistas criminales, pude demostrarle de un modo fehaciente que a la sazón me encontraba yo en París, en Sevilla o en Londres. Con igual facilidad probé la inexactitud de otros datos aducidos por doña Leonor. Así es que el señor Cardona, muy confuso y asombrado, tuvo que retirarse pidiéndome excusas. Si usted me pregunta cómo me explico suceso tan extraordinario, le diré que creo que esa señora, a quien después he procurado conocer (por la memoria de mi madre le juro a usted que antes, ni de vista...!), sufre alguna enfermedad moral... y ha tenido una visión...; vamos, que se le ha aparecido un espectro de amor... y ese espectro, ¡vaya usted a saber por qué!, ha tomado mi forma. Y no hay más...

Salí de casa del marqués en un estado de ánimo indefinido.

Impresionado por las declaraciones del "dandy" me dediqué a observar a Cardona. Un día, como al descuido, dejé deslizarse en el diálogo el nombre del marqués de Cazalla, y una alusión a sus conquistas... Y entonces Cardona, con gesto entre burlón y grave, preguntó:

—¿Qué? ¿Ya te han enviado allá a ti también? ¡Pobrecilla Leonor, está visto que no tiene cura!

No necesité más para confesar de plano mis gestiones, y Cardona, me dijo:

—Has de saber que cuando fui a casa del marqués de Cazalla, ya llevaba yo ciertos barruntos y sospechas de la alucinación de Leonor, de la cual me convencí plenamente después.

Comprendí que se trataba de una fantasmagoría, de un sueño, y me resigné a la hipótesis de una falta imaginaria... ¡Quien sabe si ese fantasma de pasión y arrepentimiento le sirve de escudo contra la realidad! Lo que te aseguro es que Leonor, viviendo yo, nunca saldrá de la región de los fantasmas... ¡Y no volvamos a hablar de esto en la vida!

Aproveché el aviso, y de allí en adelante evité quedarme a solas con Leonor, y hasta fijar la mirada en sus oscuros ojos, nublados por la quimera...

¡Gloria al héroe de España!

Traseunte glorioso, el General Millán Astray está en Buenos Aires, con permiso otorgado por el Rey para satisfacer la visita pedida por los españoles residentes y para servir, una vez más, y ya en campos menos frágiles, bajo la bandera civilizada que cobijó toda su vida de heroísmo.

Empuña las armas, el general Millán Astray; pero las armas de la paz, tan gratas a su espíritu como las otras combativas que asediaron al moro hasta el último reducto del zoco marroquí en que replegara su fuga.

Y es por ello que el General Millán Astray une a sus propios valores de héroe de la conquista española en África — méritos de relieve suficiente para arrebatarse a su paso la admiración del mundo — el doble título de Embajador militar y de misionero amistoso en trance de afirmar los vínculos imperecederos que unen a nuestro país con la Madre Patria.

Hélo aquí, pues, circuido por nuestro abrazo amplio y cálido, al creador de los Tercios de la Legión Extranjera.

Tiene los rasgos energéticos y escuetos de los grandes conductores, y en la mirada la lucidez animadora y sugestiva de los visionarios.

Sus ojos arrasados por la bala enemiga, resplandecen, apesar de su ce-

guera parcial, con el aliento profundo de su fe patriótica.

Su brazo, ausente después de la gesta, parece trascender un ademán indicativo del camino de la victoria, como si todavía desfilaran a su imperio las compactas filas de legionarios, en arrolladora marcha de muerte con un cantar inolvidable de emoción...

*"Es mi novia mi Bandera
Nadie llorará por mí
El día que yo me muera"*

El General Millán Astray, mutilado heroico de las legendarias empresas cantadas por los aeddas homéricos es la representación tradicional de España.

El lema generoso de su Legión simboliza la bizarria de la raza secular que expandió por los cuatro horizontes el verbo de su idioma y de su poder. Fue en las horas difíciles de Monte Arruit y de Annual cuando aquella falange organizada el 4 de Septiembre de 1920 — inscribimos con caracteres definitivos esta fecha inmortal — se lanzó a la búsqueda de la gloria soñada por el genio de su jefe.

La columna capitaneada por el General Millán Astray irrumpió en Melilla con el aliento de una fuerza subitánea, desbaratando en el trágico "Bloqueo de la Muerte" la amenaza mora, peligro inminente, dramático cuyo alejamiento costó el mar-

tirologio de los mejores soldados de España.

La Legión del típico casquete embozado cobró así la fama, afianzada, luego, en centenares de acciones brillantísimas que exaltaron su nombre y cuyo perdurable recuerdo. ¿Cómo evocar tanto miento de todos los españoles, en las páginas de su Historia y en la admiración unánime del mundo. ¿Acaso evocar tanto hecho de victoria y sacrificio, tanto timbre de honor de la Legión?

La sola presencia del General Millán Astray renueva las imágenes de las hazañas libradas en nombre de la civilización y de la justicia en el vasto panorama marroquí, desolado y desierto ayer, y cruzado ahora de caminos, de canales de irrigación de poblaciones prósperas y fecundas, es decir, de progreso, de vida y de trabajo gracias a la obra colonizadora sostenida por el General D. Miguel Primo de Rivera. A la mezquita sucedió el templo cristiano, al oasis el emporio fabril, al zoco la ciudad moderna, al páramo el valle, a la distancia salvaje el ferrocarril, el telégrafo y el correo. Complemento admirable de la acción conquistadora y defensiva del General Millán Astray, el esfuerzo penetrador, pacífico, del Gobierno del General D. Miguel Primo de Rivera. Por eso se expli-

ca el movimiento de adhesión de las mujeres españolas a su notable política de organización, haciendo constar, según expresa el manifiesto cableografiado a nuestro país, que su patriotismo "supo concluir con la guerra en Marruecos", restableciendo, por otra parte, el orden en toda España, y elevando el nivel de los derechos femeninos en los distintos aspectos de la actividad social.

El impulso dado por el General D. Miguel Primo de Rivera a la Madre Patria, y cuya expresión más alta se observará en las próximas Exposiciones Internacionales de Sevilla y Barcelona contra las cuales, conforme agrega el digno llamado de las mujeres españolas, vienen realizando una inútil y condenable campaña los elementos del antiguo régimen caciquil conseguirá realizar los altos ideales de la Legión, reivindicando sus muertos ideales de la Legión, quienes el General Millán Astray, fortalecido por la gratitud de su espíritu, convive en el recuerdo y en la apacible soledad de su hogar, de donde saliera ante la urgencia de sus compatriotas de América, para recibir el testimonio de homenaje con que se honra la República Argentina.

¡Gloria al Gran Capitán, General D. José Millán Astray!

LAS DOS ROSAS

Por Claude Orval

En el esplendor del poniente el castillo erguía sus murallas mohosas. Un resplandor purpúreo ensangrentaba las viejas piedras mordidas por el tiempo. Sin la vegetación que lo invadía todo, hubiérase experimentado la impresión de un formidable incendio que acababa de devorar alguna inmensa construcción.

Inmóvil, Claudio Liniere admiraba aquel espectáculo. Su gesto imponía silencio al campesino que lo había acompañado narrándole durante el trayecto las inevitables leyendas relacionadas con el antiguo castillo.

El disco incandescente del sol desapareció del cielo bañado de rojo, y las ruinas, súbitamente ensombrecidas, adquirieron un aspecto salvaje, hostil.

Aspirando con voluptuosidad la fresca brisa cargada de sutiles efluvios, Claudio Liniere reanudó su lenta marcha. De pronto, lanzó una exclamación admirativa: ante él ergíanse los restos de un hermosísimo pabellón.

Ese pequeño edificio situado a algún trecho del castillo parecía haber opuesto encarnizada resistencia a la devastación de los años. Aquí y allí distinguíanse aún, esculpidas en la roca, motivos que representaban distintas escenas de caza. Al pie del muro se elevaba un magnífico macizo de rosas blancas.

Claudio se acercó y tuvo un movimiento de sorpresa: minúsculas manchas de un rojo intenso salpicaban la blancura de los pétalos. Todas las rosas abiertas se mostraban así, pinteadas de sangre.

—¡Qué curiosas! — dijo Claudio. — No soy muy competente en la materia, pero confieso con sinceridad que jamás he visto rosas semejantes a estas.

El guía creyó oportuno explicar:

—Estas rosas son únicas, señor. Obsérvelas usted con detenimiento. Nunca podrá admirar otras iguales.

—¿Cree usted?...

—Estoy seguro de ello... Si conociese la historia del caballero d'Armont...

—¿Otra leyenda? — sonrió Claudio Liniere. — ¡Bravo! Soy todo oídos.

El guía lanzó a Claudio una mirada de indignación:

—¿Leyenda?... ¡Oh, no, señor! La historia es verdadera, rigurosamente verdadera desde el principio hasta el fin... Esa ventana, la que usted mira, ha sido testigo de una tragedia. Es preciso tener en cuenta, señor, que la historia se remonta a muchos años atrás...

Claudio guardaba respetuoso silencio. El guía prosiguió:

—El caballero d'Armont, herido por algunos bandoleros, fué transportado al castillo, donde el con-

de de Caravan lo acogió hospitalario y cordial. El caballero era hermoso, espiritual, valiente, en tanto el conde, casado con una mujer deliciosa, era feo, estúpido y cobarde. No tardó, pues, en hacer el fatal amor. El caballero d'Armont amaba a la castellana con locura, y era amado por ella con devoción religiosa. El herido prolongaba su estada en el castillo indefinidamente; el conde no disimulaba su mal humor, pero tampoco se atrevía a echar de su

Pero en la precipitación del movimiento su mano había dejado caer la rosa roja.

El caballero inclinóse a recoger la rosa caída; de repente se detuvo pálido. La punta de una bota apartaba lentamente el extremo del cortinaje. Recobrando su sangre fría, d'Armont trató de tomar la rosa... Pero debió retroceder y erguirse bruscamente. El conde acababa de abandonar su escondite aplastando bajo su talón los pétalos rojos.

LOS CENTAUROS ...

Son los centauros. Pasan vertiginosamente por las selvas de ensueño del pensamiento mío. Van en tropel y forman un desbordado río de pasiones que arrasan la tierra en su corriente.

Son las quimeras locas que vuelan audazmente hacia el ignoto mundo del misterio sombrío. Los dragones de fuego de la ambición con brío las persiguen y hostigan sin tregua, fieramente.

En la noche el gran trueno de la Muerte retumba. Diríase el Espacio como una inmensa tumba de fantasmas que fueron los mundos del pasado.

Diríase un Océano negro, sin navegantes, donde hay sirenas mudas y tritones errantes, y un sol, faro en la cumbre de la Vida, apagado.

Goy de Silva

casa al eterno convaleciente.

Pasaron los días. El caballero vivía como en un maravilloso sueño. Transeurría la mayor parte del tiempo en este pabellón, en donde la condesa se le reunía, unas veces de noche y otras en las horas de la tarde.

El conde supo la verdad. Uno de sus hombres debió sorprender alguna conversación entre los amantes. Dominando sus impulsos de venganza se propuso sorprender a los culpables. Quería matar a la infiel ante los ojos del caballero d'Armont.

Días enteros estuvo en acecho. Por fin, una tarde se introdujo en el pabellón. Oculto tras un cortinaje, oprimiendo en su mano crispada la empuñadura de una daga, esperó.

Llegó el caballero. Entró en el pabellón y se colocó junto a la ventana, precisamente al lado del cortinaje que ocultaba al conde.

Sobre el antepecho de la ventana había un vaso conteniendo dos soberbias rosas: una blanca y otra roja. DA'rmont tomó de pronto la rosa blanca, pues había visto aparecer en el extremo de la avenida la silueta de la condesa.

desagrado y llame a la condesa. Sospecho que nuestra castellana se consume de impaciencia. Sea usted galante y no la haga esperar...

El caballero d'Armont volvió a él sus ojos implorantes, murmurando:

—Obedeceré, señor conde. Pero... ¿me perdonará usted la vida?

El conde de Caravan sonrió despectivo:

—¡Por supuesto, señor d'Armont... Su preciosa existencia no corre peligro... No tema, no tema, señor... cobarde. Únicamente deseo que asista usted a un espectáculo divertidísimo... Animo, ánimo, amigo... Domine esos nervios y no tiemble tanto.

En efecto, un incesante temblor agitaba la espalda del caballero d'Armont.

—Vamos—ordenó duramente el conde.—Ya hemos conversado bastante. Dé la señal...

—Va, señor conde—respondióle la voz de d'Armont, esta vez firme y segura.

Y el conde estupefacto, vió una magnífica rosa roja lanzando al espacio su señal: ¡no vengas! ¡Peligro!... A lo lejos, la forma blanca de la condesa desapareció rápidamente...

Mientras conversaba con el conde, el caballero d'Armont se había cortado las venas del pulso en una afilada aspereza de las piedras que formaban el antepecho de la ventana. Su sangre, cayendo en gruesas gotas, había empurpurado la rosa blanca...

x x x

El campesino calló. Claudio Liniere preguntóle:

—¿Qué hizo el conde?

El conde experimentó tal sorpresa que quiso asomarse a la ventana para comprobar que sus ojos no le habían engañado. El caballero d'Armont aprovechó ese descuido para desarmarlo. Y en seguida le hundió la daga en el pecho, hiriéndole gravemente... El conde guardó cama por espacio de una semana. Mientras tanto, los amantes habían desaparecido del castillo. Y nadie volvió a oír hablar de ellos...

Claudio Liniere inquirió:

—Bien; pero la historia no explica las manchas de estas rosas...

Cuando el caballero d'Armont agitó la rosa teñida con su sangre, una lluvia de gotas rojas cayó sobre el rosal plantado al pie de la ventana. Desde entonces las rosas blancas de este rosal se abren mostrando sus pétalos pintados de rojo: es la sangre del caballero d'Armont.

Parece que no se siente usted muy a gusto en mi compañía, señor d'Armont... Disimule su

LA ABUELA

Por EDUARDO ZAMACOIS

La abuela Francisca se quitó las gafas, restañó las lágrimas que arrancó de sus ojos el penoso esfuerzo de una lectura demasiado larga y el periódico resbaló de sus rodillas al suelo. Aquel periódico relataba los últimos momentos de "Pelo - Rojo"; una bailarina que había muerto en su hotel de París debiendo trecientos mil francos, y por lo que cierto marqués millonario dejó a sus hijos sin pan.

— ¡Para esas mujeres es el mundo! — pensó la abuela Francisca.

Discurría así, melancólicamente, junto a la ventana, sobre cuyos cristales la lluvia rimaba su canción, la dulce canción hermana del sueño: la habitación estaba a oscuras, sin otra luz que el pobrísimos resplandor crepuscular que caía del cielo; todo callaba en aquel gabinete aperebido ya a los rigores del invierno; con su suelo alfombrado y sus cortinajes de terciopelo, cerrando el paso al frío. Allá lejos, en las profundidades de la casa, resonaban el chirrido alegre del aceite que hervía en las sartenes, y el ruido de platos y voces infantiles...

¿Quién hubiera creído que en el corazón de aquel confortable hogar burgués y tras la santa y castísima frente de la abuela Francisca, la muerte de "Pelo - Rojo" despertaría un recuerdo tenaz?...

Y, no obstante, así era: Francisca, ligando los datos biográficos que de la bailarina aparecieron desperdigados por la prensa, durante aquellos días, imaginaba conocer su historia exactamente: la veía saliendo de España, llegando a París, donde las locuras del *sportman*, que se mató por ella la pusieron de moda; y luego en Londres, disputando a las cortesanas inglesas el oro de sus amantes; después en Monte - Carlo y Niza, donde corrió el carnaval con una carroza enajada de rosas valencianas... Y más tarde, en París otra vez, siempre pródiga, caprichosa, indócil, dejando las comodidades de su hotel por los estudios de Montmartre. A "Pelo - Rojo" la conocían en todas las delegaciones: se embriagaba y reñía con otras mujeres; adoraba a los hombres de arrestos que no saben amenazar sin berir; la gran pasión de su juventud fué Luis, un pintor de mucho talento que la pegaba por todo y que una noche la castigó dejándola dormir en la escalera de su taller.

— ¡Y qué hombres ricos y de talento pierdan el seso por mujeres así! — murmuró la anciana.

En su honrado pensamiento, monstruosidad semejante no hallaba cabida y, sin embargo, reconocía que en el viejo mundo pagano,

como en el nuestro, la juventud, la felicidad el dinero, siempre fueron satélites de la diosa Locura.

Tan hermosa como "Pelo - Rojo" fué ella, la abuela Francisca, cuarenta años antes, y a querer... Pero no se atrevió; era buena y el ejemplo de su madre, primero, y la educación de su hija, después, apartaron de su voluntad todo deshonroso impulso.

Tan cuerdo discurso no impedía que la anciana sintiese un desvío secreto, una especie de inexplicable envidia hacia la aventurera que había fallecido, casi repentinamente, bajo una bata de encajes y en un hotel suntuoso que el talento de algunos y el dinero de muchos, convirtieron en museo... Porque a esas grandes pérdidas, enemigas adoradas de todo el mundo, se las solicita, se las aplaude, se las admira; mientras que en las mujeres, honradas, que vivieron para el hogar, ¿quién se acuerda?...

Allá adentro, en los profundos de la casa, el aceite chirriaba bullicioso sobre las cacerolas puestas al fuego, y las criadas aderezaban la mesa, dejando chocar los pla-

tos unos contra otros; en los cristales de la ventana, la lluvia repetía su serenata de ensueño; en el piso inferior, acompañando los acordes de un piano, varias voces infantiles cantaban:

"Mambrú se fué a la guerra, mire usted, mire usted que pena..."

Eran las niñas que habían vuelto del colegio y jugaban felices, esperando la cena, con la despreocupación de la inocencia que ignora que el pan de cada día algo muy triste, porque se gana difícilmente... La canción volvía, trepando hacia los cuartos superiores de la casa, invadiéndola, alegre y pujante:



un brazo.

El ancla es un brazo potente que sujeta al barco. Es firmeza y seguridad. Es lo opuesto a la inquietud y a la incertidumbre de las olas. Cuando ella está clavada, todo azar cesa.

La **CRUZ BAYER** es como un ancla. Es certeza y protección. Es lo contrario al peligroso vaivén de las novedades sin mérito y las imitaciones sospechosas. Donde ella está estampada no hay azar ni aventura.

Por eso los productos que ampara merecen, en el mundo entero, la más absoluta confianza. Los que mayor beneficio han prestado a la humanidad son:

ASPIRINA

El analgésico por excelencia para los dolores de cabeza, muelas y oído, neuralgias, jaquecas, reumatismo, etc., etc.

FENASPIRINA

El remedio moderno que tantas vidas salvó durante las últimas epidemias de gripe, resfriados, influenza, etc. No trastorna el estómago ni afecta el corazón.

12 — FRAY MOCHO

“Mambrú se fué a la guerra, no sé cuando vendrá...”

Por la imaginación de la abuela Francisca, pasaron en incongruente aquellarre las remembranzas de su juventud, ya muy lejana. Se vio niña, yendo al colegio con un aya inglesa que la llamaba “señorita”; levantándose en invierno muy tarde, corriendo feliz tras su aro en las luminosas mañanas primaverales, bajo la bóveda esmeráldica que tejieron las hojas tempranas de los árboles en flor... Luego recordó su primer vestido largo, su primer novio, su matrimonio que, trayéndola una hija, la llenó de cuidados; cuidados que alejaron su niñez, empujándola allá, muy lejos...

La vida de la abuela Francisca fué algo callado, perfectamente uniforme, sin notas alegres ni brochazos de color, como esos paisajes sententrionales dormidos y borrados bajo la niebla. Su matrimonio con don Alejandro fué su primera decepción, porque aquellas relaciones no trajeron luchas novelescas, ni lágrimas, ni traza alguna de esos accidentes que, mortificando el ánimo, embellecen la vida; sino que todo ello fué deslizándose suavemente, con la mansedumbre de las aguas que corren bajo tierra. Después llegaron esos innúmeros quehaceres de la existencia conyugal, donde la mujer, aunque pasiva, se asocia a todos los combates del marido, y luego la educación de su hija, cada día mayor y más hermosa, según la vida de la pobre madre iba retirándose.

Sólo un hecho sencillo pintaba un oasis riente en el horrible desierto de aquellos cuarenta años.

Fué una tarde, después del almuerzo; su hija había ido al colegio, don Alejandro a sus quehaceres; las criadas también habían salido.

Francisca cruzaba el recibimiento cuando llamaron a la puerta de la escalera; la joven abrió: era Enrique, el amigo y consocio de don Alejandro.

—Mi esposo no está — dijo Francisca.

Ya lo sabía — repuso Enrique.

¡Ah!

—¡Sí, lo sabía; por eso he venido!

Aquella contestación extraña desconcertó a Francisca, que adivinaba en Enrique un enemigo. Este, tras un breve preámbulo, declaró a la joven su amor loco, hincándose de rodillas ante ella, cubriendo de besos ardientes sus lindas manos.

—¡La adoro a usted! — repetía.

Sus labios se cubrían de espuma; sus ojos flameaban; estaba hermoso y repugnante a la vez. Pero Francisca permaneció impasible, y hubo tal tristeza en sus palabras y tanta dignidad en su repulsa, que Enrique, humillado y corrido, salió de la habitación a reculones y huyó, sin atreverse a

levantar los ojos. No pasó más.

Esta aventura era el único recuerdo pintoresco, y, ¿cabe decirlo?... la única alegría de la abuela Francisca.

Durante muchos años recordó la escena: el salón cuadrangular, con su piano y su sillaría de yute obscuro; y a Enrique de rodillas, devorándola con los ojos, mientras ella, orgullosa como una reina, le

suicidó... y que ha sido, una vez por lo menos, el ideal de la mujer más santa.

Recordando a Enrique, la abuela comprendía las salvajes pasiones que “Pelo - Rojo” encendió, y dolíase secretamente de que su destino hubiera sido tan obscuro y diferente del de la célebre bailarina. Mas, ¿a qué evocar aquello tan distante, tan empujado por el tiempo,

EL AMOR Y LAS DIMENSIONES

Pascal dijo, literalmente: “Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, toda la faz de la tierra hubiera cambiado.” ¿Quién no conoce esta frase célebre?

Con ella quiso decir que el período de la historia de Roma y de Egipto sintetizado en los nombres de Cleopatra y de Antonio, sería muy diferente de lo que es si Antonio se hubiera tropezado con otra distinta Cleopatra. Para sacar esta consecuencia se presenta el amor materializado en el apéndice nasal de la reina egipcia.

Pascal fué un filósofo que cultivó la sátira a ratos, y esta doble personalidad suya dió motivos para que algunos de sus comentadores le creyeran excéptico siendo fervoroso creyente y ejemplar cristiano. Otros pasajes de sus “Pensamientos” interpretados con criterio pirrónico le han hecho aparecer como un zumbón y desconsiderado “blagueur”. Sin embargo, ¡qué sublime alma religiosa aquella alma de apóstol, de profeta y de mártir!

Lo que hay es que Pascal, entregado completamente al amor divino, no creía en el amor humano. Por lo menos se burlaba de los amantes que ponen la explicación y la justificación del amor en detalles materiales, terrenos... Se dejó poseer de la caridad abstracta y rechazó hasta los afectos domésticos como incompatibles con su plan de perfeccionamiento químico.

¿Cómo se puede vivir sin ninguna clase de amores? No se puede. Por eso no vivió Pascal, sino que empezó a morir desde que mató en sí el último germen amoroso...

* * *

Pero lo que pasa por intuición de los grandes hombres tal vez no sea más que la conciencia elevada y la clara fórmula de modos de ser y de sentir universales. El genio resulta, ante todo, interpretador. Engrandece y origina el pensamiento de la humanidad haciéndolo propio. Lo hace eterno, le prende alas.

Yo le he oído declarar a un individuo innominado, a un Don Toribio cualquiera, que de seguro no conoce a Pascal ni de oídas: “Si la nariz de Robustiana (su mujer) hubiera sido un poco más corta, otra habría sido mi suerte.”

Ved la genialísima frase degenerada, apalebada; ved al amor, esa cosa tan magna, tan sutil, tan espiritual, que según los enamorados no se define ni se comprende, vedlo localizado, reducido a dimensiones. El tamaño y la forma de un pie, la curva de un seno, el contorno de una pierna entrecista al vuelo de una falda, suelen bastar para que la llama de pasión brote.

No sabéis lo que es amor, sensualistas prendados de unas extremidades bellas o de un rasgo fisionómico sobresaliente. No lo supo tampoco Pascal. Al amor no se le expulsa ni se le define, ni se le localiza. Es. Basta.

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

indicaba la puerta con un gesto frío... Recordaba estos pormenores porque aquella declaración fué la sola bocanada de pasión impetuosa, desbordante, genuinamente criminal, que el vicio lanzó sobre ella; la única vez que se reconoció hembra, hembra deseable, apetezible, con ese apetito pujante que allana los hogares, que conduce al asesinato y a la bancarrota y al

hacia los remotos linderos de lo irremediabilmente perdido?

En el piso de abajo, los niños cantaban a voz en cuello la epopeya del guerrero Mambrú:

“No sé cuando vendrá...”

La abuela Francisca pensaba:

—Para las pérdidas del arroyo son las alegrías tumultuosas, las

aventuras, la popularidad, el lujo... para las honradas, la soledad aburrida del hogar, la paz, el silencio... “Pelo - Rojo” murió joven: ¿y qué...? ¿Acaso hay en toda mi vida los placeres que ella amontonaba en una siesta...?

Las cenas en fondas y parajes de dudoso prestigio; los bailes de máscaras, esos viajes improvisados que parecen fugas... todo cruzó su cerebro en confusa visión cinematográfica; y por primera vez, después de haber consagrado toda su vida al bien, creyó sentir que hay en los hogares honrados y en la virtud algo seco que ahoga.

Pasaban los minutos, la habitación, con sus cortinajes y su severo mobiliario, naufragaba en la sombra; la lluvia repetía sobre el zinc de la ventana su canción de ensueño. De pronto se abrió una puerta, recortando en la sombra del gabinete un rectángulo luminoso, y dos niños de ocho a diez años penetraron corriendo, dejando flotar sobre sus hombros, llenos de gracia, sus cabellos rubios como el oro y limpios y brillantes como el sol.

—¡Abuela, abuela! — gritaron alegremente: — ¡la cena está en la mesa! ¡A cenar...!

—Ya voy... ya voy — murmuró la anciana estremeciéndose.

Hablaba sin abrir los párpados.

—¿Tienes sueño, abuela? — preguntó una de las niñas.

Y la otra añadió imperativa:

—Corre, ven con nosotras; ¡anda...! ¡No te duermas, abuela...! Ven; luego nos contarás un cuento.

La abuela Francisca se dejó llevar; en el comedor la esperaban, como siempre, su yerno, su hija, don Alejandro; todos tranquilos, sentados alrededor de la mesa bajo la luz inmóvil y blanca de la lámpara. La anciana ocupó su asiento. Don Alejandro preguntó:

—¿Tienes los ojos enrojecidos...?

Y su hija agregó, llena de interés:

—¿Has llorado, mamá...? ¿Tienes pena? ¿Estás mala? Dí, ¿qué te pasa?

Hubo varios momentos de expectación, durante los cuales las cucharas quedaron suspendidas entre el plato y la boca. Pero la abuela Francisca hizo un gesto negativo y empezó a comer, venciendo valerosamente el apretado nudo que el dolor le echaba al cuello. Prefirió callar; ¿cómo explicar su pena?

¿Quien hubiera podido comprender la tragedia que estaba desencadenándose bajo la nieve de sus cabellos...?

Aquel incidente se olvidó; la sopa estaba muy buena, el vino llenaba las copas, las niñas, de rodillas en sus asientos, reían. La abuela Francisca pensaba, tragándose sus lágrimas:

—¡No haber sido mala...! ¡Ni una vez...!

Don Ramiro de Maeztu Embajador de España, felicit a Fray Mocho por su acción de confraternidad internacional



General don Miguel Primo de Rivera,
presidente del gobierno de España.

La constante prédica de FRAY MOCHO acerca de la verdad de la situación española culminó en nuestro artículo "Primo de Rivera y la antipatriótica huelga estudiantil en España", en el cual afirmábamos la inoportunidad e inconsistencia de dicho movimiento, aparte de su bajo origen político, e insistíamos en los conceptos tantas veces manifestados y probados de que el actual Gobierno que encabeza visiblemente el General D. Miguel Primo de Rivera señaló el resurgimiento de la Madre Patria de la crisis espiritual y económica en que estaba hundida por la obra negativa de los hombres del antiguo régimen pseudo-constitucional. El artículo en cuestión mereció los plácemes del señor Embajador en nuestro país, D. Ramiro de Maeztu, del mismo modo que anteriores comentarios de FRAY MOCHO significaron la aprobación y felicitación directa del propio General D. Miguel Primo de Rivera. Desde luego, estamos agradecidos a tales expresiones de estímulo que halagan nuestra labor; pero en mérito a ella, y sin desmedro de la retribución modesta que corresponde, debemos decir que consecuentes

con los altos principios de confraternidad internacional que sustenta FRAY MOCHO sólo nos hemos ceñido a la más estricta verdad al considerar los problemas sociales de España y que, naturalmente, es en tal sentido que nos ha tocado reconocer en el Gobierno del General D. Miguel Primo de Rivera la mejor garantía para el progreso, la tranquilidad y la grandeza de la Madre Patria. Tanto es así, que, a diario, nuestro pensamiento aparece confirmado por los hechos. Véase, sino: El 27 de Marzo pasado, D. Juan José Ominie, Presidente del Monopolio de Petróleo visitó al Jefe de Gobierno para declarar la adhesión incondicional de varios centenares de personalidades de los círculos industriales, de transportes, mineros, agrícolas, bodegueros, etc., etc., cuya representación traía; el 28 subsiguiente, un grupo numerosísimo de profesores y rectores de institutos de educación de la península publicó el manifiesto del que transcribimos los principales párrafos: "Debemos demostrar al mundo la gratitud y aprobación del pueblo español a la obra realizada por el General D. Miguel Primo de Rivera, y asegurar así

al dictador que se halla apoyado abiertamente por la opinión pública, que continuará depositando en él su confianza hasta que haya terminado su tarea". De modo, pues, que FRAY MOCHO logró verificar la situación real de la península ajustándose a las referencias concretas, prescindiendo de los prejuicios y de las aventuradas apreciaciones sentimentales que tuercen la visión del observador más perspicaz. No podía ser de otro modo en una publicación como la nuestra, que ha consagrado sus mejores afanes al entendimiento mutuo y el consorcio de las naciones iberoamericanas. El General D. Miguel Primo de Rivera ha de haberlo comprendido así al trasmitirnos para el 12 de Octubre de 1928, en ocasión de la fecha inmortal de la Raza, el telegrama cuyo facsimil reproducimos entonces y al que cabe agregar, hoy, la carta del Embajador de España en nuestro país, D. Ramiro de Maeztu. En ambos casos FRAY MOCHO advierte la simpatía intensa con que miran su esfuerzo de vinculación hispana los ciudadanos en quienes está cifrada la venturosa suerte del porvenir común. D. Ramiro de Maeztu es



Señor don Ramiro de Maeztu, Embajador de España en la República Argentina

el pensador sólido y fecundo, amigo ferviente de la Argentina, desde antes que el tino seguro del General D. Miguel Primo de Rivera le confiara la alta representación diplomática que inviste. Su acción desplegada en la Embajada es harto conocida y admirada para que adjetivemos elogiosamente y resumamos sus principales empresas. Pero puede afirmarse, en términos generales, que así como el escritor y ensayista ilustre no se dió punto de reposo para trabajar en el libro, la prensa y la tribuna por el advenimiento de una era de verdadera comprensión y vinculación entre España y las naciones filiales de América, el Embajador no cedió un ápice a aquel entusiasmo teórico y procuró realizar — y realizó — en la práctica, no ahorrando esfuerzos para ello, los nobles ideales que en lo político, espiritual y económico animaron su vigorosa obra de publicista. El General D. Miguel Primo de Rivera tiene en D. Ramiro de Maeztu el colaborador talentoso, activo, digno y solidario de su vasta labor de Gobierno en lo que atañe al afianzamiento de las imperecederas relaciones que unen a España y nuestro país.



EMBACADA DE ESPAÑA
BUENOS AIRES

Ramiro de Maeztu, Embajador de España

saluda muy atentamente al Sr. Director de "FRAY MOCHO" y se complace en felicitarlo por el interesante artículo titulado "Primo de Rivera y la antipatriótica huelga estudiantil en España" que publica el n.º 883 de esa importante revista, al propio tiempo que le expresa su conformidad con los sentimientos que contiene.

Buenos Aires 26 de Marzo de 1929



La pasión de Muriel

Por Susana M. Boogher

Los hombres interpretan al universo según sus propios sentimientos: para el poeta es una beldad seductora que lo atrae hacia más allá de los confines del mundo; para el arquitecto, una nebulosa de formas confusas que él debe modelar y transformar en una bella obra; para el pintor, una mágica ostentación de colores que el sol lleva consigo por el espacio; para el músico, la melodía que él debe capturar de la inmensidad que rodea a las estrellas; para el científico es la verdad, por la que sacrifica hasta su vida...

Para Muriel, el universo entero significaba trajes, sombreros, joyas... Desde muy pequeña había adorado los bonitos vestidos. Tenía apenas tres años cuando su madre la llevó por vez primera a una fiesta de pequeños, donde lució un lindo trajecito blanco con volantes de encaje y cinta azul celeste, de la que llevaba un inmenso lazo en forma de mariposa prendido sobre su cabecita de rizos y blondos cabellos. Al principio los niños sólo se miraban y remiraban sin separarse del lado de sus respectivas madres, pero una vez servidos los refrescos se estableció la sociabilidad, y Muriel y otra niña de su edad desaparecieron sin saberse cómo, y al volver a la sala causaron sorpresa, pues Muriel traía puesto el traje color rosa de la otra niña, y ésta el de Muriel, quién rehusó dar más explicación que balbucear: "Me agrada el traje rosa más que el blanco", mientras sus madres les ponían de nuevo sus propios vestidos.

Ese episodio fué como un símbolo en la vida de Muriel. Durante sus días de escuela nada le interesaba y entusiasmaba tanto como el vestir bien. Cada mañana pensaba si alguna de sus compañeras estrenaría un vestido, una blusa, un sombrero...

Admiraba lo que era realmente elegante y de buen gusto; ponía sumo cuidado en no caer en la vulgaridad de las modas y evitaba la exageración.

Los diferentes acontecimientos de su vida significaban tan sólo otras tantas ocasiones para lucir primorosos vestidos. El graduarse en el colegio que para otra muchacha podría ser el término de los días de estudios, para ella no fué sino un traje de finísimo organdí, con encajes y un sinnúmero de alforchetas. Su *debut* en sociedad tuvo un significado análogo. Otras jóvenes ven en esa fiesta el primer vistazo del mundo, la satisfacción de verse agasajadas, de asistir a fiestas, la probabilidad de los amores y el noviazgo... Para Muriel sólo significó su primer traje escotado. Por cierto que fué blanco, aunque lo había preferido de raso negro, muy largo y muy ceñido...

¡Qué linda estaba con su tenue vestido de tul blanco suspendido de los hombros con bandas borda-

das en perlas, de pie al lado de sus padres, bajo un vasto dosel de rosas!

Durante el baile los ojos de Muriel brillaban bajo la influencia de una rara emoción producida por los colores y las sedas de las elegantes *toilettes* que llevaban las invitadas, al extremo de que apenas si se fijó en los hombres que le rendían admiración.

Betty Parker lucía un precioso traje de terciopelo rosa guarnecido de encaje argentado. Adela Good,

muy largo y muy ceñido... La cola del vestido imitaba las sinuosidades de una serpiente... ¡Cómo la admiraba...! Y los hombres la admiraban también, según pudo observar.

—El negro — pensaba Muriel — es el más intrigante de los colores. Quizá mi madre me permitirá comprar un traje de tul negro, con el que usaré el abanico de rizadas plumas verde jade que me regió mi padre por mi cumpleaños...



—El mayor y el segundo estudian para médicos.

—¿Y el menor?

—El menor, como el pobre está tan delicado, estudiará para paciente.

vestida de tul escarlata, parecía rodeada de llamas cuando se entregaba a los vaivenes del baile. Fanny Wood semejaba una ninfa en la floresta con su traje de transparente tela verde con visos plateados. Pero fué Marjorie Cooper quien entusiasmó a Muriel más que ninguna otra: Marjorie, cuyo esposo pereció cuando el regimiento canadiense a que pertenecía fué diezmado el último año de la guerra.

Muriel la seguía con la mirada cuando ella se deslizaba por el salón. Su traje era de raso negro,

En ese momento pasó a su lado Elena West y al verla desapareció de su mente la visión de tul negro y plumas verdes. Se imaginó que Elena iba vestida como Cleopatra, con un traje de un raro tinte azul que brillaba como el bronce, y el corpiño incrustado de topacios. ¿Qué fué lo que le recordó a la reina egipcia? Ni ella misma habría podido decirlo, pero con el cabello rojizo y los ojos verdes de Elena, ese azul bronceado hacía un efecto maravilloso. Pensó que le agradaría tener un vestido de

ese color, pero pronto desechó la idea. Sus cabellos dorados no podrían resistir la combinación del bronce...

Su compañero de baile le habló en ese momento... Y aun le pareció que él repetía por segunda vez lo que acababa de decirle. Hizo un esfuerzo para coordinar sus pensamientos:

—¿Qué decía, Tony?

—Decía — repitió por tercera vez — que vayamos al extremo del pasillo, lejos de este bullicio. Tengo algo que decirte...

La joven volvió a coordinar ideas... Nunca había visto así a Tony antes, y le había conocido toda su vida.

¿Tal vez iba a proponerle que se casara con él...? Un traje de raso color marfil, envuelto en nubes de tul blanco, apareció en su imaginación.

Una sonrisa encantadora iluminó su semblante mientras Tony la miraba-embobado y ella accedía a su petición.

El gabinete de su padre estaba apartado de las salas llenas de invitados; allí no había ruido ni demasiada luz... Sintió una indescriptible emoción cuando vio que Tony cerraba la puerta.

—Aquí nadie nos interrumpirá — dijo alegremente, volviendo la cabeza para mirarlo, puesta de puntillas ante un espejo mientras esponjaba sus cabellos de oro.

Por toda contestación Tony la estrechó entre sus brazos y la besó repetidas veces. Ella supo por instinto que le estaba ajando el vestido de un modo desastroso.

—¿Quieres casarte conmigo? — murmuró junto a sus labios.

Los ojos de Muriel eran dos estrellas luminosas en la oscuridad. De pronto sintió que los brazos que la sujetaban la dejaron libre. Tony, fascinado, le miraba los ojos, contemplaba en ellos una misteriosa e indescriptible belleza, algo intangible, irreal... El goce que experimentó fué como el dolor producido por un veneno sutil... Cerró los párpados por un instante como para no ver los insosdables secretos que se escondían en el fondo de esos ojos.

Ella sonreía: pensaba en el traje negro y siniestro de Marjorie Cooper. En el *trousseau* de una novia podía constar un vestido negro, sin que nadie presentase objeciones... Pero en cuanto a los demás colores, ya estaba decidida que predominaría el rosa...

—¿Dime que sí, Muriel!...

Desvió sus pensamientos del *trousseau* y alzó sus soñadoras pupilas hasta él:

—Sí — dijo con voz muy queda.

Decidieron que el noviazgo sería corto.

—Verdad es que somos muy jóvenes — argüía Tony —, pero, que riéndonos, y sin tener que preocuparnos por dinero, no veo razón para esperar.

Muriel opinó como él. Un noviazgo corto significaba un intenso período de compras...

Dos semanas después de haber sido presentada en sociedad, fué a Nueva York con su madre a hacer las primeras compras para los preparativos de la boda. Tony las acompañó.

El se sentía aún bajo el delirio que la belleza de Muriel había infundido en su alma, pero cuando estaba cerca de ella le volvía un tanto la calma.

Un día Muriel y su madre se separaron de Tony para entrar en una de las elegantes tiendas de la parte norte de la Quinta Avenida. "Hasta las cinco", le dijo ella, dejándole mirar en sus ojos hasta que la puerta ocultó su graciosa silueta, y Tony quedó como abandonado en un desierto... Almorzó en Harvard Club, escribió algunas cartas y llamó por teléfono a varios amigos, pero con ninguno hizo compromisos. Consultó el reloj: le restaban dos horas hasta encontrarse con Muriel para tomar el té juntos.

Se dirigió a una tienda y compró varias prendas de vestir; escogió cuidadosamente pañuelos, corbatas, camisas. Después entró en la lujosa joyería de Dreicer.

Finalmente decidió recorrer la avenida de abajo para arriba con la esperanza de verla antes de la hora fijada. Cuando llegó al lugar de la cita y no la vio, comenzó a preocuparse: pensó si se habría desmayado de cansancio ante un espejo de tres lunas donde se probara sombreros, o bien en el ambiente cálido y enrarecido de un camarín probándose vestidos, o quizá la había atropellado un automóvil... La angustia se marcaba en su semblante al imaginarse toda clase de calamidades sobrevenidas a su adorada Muriel, cuando, a las cinco y media, se presentó ella sonriente y fresca como una flor recién abierta.

—¡Muriel! — gritó con voz trémula por la ansiedad.

Ella lo miró y sonrió dulcemente mientras seguían al mozo que los conducía a la mesa reservada por Tony.

—¿Por qué te has demorado tanto? — le preguntó sin tranquilizarse aún.

Muriel no habló hasta quitarse los guantes de blancura inmaculada y voltear hacia encima el solitario de su anillo de compromiso, montado en delicada filigrana de platino.

—¡Si vieras las cosas tan lindas que he comprado hoy, Tony! — Vió que sus ojos despedían el mismo destello misterioso que aquella noche en que le había prometido casarse con él, y de nuevo sintió su alma presa del dolor punzante que le produjera contemplar tanta belleza. Al verla, apoyada sobre la mesa, con los ricitos de oro escapándose por debajo de su turbante de piel, y sus labios rojos..., creyó no poder resistir sus deseos de

inclinarse un poco y darle un beso. Alargó un brazo sobre el brillante mantel de damasco; la pasión se hizo más profunda en su mirada.

Muriel se sentó derecha al ver su actitud:

—¡No! — murmuró.

Los ojos de Tony se aclararon: su brazo cesó de moverse, se enderezó en su silla:

—¿Cuándo estarás lista, Muriel? ¡No puedo esperar tanto! ¡No sabes cuánto te quiero!

Ella alzó la vista por encima de Tony e hizo un ligero movimiento de cabeza. Era el mozo que esperaba. Ordenóle brevemente, y cuando el mozo se marchó insistió en su demanda:

—¿Qué día, Muriel?

Ella se puso a arreglar la cho-

a inclinarse sobre la mesa, contentiendo la respiración. El siempre hacía eso cuando iba a regalarle una joya. ¿Qué sería ahora? ¡Si solamente esa mañana le había dado el prendedor de brillantes...!

Tony sacó por fin una caja oblonga de cabritilla blanca y le dijo:

—Mientras te esperaba, compré el regalo de boda... La tarde me parecía eterna... Muriel, ¿crees que pronto estarás lista?

Sus dedos apretaron un resorte invisible y la tapa se abrió instantáneamente. De los labios de Muriel se escapó una ligera exclamación de contento: sobre el fondo de seda se veía un collar de perlas.

—¡Tony! — gritó, y cogiendo



—Tenga cuidado con su gerente, mire que ahora se escapan con el dinero.
—No me preocupa; mientras no se lleve mi reconfortante HIERRO QUINA BISLERI, lo demás me tiene sin cuidado.

noche anterior habían celebrado una animada fiesta de despedida.

Acababa de desayunarse cuando entró su madre y se acercó a la cama.

—Tony quiere que vayas a pasear a caballo con él antes del lunch — le dijo mientras le acariciaba el cabello suelto —. El ejercicio te hará bien, ¿no te parece, querida?

—Sí, mamá — contestó, pensando en el contraste que presentaría a algunas de sus amigas que pudieran verla: ¡traje de montar por la mañana, raso y tul por la tarde!

Tony guardó silencio durante todo el paseo.

—¡Me parece estar soñando! — le dijo cuando volvieron a la casa, y la miraba como si en realidad todo fuera un sueño florado del que acabara de despertar.

—¡Ay, Tony, si vieras mi cuarto no te parecería un sueño! ¡Cinco baúles a medio empacar, y tres sombrereras! Le dije a Celeste que los dejara abiertos hasta última hora por si se me ocurre hacer algún cambio...

Mi traje de novia está colgado de la araña, bien embutido de papel de seda, y el velo que cae por todos lados... ¡Si vieras todo eso...!

Tony la escuchó sonriendo. En sus ojos había algo semejante a la embriaguez. Detuvo entre las suyas la mano de Muriel.

—¡Si vieras mis trajes! — repetía ella, y sintió que el rubor le subía a las mejillas bajo la intensidad de su mirada.

—¿Tus trajes? — dijo distraídamente.

El pensaba en lo que la esperaba. ¡Muriel en sus brazos! La vehemencia de sus sentimientos fué como un oleaje de fuego. Confusamente oyó las últimas palabras de la chiquilla:

—¡Hasta luego! Cuando vuelvas a verme, en el altar, no será así, sino vestida de raso y con velo...

Sin darle tiempo para contestarle, se fué corriendo por las escaleras. Sólo oyó el eco de una alegre carcajada.

Volvióse y montó en su caballo. Pero el oleaje de fuego seguía corriendo por sus venas, y súbitamente, con ferocidad salvaje, hundió las espuelas en los ijares del animal.

—Celeste, ya estoy aquí — dijo Muriel al reconocer los pasos

CANCIÓN DE LA INGRATA

(VIDALITA)

Entre las áridas piedras del cerro,
Crece la cándida flor del cardón;
Pero la ingrata en su pecho
¡Ay, Vidalita!
No tiene un amor.

En el quebracho de tronco más seco,
La flor del aire su yema prendió;
Pero la ingrata en su pecho
¡Ay, Vidalita!
No tiene un amor.

En las orillas del rústico estero
Se abre un nenúfar al beso del sol;
Pero la ingrata en su pecho
¡Ay, Vidalita!
No tiene un amor.

Flores del barro, del árbol y el cerro,
Gracias del mundo, misterios de Dios...
Pero la ingrata en su pecho
¡Ay, Vidalita!
No tiene un amor.

RICARDO ROJAS.

rrera de encaje que adornaba el delantero de su blusa, entre la que el prendedor de brillantes que Tony le había regalado esa misma mañana, brillaba como gotas de rocío:

—Todavía tengo que comprar mucho.

—Tony hizo un movimiento de sorpresa y sus ojos se oscurecieron:

—¿Ya no has comprado bastante? Bien sabes, Muriel, que después que nos casemos podrás comprar todo lo que quieras.

La muchacha se quedó pensativa. Una idea cruzó por su mente: si seguía comprando bastante durante varios días, dando a su madre el pretexto de la prisa de Tony, podría conseguir todo lo que su padre intentaba darle, y después de la boda diría a su marido que necesitaba un sinnúmero de cosas que no pudo comprar por no haberle dado tiempo... ¡el muy tonto!

Tony, mientras tanto, buseaba algo en sus bolsillos. Ella volvió

la reluciente joya entre sus finos dedos, la oprimió contra sus labios.

Ya se imaginaba verse vestida de raso marfil, envuelta entre una nube de tul, con sus cabellos arreglados en forma de diadema y las perlas alrededor de su garganta.

—¿Te gusta? — preguntóle Tony.

Alzó los ojos y en ellos se había podido leer la respuesta.

—Sí — dijo como en un suspiro y en su rostro apareció otra vez la expresión de ensueño, de indescriptible belleza que conmovió a Tony en todo su ser.

Volvió él a colocar el collar en el estuche y lo guardó en su bolsillo:

—¿Crees que nos podremos casar el mes entrante?

Y Muriel, mirándolo aún como extática, asintió moviendo la cabeza.

x x x

¡Qué satisfacción, qué feliz se sintió Muriel el día de su boda!

Se despertó ya muy tarde. La

de su doncella en la habitación contigua.

La muchacha apareció en la puerta llevando en las manos una negligée que recordaba la espuma del mar acariada por los reflejos del sol matutino.

—El baño de la señorita está listo — díjole.

Muriel se desnudó, envolvió sus delicadas formas en la negligée y desapareció.

Cuando volvió a su *boudoir* la atmósfera quedó saturada con el perfume de frescas violetas. Se paró ante el espejo y comenzó a vestirse para la ceremonia. Celeste le iba pasando las prendas de suave tela y finísimos encajes.

—¡Mis medias, Celeste! — gritó con voz vibrante de felicidad.

Después de ponerse los zapatos de raso de altos tacones, se sentó frente al tocador y dejó caer sobre sus nacaradas espaldas la cabellera destrenzada. Luego las manos de la doncella, cual inquietas mariposas, se veían en torno de su cabeza, peinando, esponjando, alisando, con admirable acierto, hasta que, por último, alejándose uno o dos pasos para contemplar su obra exclamó alborozada:

—*Vraiment*, la señorita está preciosa, encantadora!

Muriel se miró el espejo, volviendo la cabeza de un lado, colocando las hojas en diferentes ángulos; y sonrió satisfecha.

—Llama a mamá que dijo deseaba verme poner el traje de novia.

Pocos minutos después entró la madre y Celeste puso a los pies de Muriel, cual reluciente nido, el precioso vestido de raso, y cuando se paró en todo el centro la doncella lo levantó cuidadosamente alrededor de su figura hasta que deslizó los brazos en las mangas estrechas.

Una vez que la doncella hubo concluido, Muriel dió la vuelta lentamente. El traje era de un corte admirable que acentuaba a maravilla las esbeltas formas de la joven. Desde el escote de la espalda descendía una larga cola de raso incrustado de perlas.

Celeste colocó sobre su cabeza el velo de desposada que la envolvió entre nubes de fina transparencia.

Muriel cerró los ojos, falta de aliento, enajenada de gozo. Con las manos hizo un ligero ademán como en actitud de súplica a la Providencia para que la librara de tan anonadadora felicidad.

Sintió los dedos de Celeste por debajo del velo y luego el frío contacto de las perlas de Tony al caer sobre su garganta.

Abrió los ojos y se miró una vez más, larga y fijamente, para jamás olvidar... Sus mejillas eran dos rosas encarnadas; su cabello de oro brillaba bajo el velo como una aureola. Ella podría — pensó — quedarse allí por tiempo indefinido contemplando su propia belleza.

x x x

Cuando Muriel supo que iba a

ser madre, su primer pensamiento fué la ropita que debía comprar. ¡Que momento de indecible felicidad! Pensaba en los diminutos trajecitos, los abriguitos adornados de encaje, las adorables botitas de seda, y las preciosas gorritas. Las que más le agradaban eran aquellas tan lindas, de estilo holandés.

Tony lo supo una noche en que volvían de un baile. El la tomó en sus brazos, la estrechó contra su pecho, le obligó a levantar el rostro hasta mirarle los ojos y, mudo de emoción, le dió un beso en la frente.

Muriel, que ignoraba que en la vida había momentos como ése,

al borde de la cama y comenzó a quitarle los zapatos.

—Yo te desvestiré — dijo por fin. Debes cuidarte mucho, mucho.

Muriel soltó una carcajada. ¡Qué disparate! Ella se sentía tan bien, que había bailado toda la noche pero a la vez se sintió halagada por las atenciones que le prodigaba, diferentes en esta ocasión a las que ya antes le ofreciera.

Después de cubrirla con el cobertor se paró un momento al lado de la cama, sin saber qué hacer con la ropa de Muriel. Ella se sonrió al verlo. En seguida se puso a pensar que desde el siguientes día comenzaría a comprar las cositas pa-

piensas tú en otra cosa que no sea ropa?

Ella se quedó muy quieta en la cama. Tony, a su lado, permanecía de pie, mirándola tan fijamente que la obligó a pestañear. Después que él habló, sus propias palabras le causaron sorpresa, cual si otra persona las pronunciara, pero clarificaban, como bajo acción química, las ideas confusas que tenía acerca de su mujer.

—Muriel — repitió, como si leyera algo escrito en caracteres de fuego —: yo no creo que tú pienses en ninguna otra cosa que no sea ropa!

Ella se estiró debajo de las sábanas.

—¿Y eso qué importa? Yo supongo que todos tienen en la vida algo que les interesa en particular... ¿Qué importa que sea pintura, poesía, dinero, ropa, o lo que fuere, a lo que la gente dedique los esfuerzos de toda su existencia?

Tony dejó de mirarla, se encogió de hombros y volvió la espalda, colocando la ropa y los zapatos de su mujer sobre una silla.

—Después de todo — pensaba — Muriel parece tener razón. ¿Qué diferencia entre pintura, poesía, o cualquier otra cosa? Pero... ¡trapos!

Volvió a encogerse de hombros más filosóficamente que antes y a preguntarse por segunda vez si realmente existía alguna diferencia.

Se encogió de hombros por tercera vez, abrió las ventanas, apagó las luces y se acostó al lado de Muriel. Ella le puso los brazos al rededor del cuello y echó a su oído:

—Mañana voy a Nueva York a comprar la ropita...

x x x

La pequeña Muriel tenía dos años de edad cuando su padre perdió la vida en un accidente de aeroplano que consternó a los concurrentes de los balnearios de la costa del Atlántico durante toda una estación. La niña y sus padres estaban pasando el verano en la linda villa que poseía Tony a orillas del mar.

Y fué precisamente la vista del mar el incentivo que tuvo Tony para volver a manejar un aeroplano, la atracción que sintió de volar sobre la inmensidad del océano. Había sido aviador durante la guerra y mantenía vivo su amor a la aviación. ¡Qué intenso era el goce que experimentaba cuando se encontraba en el espacio! La vista del sol y de las nubes, o de las inquietas olas del mar bajo los rayos de la luna, era entonces su mayor deleite.

Ni una sola vez quiso Muriel subir con él.

—Tengo miedo, Tony — contestaba a sus instancias —. Y, además el traje de aviación es tan feo, con ese gorro detestable!

Al oírla Tony sonreía, pero en seguida se ponía serio, preocupado.

—Lo que se lleva puesto no tiene nada que ver con el placer de volar — dijo entre dientes una



—¿Quién te ha puesto así?

—Gabriel.

—¿Y dónde está Gabriel?

—En el hospital.

—Menos mal que te has portado como un hombre! ¿Está herido?

—No... Está empleado.

también se emocionó y las lágrimas humedecieron sus ojos.

—Hay que tener mucho cuidado — dijo él —; déjame ayudarte...

—¿Por qué lo dices? Yo me siento perfectamente.

Tony la llevó en brazos al otro extremo de la habitación, la colocó en el lecho con sumo cuidado y la besó tiernamente.

Sorprendida de su repentina solicitud, le dijo:

—¡Fíjate, Tony, que todavía no me he desvestido!

Por toda contestación se sentó

ra la canastilla. Qué divertido debía ser! Hacía pocos días había visto un nene que más parecía una borla de polvos de tocador, tan adornado con plumón de cisne era su abriguito.

Oyó que Tony decía:

—¡Ojalá que sea varón!

—Yo quiero una niña; será mucho más interesante vestir a una niña.

Y entonces notó que Tony la miraba de un modo extraño.

—¡Muriel! — dijo, y de pronto su voz cambió de tono —. Dk, ¿no

ANECDOTA

Un editor ofreció al notable escritor Rudyard Kipling un dólar por cada palabra de sus célebres baladas.

Sabedor de esto, un admirador suyo le escribió lo siguiente:

“Sé el precio a que vendéis vuestra literatura. Os envío un dólar rogándoos tengáis la bondad de enviarme una muestra.”

Kipling le escribió consignado una sola palabra: “Gracias”.

mañana de Agosto, inclinándose a examinar un tornillo de la hélice. Y cuando levantó la cabeza oyó que su mujer le decía:

— ¡Claro que sí, bobo! Lo que uso es para mí de tanta importancia, que de ello depende el que yo sea feliz, o que no lo sea...

Tony frunció el entrecejo y dijo secamente:

— ¡Esa broma ya se está haciendo insufrible!

Ella se entretenía haciendo un agujerito en la arena con la punta de su sombrilla. Estaba vestida de organdí color de rosa, con una enorme pámela de paja adornada de bonitas flores. La niña jugueteaba sobre la arena a corta distancia. Era tan rubia como su madre, y ésta la vestía con un arte consumado.

— ¡La verdad es que esa broma ya es insufrible — repitió sin dejar de mirarla con severa expresión.

Ella se sonrió, arqueó las cejas e interrogó:

— ¿Broma?

Bien sabía Tony la futilidad de argüir con Muriel acerca de su pasión por el vestir; se había repetido centenares de veces que era un absurdo tratar de convencerla, pero a menudo también se sentía como aguijoneado por un impulso que le obligaba a principiar de nuevo tan discutido asunto.

De súbito sintió que la ira se apoderaba de él: la perefección de su traje, la gracia de su amplio sombrero, la delicadeza de su linda sombrilla, con la que seguía haciendo figuras en la arena, fueron otras tantas furias que lo espolearon a adelantar un paso hacia ella y a arrebatarse la sombrilla.

Muriel quedó perpleja al verlo quebrar el puño de marfil labrado, arrojar la sombrilla con fuerza y pisotear los volantes de seda. Sus ojos se iluminaron de un fuego extraño, pero no dejó de sonreír:

— ¿Qué te pasa, Tony?

El se acercó más aún y estrujando un pedazo de la tela de su falda, dijo con voz ronca:

— ¡Lo único que te agrada son los trapos! ¡Nunca he podido conseguir que te interese otra cosa en la vida...

— ¡Te preocupas por tus trajes más que por mí, más que por tu propia hija...

La sequedad de su garganta le obligó a interrumpirse breves momentos. Al ver que ella no dejaba de sonreír, la cogió del brazo y gritó:

— ¡Por Dios, Muriel, ¿tienes alma o no?

Ella retrocedió un paso al sentir que le clavaba las uñas.

Tony se echó a reír:

— ¡Me gustaría verte perdida en una isla salvaje! ¡Que te quedaras desnuda por el resto de tu vida!

Muriel ya no sonreía. Su mirada carecía de expresión:

— ¡Desnuda! — murmuró como un eco.

Tony seguía mirándola, mientras

que ella no veía nada a su contorno. Parecía que por el iris de sus ojos pasaban unas sombras para ir a perderse en sus dilatadas pupilas, sombras que llenaban su rostro de ligeros espasmos de horror.

— Es — pensó Tony — que se ve perdida en una isla desierta, desnuda para toda su vida, despo-

Al pronunciar sus últimas palabras se dió cuenta de que se había dejado dominar por un sentimiento absurdo, y, avergonzado de haber hecho un papel tan ridículo, se inclinó a recoger los fragmentos de la sombrilla:

— ¡Lo siento; pero la verdad es, Muriel, que tú misma me exasperas

TRAGEDIA SALVAJE

Fué en un país de leyenda.
Un Rey bárbaro en su tienda
decretara la contienda.

Salieron de su cubil,
de unas garras, el perfil,
de uno dientes, el marfil.

Y en una jaula vecina,
bajo una piel leonina,
gritó una voz femenina.

Solo, el Rey la lucha aguarda
No se sabe si le guarda
su mirada o su alabarda.

Y desde el cinc de sus ojos,
unos finos rayos rojos
prenden sus barbas de abrojos.

La guardia negra rechaza,

y a un firme golpe de maza
salen las fieras a plaza.

Se contemplan frente a frente
Pero la zarpa y el diente
se humillan dolientemente.

El Rey a la lucha acosa.
Hay una mirada odiosa
y una zarpa temblorosa.

Y al iniciar el combate,
muere el león al embate,
y el Rey, sangrando, se bate.

Y como una maldición
siniestra, trágica y muda,
de la otra piel de león
sale la Reina desnuda.

José Martínez Jerez

jada de las innumerables ropas y fruslerías que son su verdadera alma...

Una mueca más violenta contrajo las facciones de Muriel. Pero casi en seguida desechó las furtivas visiones que habían evocado las palabras de su marido.

— ¡Qué absurdo, Tony! — dijo con exagerada alegría.

Tony se había ido calmando poco a poco:

— Dí lo que quieras, pero yo he observado que a menudo cuando una persona rinde idolatría ciega a alguna cosa así... como... ropa, algo terrible sucede, ¿sabes? ¡Tú lo verás, Muriel!

con tu adoración a los trajes más que a cualquiera otra cosa en el mundo!

Muriel movía la cabeza de un lado al otro:

— ¡Pero, Tony, si tú sabes que te quiero!

El volvió la espalda a la sonrisa que de nuevo se dibujó en los labios de su mujer:

— ¡Qué!... — dijo frente al motor del dirigible.

¡Y fué así como se separó de Muriel para nunca más volver!

X X X

En momentos que trajeron a Muriel la noticia del accidente que

costó la vida a su marido, se hallaba ella echada en un sofá hojeando distraídamente las páginas de una revista de modas. Su hijita dormía en la pieza inmediata. El silencio que reinaba en la casa era tan profundo que habría podido oírse el zumbido de las abejas atareadas en las floridas madreselvas que crecían fuera.

Cuando lograron convencer a Muriel de la muerte de Tony, se sintió presa de un ligero desvanecimiento:

— ¡No puede ser! — pensaba —. Si solamente esa mañana había querido que lo acompañara en su viaje aéreo, y hasta habían reñido... sobre el mismo tema... como siempre. ¡Qué tonto era Tony tratándose de eso! Ha debido estar contento que ella prefería el lujo a la admiración de los hombres... ¡no como la mayoría de las mujeres que ella conocía!

De pronto la imagen de Marjorie Cooper cruzó por su mente... Sus ideas se hicieron confusas, inciertas, hasta que, distintamente, vió surgir su propia imagen vestida de negro.

¿Por qué había pensado en Marjorie? ¡Marjorie era una viuda!

Volvió a luchar con sus incoherentes ideas. Entonces, como un rayo, le vino el convencimiento de que ella también era una viuda...

Lo que significaba ropa negra, tocas forradas de crespón blanco, largos velos de crespón negro... Y en el verano se vestiría completamente de blanco.

¡Luto blanco!

Recordaba haber visto en una revista la fotografía de una elegante viuda sur americana que iba a contraer segundas nupcias con un lord inglés. Lucía una cofia con una ancha banda de crespón bajo la barba, que la hacía semejar a una monja... A ella le agradaría algo semejante...

Y se pasó días buscando en las revistas de modas las más estrictas novedades en lutos.

EL ESFUERZO

La duda, hija de la dispersión de fuerzas, no será por ti conocida, si sabes hacerte con ideas propias; si sabes, sobre todo, sostener con esfuerzo el caudal de las tuyas propias.

Dije con esfuerzo. Porque sería ridículo creer que se conquista el mundo sin lucha, o que existe lucha sin esfuerzo. Debes hacer del esfuerzo cuestión de honor, pues eres hombre; sólo a costa de sudor conquistarás tu vigor moral y tu independencia. Tus esfuerzos te serán termómetro bastante exacto para medir tu poder de energía, la cual quiere decir obrar, esto es acumular esfuerzos.

Pon tú el esfuerzo y naturaleza pondrá el éxito, porque fortuna ayuda a los audaces, según decían los antiguos.

Los caracteres irresolutos son infecundos. Su perplejidad mórbida pasa a los actos, y resultan pobres, incoherentes, disipados, sin nervio, muertos antes de nacer.

El fracaso es su sino; su dependencia de los demás, necesaria. Libres de piernas y de miembros, su esclavitud es una dura esclavitud interior. El fracaso corona sus obras.

J. BARDINA.

La alimentación

Hay que dejar descansar un poco el estómago entre sus horas de trabajo; cinco o seis horas contadas desde la conclusión de una comida hasta el principio de la siguiente no son demasiado, ya que la digestión estomacal exige alrededor de cuatro horas en la mayoría de los casos.

Si las comidas son bien escogidas y se toman en las horas en que las fuerzas del cuerpo son mayores (a las 8 de la mañana y a las 2 de la tarde, por ejemplo), dos comidas al día le bastan a la mayoría de las personas. Cuando las horas indicadas no convienen, tres comidas son preferibles, debiendo ser la última poco consistente y tomada entre las seis y las siete de la noche.

Cosas que fueron

El esquilamiento de un poeta

Don Patricio de la Escosura dejó en sus *Recuerdos literarios* una serie de cuadros históricos de la mayor importancia para el conocimiento de la época agitada e interesante en que vivió. Son muy curiosos los datos que nos suministra acerca del romanticismo, esenela o secta literaria que empezó en pleno terror absolutista, culminó bajo la protección de la Reina María Cristina y declinó en el reinado de doña Isabel II.

Las evocaciones que el señor Escosura nos hace de su alborotada mocedad nos llevan a vivir los momentos más culminantes de la historia contemporánea. Alguna vez puede que nos ocupemos extensamente de D. Patricio de la Escosura que tuvo la suerte de conocer un mundo pródigo en enseñanzas de toda índole.

El terror absolutista se imponía por toda España. La *Gaceta Oficial* aplicaba a los llamados liberales los calificativos más duros, y la Regencia de Madrid no le iba a la zaga con sus proclamas. Los tribunales del café de Lorenzini y la Fontana de Oro eran substituídos por otros que les superaban en violencia. A las sociedades patrióticas de otros días había sucedido la *partida del trueno*, que era dueña de Madrid como lo era de Andalucía otra partida llamada *de la porra*, muy anterior a la que años más tarde funcionó en la capital de España, poco después de la revolución de septiembre. La *partida de la porra* primitiva ofrecía la particularidad curiosísima de ser acaudillada y dirigida por una ilustre dama de la nobleza, que tenía a gala mandar un puñado de apaleadores que sembraban el espanto en Andalucía.

En un ambiente así se desarrollaron la infancia y la juventud de D. Patricio de la Escosura, gran amigo, como se sabe, de Espronceda y Ventura de la Vega, poeta este último que recibió muchos y graves disgustos por sus imprudencias y sus desprecios. Uno de aquellos disgustos, y quizá el más serio de toda su vida, fué el que le dieron en plena Puerta del Sol unos celosos realistas.

Tenía nuestro don Ventura pocos años. En pleno sarampión literario, se creía llamado a ser el mejor poeta que había tenido la Humanidad. Con altivez inaudita paseaba por las calles su persona, llevando su cabeza llena de versos que él creía sublimes. Y como la sublimidad del genio consistía, según el soñador mozalbete, en llevar flotante y airosa una insolente melena, he aquí que marchaba entregado a sus pensamientos, luciendo su cabellera romántica. Indiferente a cuanto le rodeaba, no vivía en el mundo ni quería vivir tampoco dentro de él. La juventud le daba sus alas, y la ambición era su alentadora y su guía. Era poeta y nada más que poeta. Entonces era casi desconocida la palabra *bohémio*. De haberse conocido, bohémio y nada más que bohémio hubiera sido llamado el jovenzuelo que estaba dispuesto a conquistar el mundo con las armas de su ingenio, y vivía tan lejos de la realidad, que no sabía que una melena como la suya era un verdadero atentado a los sentimientos de la muchedumbre que en su fervor fernandino creía que todos los que ostentaban una cabellera como la de Ventura de la Vega eran temibles enemigos, a quienes había que combatir sin piedad.

¡Pobre poeta! Cuando más tranquilo iba viéndose rodeado en la Puerta del Sol, como ya dijimos, por una turba imponente que lo insultaba. ¡Terrible desengaño! ¡Ser un gemo para aquello!... Quiso defenderse y los insultos se convirtieron en golpes. La poesía lírica floraba de dolor, y don Ventura, también, joven, casi niño, veíase a merced de aquel populacho, que quería aplicarle un esquilamiento.

De pronto, uno de los energúmenos dijo: "¡Vamos a pelarlo!" Terrible palabra que llenó de desolación el alma del futuro autor de *El hombre del mundo*!

Dictada la sentencia, era preciso cumplirla. Así lo pedían más de mil voces, que estaban resueltas a que aquel peligroso conspirador recibiera su castigo.

A viva fuerza lo sentaron en la cuba de un aguador de los que se surtían en la fuente de la Mariablanca, y pidiendo sus tijeras a un esquilador de cabelleras fueron quitándole, a trasquilones, la cabellera.

Pelado, corrido, apaleado, bañado, maltrecho y herido en lo más hondo de su dignidad poética, colocóse abiertamente el jovenzuelo en contra de toda la soledad. Y como era hombre de decisiones heroicas, dejóse crecer el bigote, que era por aquellos entonces mucho más grave que llevar melena. El bigote, símbolo y

emblema de liberalismo en la generalidad de las gentes, no podían lucirlo más que contadas personas y pertenecientes a determinadas profesiones. Como era natural, al esquilamiento primero siguió una prisión en regla, que sufrió el poeta con espartana valentía. Y el día que en la cárcel lo afeitaron creyóse un mártir de las ideas más supremas. La guillotina comparada con aquello era una broma. Sus amigos, sobre todo Espronceda, lo miraba como a un ser casi sobrenatural, que había sufrido mucho más que el pobre Silvio Pellico en su cautiverio. ¡Cómo lo envidiaban! Un deseo de emulación despertaba en el alma de todos ellos, que en pleno delirio romántico y poético querían hacer de sus vidas algo novelesco y extraordinario. Tan libre y rebelde como sus pensamientos andáces...

Juan LOPEZ NUÑEZ



Para Alimentar el Cerebro

cansado o debilitado por el exceso de trabajo, para evitar la pérdida de la memoria, para levantar el espíritu, para los deprimidos, pesimistas e indiferentes, hemos creado la

Nucleodyne

(El tónico que da fuerza)

Tomando, tan sólo, dos botellas, se nota un cambio inmediato, tan rápido que uno mismo se asombra.

La eficacia de la NUCLEODYNE, como tónico cerebral, reside en el fósforo orgánico que entra en su composición y que es considerado como el reconfortante más enérgico del cerebro.

La NUCLEODYNE es el orgullo de nuestros Laboratorios.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



**La visita del valeroso
general español don
José Millán Astray**

El jefe y fundador de la Legión Extranjera, en Marruecos, general Millán Astray, acompañado de su señora esposa, recibe desde la borda del vapor "Reina Victoria Eugenia", el cariñoso y entusiasta saludo que le tributó un numeroso público al llegar al puerto de Buenos Aires. En medio de los distinguidos huéspedes aparece la señora esposa del Embajador de España en la Argentina, doña Mabel Hill de Maeztu.



El automóvil que conducía al general Millán Astray, poco después de su desembarco y que rodean varios legionarios, es asaltado por el público que aclama calurosamente al bravo militar.

El general Millán Astray momentos después de pisar tierra argentina, transmitiendo por radio, un afectuoso saludo al pueblo de la República.



El general Millán Astray, acompañado por el embajador de España, don Ramiro de Maeztu, rodeado de los miembros de la comisión directiva en pleno de la Asociación Patriótica Española, durante la recepción del distinguido militar en la Institución de referencia, a cuya invitación se debe la visita del ilustre huésped.

Vida universitaria



Doctor Enrique Zárate, profesor de la Facultad de Ciencias Médicas y candidato elegido por los estudiantes para ocupar el decanato de la mencionada Institución. El doctor Zárate tiene grandes probabilidades de triunfo en las próximas elecciones, a juzgar por el gran número de alumnos que sostendrá su candidatura.



El rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Ricardo Rojas y varios profesores de la Facultad de Ciencias Económicas, escuchando la palabra del decano de dicha Facultad, doctor Santiago B. Zacheo, en el acto inaugural de los cursos.



Vista parcial del público que asistió a la inauguración de los cursos en la Facultad de Ciencias Económicas.



El decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Emilio Ravignani, oyendo la disertación del doctor Alfredo Franceschi, durante la apertura de los cursos.



Aspecto que ofrecía el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras, al inaugurarse los cursos del año actual.



El decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, ingeniero F. Pedro Marotta, pronunciando su discurso de apertura de los cursos en la mencionada Institución docente. Asistieron a la ceremonia el ministro de Agricultura, doctor Juan B. Fleitas, el rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Ricardo Rojas, académicos, consejeros, profesores y numerosos estudiantes.



Llegada del doctor Rodolfo Mann



En gira de estudio por los países sudamericanos, llegó a Buenos Aires el distinguido hombre de ciencia alemán, doctor Rodolfo Mann, acompañado de su señora esposa. El doctor Mann, destacada figura del comercio e industria alemanes, ocupa la presidencia del directorio de la importante fábrica de productos químicos Bayer. — A la izquierda: los distinguidos viajeros poco después de atracar el barco que los conducía. — A la derecha: los representantes de la fábrica Bayer y otros caballeros que fueron a esperar al doctor Mann, al puerto.



El triunfo de una artista argentina



La notable soprano argentina señora Marta de la Vega, pensionada por el gobierno nacional, que acaba de regresar al país, después de una brillante gira artística por diversas capitales europeas, donde ha obtenido los más halagüeños éxitos y los unánimes elogios de la crítica. — A la derecha: espléndida pulsera de brillantes con las iniciales de la reina Victoria Eugenia, que la soberana de España regaló a la señora de la Vega, después de haber cantado en palacio ante la familia real española.

Fiesta en la Cervecería Quilmes

En su deseo de obsequiar al comercio alemán, la dirección de la Cervecería Quilmes ofreció un almuerzo a un numeroso grupo de comerciantes de dicho ramo, los cuales concurrieron al acto con sus respectivas familias. — Vista parcial de los asistentes a la fiesta.



Un núcleo de buenos catadores, saboreando el delicioso producto, que cuenta hasta con la decidida adhesión de la gerente menuda.



El solemne momento de las realidades tangibles, ansiosamente esperado después de la consumación de los primeros litros...

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dibujos de P. Rojas

(Continuación)

Nadé largo rato y un poco al acaso, pues encontrábame sumergida a medias, consiguiendo por fin instalarme sobre una hoja de nenúfar, muy inmediata a la que ahora nos sostiene. Mi primer intento fué descansar de mis pesadas fatigas, y luego, más tranquilo el ánimo, pensaría en el modo de ganar la orilla. Distraída, dejé transcurrir el tiempo hasta la noche, y ¡cuál no fué mi estupor cuando noté, al querer observar el tiempo que hacía, que la flor se había cerrado y yo era su prisionera! Sin embargo, sabedora de que estaba en mi mano salir de aquel encierro cuando bien me pareciese, y hallándome segura en aquella especie de caja, resolví pasar en ella la noche y quedéme dormida. Suponiendo al despertar que el sol ya había asomado su rubicunda faz, empecé a trabajar con mis mandíbulas



busca de otro puerto de salvación. Mi poca experiencia habíame perjudicado, pues al agujerear la flor me convertí en instrumento de mi submersión. De consiguiente, poniéndome a nadar, pronto alcancé la hoja que nos sostiene, pero en el acto de asirme a ella sentí que me sujetaban por detrás y comprendí que se me quería arrastrar al fondo del agua. Entonces fué cuando, agarrándome con todas mis fuerzas a la hoja salvadora, lancé el grito de desesperación que oísteis. Lo demás no necesito contaroslo, pues harlo lo sabéis.

—Fortuna ha sido para vos, añadió, que en aquel momento la curiosidad me impeliera a abandonar mi abrigo para contemplar la atmósfera; de lo contrario habría llegado tarde en auxilio vuestro.

—Es cierto. Ya no me quedaban fuerzas, y a haberos presentado algunos segundos después, de nada me serviríais. ¿Y vos, cómo llegasteis a este sitio?

—Del mismo modo. También he seguido la hondonada en cuestión, y el mismo torrente me arrastró hasta el estanque.

—Ahora que está satisfecha nuestra curiosidad, dijo la hormiga, me permitiréis que me ocupe de mi estómago. Hace tiempo que no he probado bocado y tengo un apetito atroz.

—Luego mi nueva amiga se apoderó de la cabeza de la larva y, agujereando la envoltura córnea, regalóse con las partes blancas interiores. Por mi parte dejéla entretenida en tan agradable ocupación, y metiéndome otra vez bajo techo, es decir, al abrigo de la hoja, reanudé mi interrumpido sueño, para esperar el alba.

CAPITULO XI

Invitación aceptada

Aquella noche trascurrió sin otro incidente; cuando volví a salir de mi escondrijo había amanecido. Instalada la hormiga en la parte superior del pliegue de la hoja, se estaba acicalando, es decir, con sus mandíbulas se restregaba todo el cuerpo; y yo, después de saludarla, hice lo mismo.

Terminada esta operación, llamé

a mi compañera para consultarle un asunto que me tenía preocupado, y era, saber cómo nos arregláramos para ganar la orilla del estanque.

—Esto me da poco cuidado, contéstome la hormiga. Cuando se levante alguna brisa abordaremos. Entretanto, vamos a echar un párrafo.

—¿Conque conocéis un medio para llegar a la orilla, eh?

—Qué duda cabe.

—¿Y consiste este medio?

—Ya lo cereis; dejarme hacer. Vivid descuidado, grillo; al momento que vos queráis ganareis la orilla.

Estas palabras llevaron la tranquilidad a mi ánimo, y confiando en el ingenio de la hormiga no insistí más sobre el particular.

Luego nos ocupamos en cosas diversas; del sitio que la hormiga habitaba, del número de moradores de que constaba su ciudad, de sus cotidianas ocupaciones. Supe



aquel país.

—Confieso, me contestó, que me ha sorprendido un tanto encontraros aquí. Si no me engaño, los grillos acostumbra vivir en sociedad, y puedo aseguraros que sois el primer individuo de vuestra especie que encuentro en estos parajes.

—Ahí donde me véis, añadí riendo, soy un verdadero vagabundo sin casa ni hogar, o sea un aventurero.

—¿Qué os proponéis, pues, hacer al dejar este estanque?

—Oh! contesté; debo deciros que a corta distancia de aquí he improvisado una especie de albergue y que cuento con algunos amigos que la casualidad me deparó, pero sólo Dios sabe si después de la pasada catástrofe todavía existirá el primero y si los otros están vivos.

—Efectivamente, ambas cosas son dudosas. De todos modos, si os encontrais en un apuro podéis venir a vivir con nosotras.

Ante semejante propuesta, que ni en sueños imaginara, experimenté un gran susto y miré a la hormiga con ojos desenejados. Esta lo notó.

—Diríase que os sorprenden mis palabras?

—¡Vaya! Y creo que me asiste razón para ello.

temática hacía todos los extrajeros. Nuestra conducta proviene de que odiamos a los indiscretos, a los importunos, a los haraganes y a todos los seres inútiles.

—Temo que se me coloque en esta última categoría.

—Desechad vuestros temores, todo se arreglará. Si yo os presento...

—¡Oh! protegiéndome vos, nada temo. ¿Decíaisme que viven algunos huéspedes con vosotras?

—Sí, en gran número. Además, contamos con muchos servidores o sea prisioneros que obligamos a trabajar, así como con otros que nos divierten. Una idea: os presentaré como músico.

—Que me place, dije riendo. Quiero probar fortuna y os acompaño.

Seguimos hablando otro rato; y debo decir que la hormiga mostrábase muy jovial, que era vivarachita y poseía conocimientos muy variados. Hubo un momento en que me pareció inquieta, y le pregunté la causa:

—Por ahí veo algunas libélulas; esos foragidos no se andan con remilgos. ¿No os parece que estoy demasiado visible sobre esta hoja?

—Si fuese necesario yo os defendería.

—Gracias. Con todo, voy a practicar una abertura en medio de este pliegue; así, al menor peligro contaré con un refugio.

Muy prudente me pareció la medida, y por lo tanto la aplaudí. Verdad es que existían las aberturas de los extremos del pliegue, pero éstas eran menos accesibles que la que la hormiga se proponía hacer en el centro.

Así pues, pusimos manos a la obra, no tardando en abrir un agujero en el sitio mismo donde aquella estaba instalada.

Ahora, díjome, ya nada tengo que temer. A la más pequeña alarma me eclipso.

—Os infunden mucho miedo las libélulas?

—Muchoísimo, y no sin motivo. Si por mi desdicha cayese en las garras de alguna de ellas, en un santiamén me engulliría.

—Diviso muchas en el borde del estanque.

—Es verdad, y de toda clase.

Por algún tiempo nos entretuvimos en contemplar sus graciosas y rápidas evoluciones. Pronto rompió el silencio la hormiga, diciéndome:

—Empieza a levantarse alguna brisa. ¿No os parece que sería acertado abordar?

—¡Vaya si me lo parece! Es imposible que nos mantengamos eternamente en esta postura. Pero por más que miro no veo ningún medio de transporte a nuestro alcance.

—Inútil es que lo busquéis; esta hoja nos servirá de embarcación.

—Pero si está amarrada!

—¡Qué importa! La desamarraremos.

—¡Bravo! exclamé; parece imposible que no hubiese yo atinado en una cosa tan sencilla.

—Manos a la obra, pues. Vuestros instrumentos son más sólidos que las mías: cortad, partid, y desamarradlos.

Sin pérdida de momento me puse a separar el apéndice de la hoja en su punto de intersección.

—No hagáis esto, observó la hormiga; cortad la hoja alrededor

nuevo para mí, pero esto no era posible, ya que el viento nos empujaba rápidamente hacia la orilla.

Mi compañera parecía preocupada, y tenía fija la vista en el sitio donde, según toda probabilidad, íbamos a abordar.

No pude menos de interrogarla sobre esto.

—Por ahora todo va bien, contéstome, pero la parte del estanque



del punto de apoyo: así será más fácil la tarea.

Seguí el consejo de mi amiga, y muy pronto quedé desprendida la amarra que nos tenía como anclados en el centro del estanque, y empezamos a flotar libremente en dirección contraria al viento.

Nuestra travesía llevóse a cabo sin ningún incidente digno de notar. Por dos o tres veces choramos con algunas centinodias flotantes, pero las movibles hojas de estas plantas nos abrían paso con facilidad. El agua se había vuelto límpida. Al pasar por encima de una mata de mirrófilo hice notar a la hormiga la elegancia y finura de las hojas de aquella planta sumergida. En medio de sus sueltas rammas bullían toda clase de insectos.

De buena gana me hubiera detenido un momento para gozar más despacio de un espectáculo tan

hacia la que nos lleva el viento está cubierta de escirpos, e inevitablemente nos veremos detenidos a cierta distancia de la tierra. Si no es mucha la orladura que forman los escirpos, cortaremos algunas de estas plantas y al caer sus tallos en dirección a la orilla tendremos una especie de puente; pero en caso contrario habrá que imaginar otro medio, y esto me parece lo más probable, pues con la borrasca de ayer han subido las aguas del estanque, y los declives han quedado inundados en parte.

Muy fundada creía la observación de la hormiga; pero ésta no había contado con un obstáculo de otro género que se nos ofreció antes de que alcanzásemos las matas de escirpos.

(Continuará)

MARPLATENSES



El presidente de la República, acompañado de su señora hermana, dona Marcelina Irigoyen de Rodríguez, durante su visita a Mar del Plata



El doctor Irigoyen, la señorita de Irigoyen, el señor Rodríguez Irigoyen y otros miembros de la familia del primero paseando por la rambla.



El primer magistrado escuchando las referencias suministradas por el secretario de Obras Públicas de la Municipalidad de Buenos Aires, señor Rodríguez Irigoyen.



Otra instantánea del presidente y su séquito, en uno de sus paseos matutinos por la rambla del aristocrático balneario.



El doctor Irigoyen acompañado por el embajador del Perú, doctor Miguel Checa Eguiguren, por el señor Rodríguez Irigoyen, y por otras personas, dirigiéndose a su alojamiento.



El presidente acompañado por el administrador de la rambla, señor Morteo, y por el secretario de Obras Públicas de la municipalidad de Buenos Aires



El primer magistrado, con algunos miembros de su familia visitando diversos lugares de la ciudad



El doctor R. Ferrando acompañado de los señores A. Ferrando, L. Bilatz y A. Vivone



El señor Jacobi y sus hijos



El doctor Alfredo G. García y el señor Juan Cuatli



El capitán Betnaza (Fots. Bonnin e Iris)

SOCIALES



ENLACES — Señorita Emilia Marazza con el doctor Héctor V. Noblia



Señorita María Carmen Garaguso, que en breve se desposará con el señor Dionisio González Arrill



Señorita Elisa Kinkelin con el ingeniero Heriberto Clausen



Señorita Angeles Morales con el señor Marcelo Humblot



Señorita Amalia Covelli con el doctor Francisco Lamattina



Señorita Silvia Lelia Musso con el subteniente Waldino Juárez



Señorita Sara Seriffignani con el señor Vicente Arteaga



Señorita Speco desposada con el señor Chirón



Señorita Celia Wilkinson Spinetto con el señor Justo Eduardo González



Señorita Carmen Bernardini con el señor Adolfo Groglopo



Señorita Fernanda Campagnone con el señor Alfredo Rodolphe



Señorita Natalia Velasco con el señor Carlos Bogo

Información gráfica del interior



PUENTE DEL INCA. — Las familias de Villarroel, Ayanz y Frederiksen, durante una excursión serrana



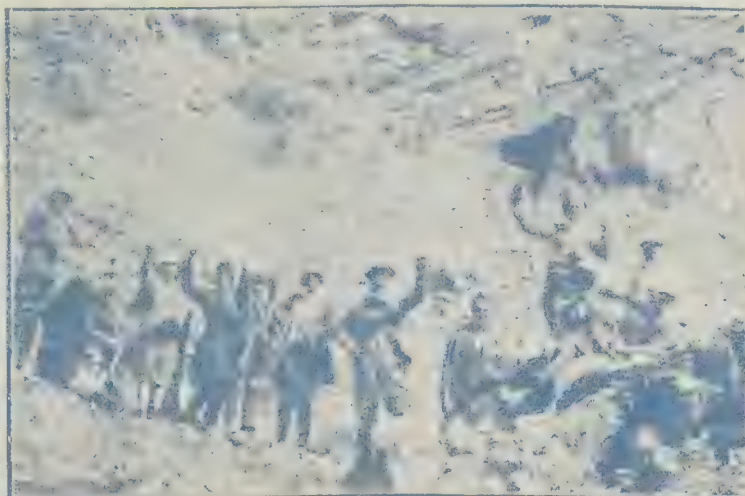
El "Cerro de los Cóndores", en el camino a Puente del Inca



Grupo de excursionistas al pie de la Imagen del Cristo Redentor, en los Andes



Turistas en "Las Cuevas"



Otro núcleo de excursionistas en las vertientes andinas



Señor Juan C. Geloso, saliendo del Hotel Puente del Inca



MENDOZA. — El Interventor federal Interino, don Alfredo Sosa, acompañado de altos funcionarios y periodistas, durante la visita que realizara a la Escuela de Enología y Vitivinicultura de la Nación



SALADILLO. — Señor Martín Buren, recientemente fallecido



RUFINO. — Personas que participaron en la demostración tributada en el Hotel La Colonia, al señor Luis Yaselli, con motivo de haberse acogido recientemente a los beneficios de la jubilación

EL RETRATO

Por Registo Roggero

Horacio, al abrir las persianas del balcón, admiró el hermoso sol que inundaba los jardines. Era la primavera que hacía su entrada oficial con su cortejo de rosas, de rayos solares y cielos azules. Horacio terminaba la convalecencia de una larga y penosa enfermedad, más moral que física; todo el invierno su espíritu había estado como cubierto de hielo, y mientras su hermosa novela "Ensueño Juvenil" estaba en todas las manos haciendo palpar los corazones, el joven autor, en la plenitud de sus veinticinco años, se moría de tedio y descorazonamiento. ¿Sería tal vez el intenso trabajo mental, al que se había dedicado para llegar a un ideal de perfección? ¿Era un principio de agotamiento nervioso?... Los médicos no habían sabido decirlo, y el invierno había transcurrido para Horacio con nubes en el cielo y hielo en el corazón...

Pero ahora todo había terminado. Con el espléndido sol, las tinieblas de su alma se dissipaban y aquella mañana estaba muy contento.

Sobre su mesa de trabajo estaba la correspondencia de dos o tres días: diarios que hablaban de él y de su último libro, cartas de amigos, tarjetas de admiradores... y admiradoras. Horacio sonreía al leer el artículo encomiástico de un periódico, la frase entusiasta de un admirador del que apenas recordaba el nombre, cuando sus manos cayeron sobre una carta azul, perfumada con "Niki-novo", una esencia penetrante que estaba muy de moda. La carta era de una admiradora; pero más franca y original que las demás. La incógnita hablaba de la emoción con que había leído "Ensueño Juvenil"; decía que había llorado, conmovida, y terminaba por confesar que, después de haberse enamorado de la novela, acabó por enamorarse... del novelista.

Ella lo conocía; supo que estaba enfermo y luego convaleciente, y le enviaba con el hálito de la nueva primavera el homenaje de su misterioso amor... ¿Misterioso? Eso sí, nunca revelaría quién era.

Que no buscara saberlo o preguntarlo. Pero como le era muy dulce tener comunicación espiritual con el escritor, le pedía que la escribiese, indicándole el medio de hacerlo, ingenioso, pero bastante extraño.

El recibiría las respuestas desde muy cerca, porque ella respiraba casi el mismo aire de él; pero las cartas de Horacio debían ser dirigidas nada menos que a Oestersund, una ignorada región escondida, donde vivía una íntima ami-

las primeras palabras, las primeras frases que escribía después de su enfermedad. Fue como un desahogo de las nieblas y melancolías acumuladas en aquel triste invierno de su espíritu. Y sin volver a leer lo escrito, metió las carillas en un sobre y puso en éste la dirección: "Señora Thora. — Oestersund".

Mientras su carta viajaba hacia el Norte para volver después al Sur, Horacio trataba de imaginarse cómo sería su misteriosa admi-

También ella, como el escritor, había atravesado una crisis de dolor y de hielo moral, pero ahora renacía en su corazón la primavera. Horacio, intrigado, se hacía cada vez más audaz, más impaciente: quería conocerla a toda costa. ¿Para qué aquel misterio cruel e inútil? Que le diese al menos algún rayo de luz. Pero ella obstinada, insistía en mantenerse en el misterio. ¿Para qué quería romper el dulce encanto?... ¿No era mejor amarse así, en la dulzura de lo desconocido?... No siempre la realidad corresponde a la belleza del pensamiento.

Pero Horacio se enojó, amenazándola con suspender aquella deliciosa comunión de ideas si ella insistía en mantener la incógnita.

La respuesta no se hizo esperar. ¿Era ese su deseo? Pues bien: lo complacería.

He aquí lo que debía hacer: ir a una villa que quedaba en las afueras de la ciudad. Allí vivía una sobrina suya, joven, viuda, que aún llevaba luto por la muerte reciente de su esposo. Ella era la encargada del envío de la correspondencia. "Thora" vivía, efectivamente, en Oestersund, pero las cartas que ella escribía se las enviaba a la sobrina para que las remitiera a Horacio.

— ¿Qué combinaciones! — pensó éste, un poco contrariado.

Thora, agregaba, que le daría un retrato suyo, pero que tuviese mucho

cuidado, porque la sobrina no sabía absolutamente nada del sentimiento que los unía. Era preciso pues, ser muy discreto.

¿Qué hacer?... No había más remedio que ir a casa de la sobrina viuda. ¿Era joven, era vieja? Otro misterio que resolver; felizmente, éste podría aclararse muy pronto.

A Horacio no le fue difícil encontrar la villa. Era un pequeño nido blanco, rodeado de arboleda. Un criado le abrió la puerta y le hizo entrar en un saloncito, puesto con exquisito gusto, que predispuso favorablemente al escritor. Pasados pocos instantes se alzó un cortinaje y apareció la sobrina viuda: una mujer bellísima, vestida de negro y con cabellos y grandes ojos



ga, que le enviaría a ella las cartas. Así estaba segura que Horacio no haría nada para descubrir a su misteriosa enamorada.

El escritor no pudo sustraerse a una leve perplejidad. ¿Qué quería decir todo aquello?... ¿Era una broma o era verdad? Volvió a leer la carta: estaba muy bien escrita y era, sin duda, obra de un espíritu delicado, aristocrático. Aquella letra fina no podía haber sido trabada por una mano vulgar.

Se levantó, fue hasta la ventana, miró los rosales, el cielo de un azul purísimo, volvió a su mesa de trabajo; se sentó y tomó la pluma... para contestar a su misteriosa admiradora.

Escribió varias cuartillas. ¿Qué decía? No lo recordó nunca: eran

radadora. El dulce nombre escandinavo "Thora" le hacía ver una bella joven, alta, esbelta, de grandes ojos celestes y cabellos rubios. Era imposible que aquella carta, tan delicada, tan exquisita, proviniese de una mujer fea; una solterona o una vieja.

Al fin llegó la esperada respuesta. Era un himno de gratitud y alegría. ¿Cuánto bien le había hecho su carta! Era forzoso que él supiese que el sentimiento que la impulsaba era sincérrimo.

Horacio, que tantas novelas había escrito para los demás, empezó a vivir la suya propia. La correspondencia se hizo más seguida. En sus cartas la admiradora se hacía más confiada, abría su corazón, hablaba de pasadas tristezas.

oscuros. Horacio se inclinó, sorprendido y turbado sin saber por qué. A una señal de la señora, se sentó, pensando:

—¡Ah!... ¡Si Thora se pareciese a su sobrina, qué suerte sería!

La viuda rompió el hielo, diciendo:

—Le esperaba a usted... Mi tía Thora, que vive en Oestersund, me ha dado un encargo...

—Sí — contestó Horacio. — Me liga a su señora tía una gran amistad... Es una inteligencia superior, un espíritu muy culto.

—Mi tía ha sido siempre muy romántica — repuso su interlocutora, sonriendo —, y muy aficionada a la literatura... Yo, en cambio, soy todo lo contrario: una enemiga mortal de los libros, de las novelas, de la poesía...

—Y, por consecuencia — interrumpió Horacio, irónicamente —, de los novelistas y de los poetas.

—Sí; pero no cuando son amables y discretos como usted.

Y, levantándose, tomó de una mesita un sobre, que entregó a Horacio, diciendo:

—Este es el retrato de mi tía... Ella me ha encargado que le relate fielmente la impresión que le produzca.

El joven, latándole fuertemente el corazón, abrió el sobre y sacó el retrato...

¡Era el retrato de una viejecita, de facciones delicadas y cabellos níveos!

Horacio se quedó helado y apenas pudo ocultar su desencanto.

—¡Ah! ¿Esta es la tía? — balbuceó.

¡Diablo! ¿Qué mala pasada le jugaba el Destino!... La poetisa Thora, la enamorada de su Ensueño Juvenil, la apasionada autora de aquellas cartas deliciosas, no era joven, ni rubia, ni tenía los ojos celestes...

—¿Le gusta el nuevo retrato de mi tía? — preguntó la viuda con una dulzura de voz que a Horacio le pareció burlona.

—Mucho... Está parecidísima.

—Lleva muy bien sus sesenta años... Tiene mucha agilidad para su edad... En fin, usted la conoce tanto como yo.

—Sí, sí — dijo Horacio desconcertado. — Y... ¿vive sola en Oestersund?

—¿Sola?... ¿Pero no recuerda usted que tiene marido y doce hijos?

Horacio, al oír aquellas palabras, se sintió más tranquilo. Si la tía Thora tenía sesenta años; marido y doce hijos, ante él estaba la bellísima sobrina, que contaría veinte años escasos y no tenía hijos ni marido. Recobró su serenidad de hombre de mundo y empezó a hablar de cosas indiferentes.

—¿La señora vive sola aquí? — preguntó.

—Completamente sola, con unos pocos servidores fieles. Mi vida no ha sido muy feliz... Un matrimo-

nio poco afortunado... Mi marido ha muerto lejos de mí; estábamos separados...

El bello rostro había palidecido y los ojos estaban llenos de lágrimas.

—Perdone, señora — dijo Horacio, sinceramente conmovido —, si he traído a su memoria pensamientos tristes.

—No tengo nada que perdonarle — repuso la viuda. — Por eso odio a los libros y a los poetas... ¡He tenido tan poca poesía en mi vida!...

—No como novelista, ni poeta — repuso Horacio — sino como amigo, ¿me permitirá que venga alguna vez a verla?

—Ya que es usted amigo de la tía Thora, sí; se lo permito con mucho gusto.

buena impresión que tengo de usted?

Por lo menos es franca, pensó Horacio, sin que le mortificase aquel rechazo. ¡Qué criatura encantadora!

Entretanto, seguía la correspondencia con la tía Thora. Las cartas de la viejecita se hacían cada vez más ardientes, más apasionadas, contrastando con las de Horacio, llenas de reservas y hasta de frialdad.

¡Ah! ¡Si Lila hubiera compartido uno solo de los sentimientos de la tía Thora! ¡Si hubiera podido reunir en una sola aquellas dos mujeres, el alma y la pasión de la tía en el cuerpo bello y juvenil de la sobrina, qué hermoso hubiera sido!

Pero Lila, cada vez más hermosa, se mostraba de una cortesía y

y dijo a la anciana:

—Disculpe, señora. ¿Esta es usted?

—Sí, señor — contestó la dama un poco confundida —; pero, ¿cómo se halla este retrato en su poder?

—Es lo que me pregunto — repuso Horacio. — Perdóneme si soy indiscreto. ¿No se llama usted Thora y es literata?... ¿No vive usted en Oestersund y tiene doce hijos?

—¡Yo!... ¡Doce hijos! Con los dos que tengo me bastan — repuso la anciana, en el colmo del asombro.

¿Qué enredo era aquel? ¿Qué querían decir todas aquellas mentiras?

—Debe estar usted en un error — dijo la dama —; pero Lila, que vendrá dentro de poco, nos lo explicará todo. Pase usted a su cuarto de estudio y allí la esperaremos.

¡Estudio!... ¿Pero Lila estudiaba?... ¿No le había dicho que odiaba los libros?...

Se acercó a una elegante biblioteca donde había muchos volúmenes encuadernados. Leyó los títulos: eran obras de los mejores autores, antiguos y modernos. Horacio no sabía lo que le pasaba; pero aún halló algo más asombroso: sobre una mesita su novela Ensueño Juvenil, aquella novela que Lila no había querido leer llena de anotaciones y señales con lápiz, y con aspecto de haber sido leída varias veces.

Horacio acercóse a un pequeño escritorio, sobre el que había desparramadas unas cuantas hojas de papel escritas. Tomó una, ya perdida toda noción de delicadeza, y se estremeció violentamente, poniéndose muy pálido. ¡Era la letra de Thora!... Y, como si no fuera bastante esa prueba, su mirada cayó sobre estas líneas, que le eran tan conocidas: "Ya no tengo en mi vida más que una esperanza: amarte y ser amada por ti..."

¡Ah!... ¡Al fin lo comprendía todo! La enamorada Thora y la indiferente Lila eran una sola persona!... Loco de alegría, sin poder creer en tanta felicidad, dióse vuelta y se encontró con Lila, que había entrado sin ser sentida.

Horacio corrió hacia ella y le tomó las manos, exclamando:

—¡Lila!... ¿Thora era usted?

Lila bajó la cabeza, y su sonrisa y su evidente confusión fueron la mejor respuesta.

—¿Pero por qué, adorada mía, todo este misterio? — preguntó el escritor.

La bellísima mujer miró a Horacio, radiante de amor y de alegría, y murmuró:

—¿No lo comprendes? Porque quise que me amases por mi inteligencia, y después... por lo demás.



—Vaya, han vuelto a subir el precio.
—Espero, señora, que esta vez me aumentará el sueldo.

Horacio no estaba descontento, al contrario: había perdido una Thora de sesenta años, pero había ganado una viuda de veintidós que tenía un nombre que era todo un poema: Lila. Era verdad que odiaba a los poetas y a los escritores, pero, ¿qué le importaba?... Había muchos temas más interesantes que la literatura; y después de su fracaso, el escritor ya no concedía a ésta tanta importancia.

Un día, sin embargo, dijo que quería regalarle su Ensueño Juvenil.

—¡No, por favor! — había exclamado Lila. — Ya que ha comenzado usted a estimarme como amiga ¿para qué quiere destruir la

frialdad desesperantes. En cambio, la última carta de Thora era apasionadísima y terminaba diciendo: "Ya no tengo en mi vida más que una esperanza: amarte y ser amada por ti".

Una tarde, al entrar en casa de la viuda, se encontró en el vestíbulo con una dama...

—¿Era Thora!... Al ver que Horacio la miraba tan asombrado, la anciana le dijo:

—Pase usted, señor... Soy la condesa Albisola, la abuela de Lila, y he llegado ayer para pasar unos días con mi querida nieta.

Horacio no podía ocultar su estupor. Aquella era la literata. Sacó de la cartera el famoso retrato

DE LAS GUERRAS GAUCHAS

Antes y ahora. — Cómo se perseguía. — Las tretas del que huía para salvar el pellejo. — La psicología del general Rivera en un caso apremiante. — Cómo se neutralizaban los efectos de las "Tres Marías". — Las lanzas de "Media Luna" y las de doble "Media Luna". "Pa matar y pa carchar"

Las guerras modernas han cambiado fundamentalmente las modalidades de la lucha armada.

Antiguamente se peleaba entre fuerzas irregulares, a campo limpio, — donde "cuadraba", — con un escopeteo como prólogo de la lucha para entrar a poco los componentes de ambos bandos, a pelear a arma blanca, — ya a lanza, sable, bayoneta o facón.

La potencialidad de las armas modernas y el ambiente en que se vive, han modificado, también, la estrategia militar. Ahora no se concibe una batalla, si ella no se desarrolla a base de trincheras, u donde los soldados pueden ocultar sus cuerpos de las balas enemigas.

¡Había que ver sesenta años atrás, los medios de que se valía un perseguido en plena disparada, jinete en su corcel, para escapar a la saña del perseguidor, "engolosinado" en darle alcance!

Nuestros gauchos eran "carchadores" por instinto. Ese acto era una consecuencia lógica de la guerra. Mas: era un timbre de honor para ellos, mostrar después de una batalla, los trofeos de un "carcheo", representado, especialmente, por el apero y las armas de la víctima.

Se cuenta que el general Rivera, que a sus condiciones de gran caudillo unía la de sagaz psicólogo, pudo escapar ileso cierta vez que sus enemigos lo perseguían con encarnizamiento, — gracias al ansia de "piratería terrestre" de sus perseguidores gauchos. En efecto: el popular general, llevaba en tal ocasión un cinto repleto de onzas de oro; y al ser apremiado en la persecución, y cuando ya tenía a los enemigos muy encima, les arrojaba ostensiblemente, puñados de monedas, ante cuyo brillo y ante cuya caída, sus perseguidores, sofrenando las cabalgaduras, se arrojaban al suelo, con el fin de atrapar el vil metal.

Así consiguió su salvación en tan duro trance, el popular "don Frutos".

Naturalmente que muchas de las generaciones nuevas piensan que lo más derecho para los que iban a la caza, era atrapar, vivo a muerto, al que huía, cosa no del todo fácil, porque las armas de fuego eran de cargar por la boca, — generalmen-

te "trabucos naranjeros" cuyos recortados, aflojados en la carrera, — caían al hacerse el disparo, a escasísima distancia.

Por otra parte, no hay fuerza

condiciones, por ir arrojando al suelo prendas de vestir y el apero sin desmontar y sin disminuir la velocidad de la carrera. Primero: el poncho, el sombrero. Luego, la so-

salvador, en donde el río por un lado y la vegetación por otro, le brindarían momentos después, seguro asilo.

Cuando el que huía era muy "desgraciado", que no tenía nada para arrojar, entonces se defendía de los tiros de las boleadoras, perfilando el cuerpo, que echaba todo lo que podía hacia atrás, para dejar caer en forma oblicua, por sobre el anca del caballo, hasta tocar con la hoja en el suelo, todo el largo de su lanza.

"Las Tres Marías" que de tal manera, denominaban también, nuestros gauchos a las boleadoras trazando en el aire, al ser arrojadas en forma violenta, caprichosas figuras geométricas antes de caer enroscadas sobre las patas traseras del bruto que huía encontraban la valla insalvable del mango de la lanza, sostenido por el brazo potente del que así defendía su vida.

Arma brava, era, igualmente, la lanza de doble media luna, que, unidas éstas en sus bases bajo la hoja central, con sus dos puntas superiores mirando hacia arriba y sus dos inferiores en sentido, diametralmente opuesto, era terrible por sus efectos en las persecuciones y en los entreveros. En tales casos, la media luna inferior se encargaba de "desjarretar" las patas traseras, y también en plena carrera, del caballo que montaba el perseguido jinete.

Y sobre el uso de esta original lanza se hacían chistes en los campamentos, diciéndosele al propietario de la misma, que la finalidad esencial que perseguía, no era otra que la de no tener que "agacharse" para recoger los efectos del "carcheo", puesto que con la media luna inferior, podía fácilmente el lancero "enganchar" los objetos elegidos.

—Sí, paisano; — le decían — la "palometa" es pa abrir cancha, pa dentrar en el lomo del que juye; la media luna de arriba pa agrandar el buraco; y la de abajo..... pues..... ¡elavao!! pa caturar el "carchao" sin apearse.

Rómulo F. Rossi.

Montevideo. 1929.



ni razón que detenga los impulsos de una desenfrenada codicia. En el caso de la aprehensión del prófugo, quien sacaba la mejor tajada si no la totalidad del botín, era el jefe de la partida, mientras que así, en una persecución, ya se iba recogiendo, por adelantado, por cada uno de los componentes del grupo, algunas onzas de oro.

Otros perseguidos, faltos de dinero, pero grandes y consumados jinetes, optaban en igualdad de

bre-cincha, los cojinillos. Más tarde un estribo con su estribera. Al ratito, el otro. Y finalmente la carona y las jergas, para proseguir la disparada "en pelo".

Y así, el ansia de matar del perseguidor, se veía siempre aplacada por el ansia sentida más intensamente del "carcheo", que obligaba a aquél a detener la carrera para apoderarse de los despojos que dejaba caer el perseguido, en su desenfrenado correr hacia el monte

EL ESPANTAJO

Un rústico aldeano, para ahuyentar las aves que en la era se comían el grano, colocó un espantajo en la pradera. El horrible adefesio sostenía una bandera roja en una mano con fiera bizarría y se cuadraba en la actitud terrible del que defiende un campo inaccesible. Un tordo, preocupado del asunto, en chocar con el bulto fué el primero. Pero al notarlo inmóvil, dijo al punto: — Es un muñeco — y con afán certero, le dejó su impresión en el sombrero.

Trilussa.

Egli accampa nei limiti del mondo —
L'anima sua, che vinse la Tempesta
e la Luce, sovrasta agli orizzonti
come favilla enorme
di un Sole estinto—
Nel flutto e nella roccia
emerge, come informe
ombra di un Nume, come una carezza
dell' Ignoto; ed ancora gli elementi
hanno il palpito enorme
del suo cuore gigante—
Freme la Terra ai fasti del sovrano
spirito, come un' urbe di leggenda
popolata dai Sogni di un Titano.

Vegliato fu dai Messi dell' Olimpo,
e cinto di ghirlande
intrecciate da Iddie giovinette.
Coluiche, sopra i sette
colli, fermo la signoria del Mondo,
emerse dal profondo
recesso del mistero, più del Fato,
eccelso e smisurato—
Il suo petto, fregiava imperiale
insegna, e la sua fronte la ghirlanda
dei Cesari — Cingea monili etruschi —
Avea il rostro di un' aguilina gigante,
dal capriccio di un Dio fatto ad umano
sembiante il Dittatore—
Il divino Signor di Roma avvinse

In morte di Victor Hugo Nell'Anniversario

nel manto imperiale il corpo augustò,
ed i pegni di sua gloria mortale
egli commise al munzio degli Dei—
E, tra i vati del Lazio
e d'Atene, a lui venne il grande Omero
ed il sublime Orazio,
che i fasti degli Dei
col portento cantava di sua lira—
Al morente sorrise una regale
bimba, e la mano-piccola magnolia—
alle tempie del Grande una carezza
tenera porse. Presso lui si assise—
Si sovvenne di lei—Era Isadora
principessa di un lustro, la nepote
del Marchese d'Albenga, il pio signore
cui, nella foggia d'inclito guerriero,
la morte irrise, nelle sue castella—
Preceduto da sì tenera scorta
avanazza, nell'ombra, un cavaliere
da ferrea maglia e dalla spada cinto —
Avea insegne regali suleimiero
e la truce sembianza si celava
sotto l'acciaio della sua visiera
La Marchesa, diecinque primavera,
scortava verso il suo compagno augustò.

il mostro, che tendea la mani mozzate
al Grande, che lo avea segnato in fronte
col marchio della sua sentenza eterna—
Isadora adducena il Re di Francia
e implorava pietà pel suo carnefice—
L'ombra di Ratbert aspetta sulle porte
d'una, che il marchio orribile cancelli
dalla livida fronte, e l'empio scettro,
del sangue asperso, d'ignominia mondi
novo motto di suo monito eterno—
Ora il mostro cheresse il fosco imperio
coll' oro della strange,
le sanguinanti membra nella polvere
dei secoli trascina.

O giardini dell' isola rimota
ove il Grande educò le sue magnolie,
arcano cose d'immortal concilio
vedeste e riti dell' Amor divino!
Petto mortale un'anima di Nume
accolse, e dileguo per le contrade
misteriose il creator Mondano,
che l'amore dei Re del vasto Olimpo
e il pianto degli Dei nella mortale
anima accolse — D'orie di ghirlande
fregiato, mosse alle secrete stanze —
Ed attaniti i Fati alla sua pompa
scortarono l' eletto ai seggi eterni.

Galvano Lancia di Brolo

TRADUCCION

El alma de Víctor Hugo que vive en los límites imaginarios del mundo, y que fué más brillante de la Luz y más poderosa de la Tempesta, aparece en los horizontes de la Vida, como una enorme chispa de un Sol apagado. En el Mar y en la tierra el espíritu del Poeta se levanta como informe sombra de un Dios. El fué custodiado, en su agonía, por los enviados del Olimpo; Julio César, Emperador y escritor ofreció al Poeta las insignias de su gloria; Horacio, Homero y todos los grandes de la poesía romana y griega aparecieron a Hugo, en la hora de su agonía. Isadora, princesa de cinco años, nieta del Marqués de Albenga y que fué sacrificada con este por la brutalidad de Ratbert, Rey de Artes, (Francia) cuando este tirano fué con sus soldados a saquear su

castillo aparece al Poeta, quien había cantado en su "Leyenda de los siglos" las dulces gracias infantiles de aquella, condenando, por la eternidad el monstruoso crimen del infame monarca. La niña lleva, conduciéndolo con mano, a Ratbert y lo presenta a Hugo, rogando a este para que lo perdone y modifica su eterna sentencia de ignominia. Víctor Hugo, que encerró en su pecho mortal el alma de un Dios, desapareció luego en las comarcas misteriosas de Una, la diosa de la Muerte. El tuvo en su espíritu mortal el amor de los Reyes del Olimpo y el llanto de los Dioses, y los Fatos, los Destinos, asombrados por la magnificencia del Poeta, lo escoltaron a los tronos eternos.

A los sesenta y tres años, bien cumplidos, la señorita Desrues Diminy (Carlota o Lolota, en la intimidad) interpretaba aún, en la Comedia Francesa, los papeles de ingenua. Una tradición casi inmemorial imponía que esos papeles le fuesen confiados a dicha actriz desde el día de su aparición en la ilustre compañía, en la luminosidad de sus diez y ocho primaveras, y esa misma tradición imponía que no faltase en ninguna obra un personaje para ella. La señorita Desrues Diminy, más que una actriz o una mujer, era un símbolo. La crítica no discutía su valor, y empleaba, para elogiarla, las mismas palabras que le dedicara en las horas iniciales: cuarenta y cinco años atrás.

Vivía entre los muros de un viejo castillo de Languedoc un joven, Roberto de Saint Paul, romántico e iluso, perdidamente enamorado de la actriz, como puede estarlo de Cleopatra o de Semíramis, sin tener una idea de la edad. Había cor-

La eterna ingenua

tado en las revistas ilustradas todos sus retratos y los había colocado bajo vidrio, a fin de no alterar los rasgos con los frecuentes besos que les daba. Consagraba las páginas de su diario íntimo, componía para ella versos, malos, por cierto; pero que él conceptuaba hermosos, puesto que, de no haber sido así, los habría juzgado indignos de ella.

Su pasión tenía poderosas atenuantes: en primer lugar, sus veintidós años; luego, no había abandonado nunca el rincón en donde creyera desde su infancia hablar de la sílfide. Porque su padre, el marqués Victor, veintitrés años antes, había enamorado de la misma artista, con tan poca fortuna, que, rechazado por ella, contrajo enlase, desesperado. Y algo más extraño aún: el padre del último, el marqués Gontrán, cuarenta y cinco años atrás, al día siguiente del de-

but triunfal de Lolota, solicitó su mano con resultado negativo. Él tenía veintidós años, y la joven actriz, diez y ocho. El fracaso amoroso le hizo encerrarse en el castillo de Languedoc, del que no volvió a salir. Durante su niñez Víctor escuchó a su padre elogiar los encantos de la actriz maravillosa, y ello fué causa de que cuando él tuvo a su vez veintidós años acribiera la idea de tentar su suerte cerca de la persona que más se parecía a aquella Lolota, es decir, ella misma. Fué su obsesión constante, y un día hurtó algunos billetes de mil francos del armario de su noble padre y tomó el rápido para París. En la noche del día de su llegada, pálido de emoción, instalóse en un asiento de platea de orquesta del teatro Francés, para contemplar a su ídolo.

Apenas terminado el espectáculo, no atreviéndose a pedir permi-

so para visitar a la artista en su camerino envióle un ramo de azucenas, soberbio ramo que le costara dos mil francos, y solicitó el favor de ser recibido. El favor le fué acordado.

Entró deslumbrado en el cuarto de la actriz, se arrojó a sus pies, besó la orla de su vestido, y con una voz blanda, como si recitase, entrando en el Paraíso, la fórmula de bienvenida aconsejada por los ángeles para hablar con el Padre Eterno, exclamó:

—Señorita, soy el conde Roberto de Saint Paul tengo veintidós años, la amo y tengo el honor de solicitar su mano.

Entonces la señorita Desrues Diminy, sonriendo con indulgencia ante la evocación de ese nombre que ella conocía, alzó ligeramente los hombros y, dirigiéndose hacia los bastidores, sus únicos confidentes, exclamó, con esa risa perlada que había hecho su gloria:

—¡Son desesperantes estos Saint Paul! ¡Como si no les hubiera dicho que soy demasiado joven!...

Francis DE MIOMANDRE.

En los últimos años de la dominación árabe en España aparece la poética figura de Moraima, alma encantadora y candorosa, cuya extraordinaria bondad resalta más aún por su contraste con la altivez y severidad de Aixa, la esposa inflexible de Muley-Hazen, mujer varonil que no conoció el temor y que tanta influencia ejerció sobre su hijo Abdalá-Dalkin, llamado Boabdil el Chico, último rey moro de Granada. Moraima, por el contrario, había nacido para endulzar con su ternura la vida del hombre que la amase y crear un hogar tranquilo y feliz. Toda pasión y candor tuvo siempre en menos el brillo de la corona que el amor de su esposo, al cual adoraba con toda efusión de su alma angelical. Era hija del valeroso caudillo Aliatar, famoso alcaide de Loja que hizo una brillante defensa de la ciudad contra los cristianos, en 1482, en la que pereció el gran maestro de Calatrava. La figura de Aliatar se destaca noblemente sobre el fondo de intrigas y rencillas que caracterizan las postrimerías de la dominación árabe en Granada, no sólo por su valor heroico y su pericia militar, sino por su acendrado patriotismo. De origen humilde, sólo por hechos de armas llegó a los primeros puestos de la milicia. Boabdil se enamoró apasionadamente de Moraima y pronto la hizo su esposa. Cuéntase que ella tuvo que engalanarse con joyas y vestidos prestados el día de su boda, porque Aliatar vivía siempre pobre, a pesar de las rentas que le producía su señorío de la Zagra, pues impulsado por su patriotismo aplicaba sus caudales al sostenimiento de un ejército escogido y suyo, con el cual sembraba el terror entre los cristianos.

Era Moraima blanca, con la palidez mate que aún es frecuente en las bellas hijas de Granada, reflejándose en sus ojos el color azul del cielo; de cabellos rubios que parecían hechos de seda o hilos de oro; de cuerpo gentil como una palmera; era, en fin, de tal belleza, que más que mujer parecía la encarnación del sueño ideal de un poeta. Por ello se comprende que el cantor de Granada, nuestro inspirado poeta Zorrilla, en las sentidas estrofas de su Poema oriental de Granada, evoque así el recuerdo de Moraima:

"Tórtola blanca, de azulados
ojos,
perla robada del peñón de Loja;
flor de la Alhambra, de su bosque
lameño
cándida corza;
bella sultana, creación aérea
de mi alma triste que en los aires
moría.
¿dónde me ocultas tus celestes
ojos,
garza paloma?"

Mujer de estas condiciones no podía mezclarse en las luchas de ambición a quien se lanzaba Boabdil de Granada a principios del año 1483, para la funesta y desastrosa expedición de Lucena. Dominada por la pena y anegada en llanto, en

Moraima, la reina humilde

vano quiso disimular sus temores y recelos al despedir a su esposo; y cuando separada bruscamente de sus brazos por Aixa, salió Boabdil del alcázar al frente de sus tropas, contemplándole la triste Moraima desde el mirador de las saltanas, inmóvil como una estatua, no apartó la vista del ejército que se alejaba por la hermosa vega granadina, hasta que desapareció lentamente en el lejano horizonte, la arrogante figura de Boabdil, cuya cimera sobresalía gallarda sobre todas las demás.

Por desgracia, se cumplieron los siniestros presagios de Moraima, pues perdió a su padre y quedó prisionero su esposo, para cuyo rescate tuvo que entregar con in-

doba, alcaide de los Donceles, que mandaba la ciudad de Lucena, y sin darse a conocer más que como noble, trató el alcaide con la consideración que merecía, y le condujo al castillo de Lucena. Llevaba tres días en la torre del homenaje sin darse a conocer, cuando llegaron unos prisioneros granadinos que le reconocieron al punto, pos-trándose de hinojos en su presencia. Entonces se dió a conocer al alcaide de los Donceles, quien lo notificó a su tío el conde de Cabra. Ambos redoblaron sus atenciones con el ilustre Boabdil, tratándole como rey y procurando consolarle en su infortunio. Don Fernando el Católico hizo que le trasladasen con toda solemnidad a Cór-

duridad de aquel concierto; 6.a, se guardarían treguas por dos años entre ambos príncipes. El infortunado Boabdil aceptó las durísimas y humillantes condiciones del rescate, y fué a Córdoba a celebrar una entrevista con D. Fernando el Católico, que se verificó en palacio con toda solemnidad. Al ir Boabdil a doblar la rodilla para besar la mano al rey don Fernando, éste le levantó amablemente, diciéndole que no podía consentir aquella humillación. Realmente era lo menos que podía hacer dignamente, después de las humillantes condiciones que le había impuesto en el rescate.

Desde entonces, la vida de la desdichada Moraima fué una serie de amarguras y tristezas indecibles. Nacida para los inefables placeres de un hogar tranquilo y feliz, apartado de toda ambición, se vió impulsada, con harto pesar suyo, en el torbellino que arrastraba a su esposo en las luchas civiles y en la guerra con los cristianos; y así, en medio de esos sufrimientos, hubo de vivir cerca de nueve años para poder lograr la dicha de recuperar a su hijo, el 2 de enero de 1492, al entregar Boabdil la ciudad de Granada a los Reyes Católicos y recibir a su inocente hijo de manos de la reina que salía para siempre de su alcázar, pero feliz para una madre cual Moraima, cuyo corazón se había hecho para amar, y que al fin recuperaba a su hijo.

Partieron de la ciudad del Genil los vencidos, y al trasponer las alturas del Padul, en una colina desde la cual se divisa el hermoso panorama de Granada y de su espléndida vega, detúvose Boabdil a contemplarle por última vez; y, sin poderlo evitar las lágrimas empañaron sus ojos; desde entonces se llama aquel sitio *el suspiro del moro*.

Retirada luego Moraima con su esposo en el pueblo de Andarax, en la Alpujara, quizás gozaría entonces los días más tranquilos de su vida, lejos del bullicio de la corte y de las vanidades humanas. Así es que cuando al año siguiente, por la traición de Aben Comixa, sobornado por los cristianos, tuvo Boabdil que trasladarse al Africa, la infortunada Moraima, al pensar en que su nuevo éxodo la haría abandonar también a su patria, no pudiendo sufrir ya tantos pesares y dominada por el abatimiento y la melancolía, reeligió un día la frente sobre el pecho de su esposo y se durmió tranquila para siempre, con la dulzura de un alma angelical. La muerte fué con ella más piadosa que la vida.

Tan triste y breve fué la historia de la bella Moraima, la última sultana de Granada, nacida para amar y sentir, que murió víctima de la intensidad de su propio sentimiento.

M. D.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS,
BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO-NERVIOSAS-VEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes
Electro Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia—
Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para
el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabé-
ticas del Trigénimo, Ciática), Asma, Diabetes, Obe-
sidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia,
Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de
la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 18 HORAS

U. T., LIBERTAD 0260

menso dolor a su hijo. Merece recordarse esta luctuosa jornada y sus tristes consecuencias para los musulmanes.

Se libró la funesta batalla de Lucena el 21 de abril de 1483; fué encarnizada y sangrienta, y bien adversa para los moros. Al encontrarse en ella D. Alonso de Aguilar con el valeroso caudillo Aliatar, le intimó a que se rindiera, perdonándole la vida; contestó el moro que jamás se rendiría a ningún cristiano, y entonces Aguilar, sin tener en cuenta que Aliatar era un anciano de noventa años, tuvo la crueldad de asestarle tan tremendo tajo, que le partió la cabeza; y su cuerpo derribado del caballo se perdió en las aguas del río. Tal fué el sangriento fin del anciano Aliatar, gran patriota y valiente guerrero, la mejor lanza del ejército granadino y padre de Moraima.

Boabdil fué hecho prisionero por D. Diego Fernández de Cór-

doba, y después pasó al castillo de Poreuna.

La sultana madre, Aixa, pidió el rescate de su hijo Boabdil, y don Fernando el Católico consultó sobre esto a sus principales consejeros y a la reina Isabel, que se hallaba ausente, y que desde luego manifestó que se debía libertar al rey moro, como también opinaron en igual sentido el marqués de Cádiz y el cardenal D. Diego González de Mendoza; y así se acordó, aceptando el rescate conforme a las siguientes condiciones: 1.a, Boabdil sería vasallo fiel de los reyes de Castilla; 2.a, pagaría un tributo anual de 12.000 doblas de oro; 3.a, entregaría 400 cautivos cristianos; 4.a, daría paso por sus tierras a las tropas que fuesen a hacer la guerra a su padre Muley-Hazen y a su tío el Sagal; 5.a, se presentaría en la corte cuando a ella fuese llamado, y daría a su hijo y a los de los príncipes nobles en rehenes para la se-

CIRILO

Por Adolfo C. Herschel

Cirilo, tan querido por el patrón y respetado por la peonada, estaba en desgracia.

El, que parecía haber firmado pacto con el diablo, que jamás animal alguno lo había "basuriado", estaba tirado en su catre, víctima de una rodada; se le había agarrado la espuela en los cueros, no pudiendo bolear la pierna a tiempo apretándolo el azulejo... Y a no haber sido por una casualidad el pobre Cirilo no hubiera podido contemplar otra puesta de sol.

Allí estaba estirado en su catre, "retobao" en grasa de nutria y envuelto en un poncho; se había roto dos costillas y dislocado una tibia", como él decía.

A su lado, el patrón le preguntó:

—¿Y cómo te hayás, Cirilo?

—Regular, no más. Siento como si tuviera una brasa ardiendo por las costillas, pero se puede aguantar; lo que me revienta es el dolor de la tibia... no puedo ni mover las piernas. ¡Quién sabe cómo quedará di esta hecha!... Yo creo, patrón, que tendrá que hacerse de otro... que lo que es yo pa domar...

—Dejate de pavear y no pensés en esas cosas — le dijo.

—De buena gana lo haría. Usted sabe, don Pancho, que tengo una mujer y dos cachorros en "Los Toldos", y domando sacaba más que en otros trabajos, apenas lo suficiente, mientras que ahora yo no sé cómo se las compondrán...

—No pensés en cosas tristes; lo primero es que sanés bien; vos sos mañoso pa cualquier trabajo, y si no acordate del año pasado, que los tiraste lejos a todos, esquilando. Te podés ganar unos buenos pesos, ya que viene el tiempo; mientras tanto no sanés, yo te seguiré pagando como hasta ahora.

Pasó el pobre Cirilo las de Caín, en aquellos cuarenta días, en que, magüer su constitución de indio y hombre fuerte, apenas podía hacer unos paseitos de la cocina hasta el galpón de los granos, con una alpargata cortada y un garrote de tala haciendo de bastón.

Cuando ya estuvo mejor, le hizo escribir a su china, relatándole lo ocurrido, pero que después de todo, ya estaba lindo, no tan lindo como antes, porque el "dotor" le había prohibido aguantar el "corcoviar" de un potro. Que estaba esperando la esquila para poder ganar unos pesos, y que éstos, "acollaraos" con él iban a darle una sorpresa en cuanto se terminaran los trabajos. Le recomendaba a su "guachito"; que a la Mangacha le iba a llevar un vestidito de

percal y al hombrecito un pañuelito de seda y un cuchillito cabo e marfil, como el que tanto le había gustado, "igualito aquel de la rifa". A la china le ofertaba un sin fin de promesas y que aunque tenía dos costillas rotas la quería lo mismo.

Pasaron varios días y ya Cirilo, completamente restablecido, podía recoger las majadas. Les había to-

EL ACCIDENTE PROVIDENCIAL

(La escena se desarrolla en un camino polvoriento que conduce al cementerio. Por el camino ruedan dos carrozas fúnebres.)

ACTO PRIMERO

Por el camino polvoriento

Cochero primero. — *De seguro que los dos caballeros que llevamos no tienen tanto calor como nosotros.*

Cochero segundo. — *Ni tanta sed.*

Cochero primero. — *Allí veo una taberna. ¿Te parece que nos detengamos un minuto?*

Cochero segundo. — *(Aprobando.) Me parece muy bien. (Entrando en la taberna.)*

ACTO SEGUNDO

En la taberna

(Beben.)

ACTO TERCERO

Una hora después

(Siguen bebiendo.)

ACTO CUARTO

(Salen de la taberna en lamentable estado de embriaguez.)

ACTO QUINTO

Por el camino polvoriento

(Para recobrar el tiempo perdido lanzan los caballos al galope.)

Cochero primero. — *Se hace tarde. No llegaremos nunca. Apresurémonos.*

Cochero segundo. — *¡Ah! ¿Quieres correr más que yo? (Fustiga a sus caballos.) ¡Pues*

mado tanto cariño, que se pasaba las horas en muda contemplación, como si quisiera, con esto, darles una muestra de agradecimiento, a las que más tarde, con su mano hábil y segura, las despojara de sus espumosos vellones... Había que decirlo, contribuían al bienestar de los suyos.

Ya tenía varias tijeras al pelo y más de cuatro peones habían notado, al ensillar, con el consabido asombro, que sus pellones, que días atrás habían dejado con linda lana, estuviesen completamente afeitados.

Cirilo, al oírlos, les había dicho: "Habrá sido alguno pa probarse, aura que viene el tiempo".

Fué un viernes, cuando el patrón dió orden de acomodar las majadas, preparar los baños, etc. No hacía la peonada otra cosa que afilar tijeras y cantar. La esquila

los alegraba. Además, ese trabajo, se pagaba por "latas", a tanto cada oveja y los gauchos, prolijos y trabajadores, podían, con lo que sacaran, darle gusto al cuerpo, asearse y hasta apartar un potrillo. En cuanto al pobre Cirilo, no cabía en sí de júbilo.

La visita de un inglés al establecimiento, llenó a todos de sorpresa. Hacía tanto tiempo que no veía gente extraña... Desde la muerte de doña Rosa, la esposa de don Pancho, la estancia se había convertido en el rincón más apartado del mundo.

Se dirigió a la cocina, preguntó por el patrón, el cual apareció al rato. Entrególe el inglés una carta

a mí no me alcanzas tú!

Cochero primero. — *¿Que no te alcanzo? Eso lo vamos a ver ahora mismo. (Lanza sus caballos a todo galope.)*

Cochero segundo. — *¡Mil tibilas! ¡Creerás que vas a ganar! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurrah!*

Cochero primero. — *(Impresionado a su fusta una actividad vertiginosa.) ¡Hop! ¡Hop!*

Cochero segundo. — *(Golpeando a sus caballerías con el mango del látigo.) ¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!*

Los dos cocheros. — *(De pie en sus respectivos pescantes.) ¡Hop! ¡Hop! ¡Hop! ¡Hop!*

ACTO SEXTO

(Los dos coches fúnebres chocan violentamente y vuelcan. Los dos cadáveres, lanzados de sus ataúdes destrozados, ruedan por el camino polvoriento.)

Cadáver primero. — *(Incorporándose.) ¡Bendito sea este accidente providencial! Estaba sólo en estado cataleptico, y este choque me ha despertado. ¡Estoy vivo, y muy vivo! (Charlestonea alegremente.)*

Cadáver segundo. — *(Qué está muerto de verdad.) Por desgracia no puede yo decir otro tanto.*

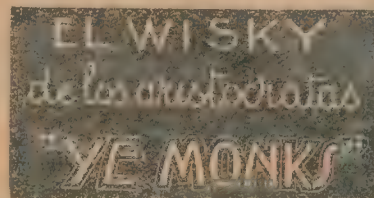
C. A. M. I.

y luego que la hubo leído pesaron al escritorio.

Debió ser algo importante lo que allí se conversó, pues el patrón quedó pensativo y el inglés salió más contento.

Llamó don Pancho al capataz y le enteró de lo ocurrido. Mr. Jackson, pues éste era el nombre del visitante, era el corredor de una de las más fuertes casas de máquinas esquiladoras, las cuales, según aseguraba, llevarían a cabo la esquila con más rapidez y menos gastos. De esta manera podría llegar a tiempo para negociar con los compradores que estaban haciendo la última remesa para la guerra. Se resolvió hacer las pruebas y ver los resultados.

La noticia corrió rápidamente por la estancia, ocasionando el consiguiente comentario. Unos mani-



festaban desprecio; los otros incredulidad. Pero al pobre Cirilo la noticia lo sumió en tristes reflexiones.

Como se había convenido, al poco tiempo llegó el inglés con sus máquinas y se procedió a ubicarlas momentáneamente en el galpón. Todos los paisanos ansiaban ver funcionar "la milagrosa". Las pulas se cruzaban entre la peonada, mientras que el inglés, con su flema proverbial y sin que se moviera un músculo de su cara, apretaba un tornillo acá o afeitaba tal a cual pieza. Por fin quedó ésta en condiciones de funcionar. Hasta hubo un paisanito que le preguntó socarronamente si ya estaban esquiladas. Hubo de contestarle el inglés... pero la entrada del patifón hizo cesar todo comentario.

Pidió Mr. Jackson que le trajeran algunas "carneras" para la prueba. Cuando las tuvo, él mismo las volteó, en presencia del patrón, y en menos tiempo del que se necesita para esquila una oveja a mano, el inglés había terminado con seis lindas borregas, dejando al paisanaje boquiabierto.

Era la civilización que triunfaba sobre la rutina y el prejuicio.

Esa tarde se despidieron los peones tomados a ese efecto, quedando encargados de la esquila dos mecánicos, varios peones agarradores y unos cuantos para atar y enfardar.

El pobre Cirilo que había fundado todas sus esperanzas en la esquila, no se podía conformar con la idea de ver derrumbadas todas sus ilusiones como castillos de naipes. Ya no podía visitar su china, y si iba iría tan "pelao" como el día en que partió, sin poderles llevar a sus guachitos ningún regalo.

Cirilo ganó el campo y no pareció en todo el día por la cocina. Sabía que el inglés tenía que quedarse hasta la instalación definitiva de las máquinas, y concibió su plan.

La noche, en extremo calurosa, había obligado a Mr. Jackson a sacar fuera su cama-viaje.

Cirilo lo vió de lejos, a la luz de la luna. Como un gato que acecha su presa, enderezó para el lado de las casas; como una víbora, llegó hasta el lado del inglés que dormía tranquilo y satisfecho. Tuvo miedo... Pero luego se armó de coraje y sacando su daga se la sumió en el corazón, diciéndole:

—¡Tomá, hijo e perra!... Ya no le harás más mal a naides.

Y montando de un salto en su oscuro, desapareció para siempre en las sombras de la noche.

DE LOS TIEMPOS PASADOS

La obtención de la sal en la antigüedad

Los grandes yacimientos de Hallstall y Hallein, en Austria, fueron ya en tiempos remotos centro de las más florecientes civilizaciones.

La obtención de la sal es aún más difícil en estos lugares que en los Cárpatos en Wieliczka, por ejemplo, en donde puede ser extraída la piedra del sal gema.

En los yacimientos alpinos, por el contrario, no se suele encontrar la sal pura, aislada; en general se encuentra mezclada con arcillas, greda, yeso, anhídrita, etc.

El sistema empleado para la obtención de la sal es el de demolición o disolución. En cámaras artificiales preparadas de antemano se introduce agua dulce; las materias insolubles, como la greda, la anhídrita, etc., se precipitan (caen al fondo de la cámara) y el agua salina es llevada por canales o tuberías.

El minero de la antigüedad que 1.000 años antes de Jesucristo había empezado a desarrollar su actividad en este sentido, no conocía tal sistema o se veía obligado a limitarlo por la falta de materiales adecuados; servíase, pues, de algunos utensilios primitivos para la extracción de la sal. Es indudable que conocía también la sal gema que se encuentra en los Alpes.

El minero de aquellos tiempos parece haber trabajado en los yacimientos, pero cogiendo sólo la sal que le eran necesaria.

De cuando en cuando acontece en la explotación de nuestros días encontrar una mina de aquellos tiempos que nos hace interesantes revelaciones.

Esto ocurrió en Heidengebirge. Las galerías y minas no existen han desaparecido hace ya mucho tiempo; pero se han encontrado las herramientas milenarias que sirvieron para hacer aquellas excavaciones.

Se encontraron grandes masas de sal, anhídrita, yeso y greda; el agua disolvió esta mezcla y quedó una masa sólida de greda salina, en la que fueron hallados diversos instrumentos.

Refiere la crónica de "Salsburgo" que en el año 1573 en Salzberg Dürüberg, a 189 metros de profundidad, fué encontrado el cuerpo momificado de un hombre de 1.80 m. de alto, que presentaba un extraño aspecto. Tratábase, seguramente, de uno de aquellos antiguos mineros.

¿Cómo se lograba en aquellos tiempos el alumbrado de la mina? Esto se efectúa hoy por medio de lámparas de acetileno. Es indudable que en aquellos tiempos empleaban únicamente las teas. Muchos de estos haces de teas fuertemente anudados han sido hallados en Heidengebirge.

Se han descubierto también algunos sacos de pieles que servían seguramente para depositar la sal. Estos sacos son muy semejantes a los zurrónes que llevan hoy día col-

los Alpes.

También sobre la alimentación de estos mineros se han podido hacer algunas deducciones. La carne

era probablemente el alimento más corriente. Los bosques en aquellos tiempos estaban mucho más poblados que ahora y proveían en abun-

DEL AMOR ROMANTICO

... "C'est si simple et si doux d'aimer". — Oscar Wilde.

"Quién que es, no es romántico". — Chopin.

... "Confidencias de amores"

Recordar un amor es amar nuevamente. — Julio Dantas.

"La Cena de los Cardenales".

La hora presente no es propicia al amor romántico. La vida vertiginosa, el bullicio de las grandes metrópolis, la agitación incesante... Pareciera que no hubiera tiempo para detenerse en un rincón del camino a soñar en un mundo distinto y mejor, poblado de otras emociones, de otras ansiedades e inquietudes... Pesan sobre el espíritu las angustias y las preocupaciones materiales de la existencia y empujan el cotidiano vivir, los impulsos subalternos del instinto y la necesidad. No hay lugar, apenas hay sitio, para las cosas del alma, para los asuntos del corazón; los mismos dramas pasionales, que enrojecen con resonante frecuencia la crónica policial, son tragedias prosaicas...

Y no es porque la poesía, la música, el arte, fuente de toda selección espiritual, hayan perdido sus prestigios; sino que les ha salido, entre tantos males y hasta por el lado femenino, tres enemigos muy serios: el alcohol, el tabaco y los estupefacientes... La mujer moderna bebe, fuma, se embriega; el "primer domicilio del hombre" que dijera Diderot, el gran filósofo, complica con tan grande circunstancia el palpitable fenómeno moral que señalamos. Los temperamentos de excepción que florecen, a pesar del ambiente adverso, confirman, por doble motivo, la regla. He aquí una graciosa prueba en la postal que escribe una amorosa admirable, cuya "tessitura", que diría Eugenio D'Ors, se inspira en una interesante reproducción fotográfica de un paisaje de Palermo, que el autor titula "Reflejos en el agua", tal como la celebrada composición para piano del genial músico francés Claude Debussy. Se advierte, desde luego, hasta donde concurren, en la belleza sentimental, ambos talentos, y cómo, el titulado "à deux" despierta en su pluma tan feliz expresión de literatura amorosa: Este "Reflejo en el agua" — escribe — que una

hermosa noche de invierno, el destino quiso que admiráramos juntos, por primera vez, yo desearía que fuera siempre la imagen de nuestro cariño... Quisiera sentir el reflejo de tu cariño sobre mi corazón, tan nítido y poético como el de este "Reflejo en el agua" y tan armonioso como el "Reflets dan l'eau", de Debussy. Véase hasta donde y con qué espontaneidad, la delicadeza femenina asocia las artes de la naturaleza y de la música, la magia del color y de los sonidos, en sus ensueños de pasión...

De ahí seguramente, su aparente complejidad psicológica. Se desdoblan a veces en tantas partes sus almitas sensibles, que ocurre, con frecuencia que un sólo hombre no las entiende, ni dos o varios... El hombre suele ser múltiple en sus distintas actividades, pero unilateral en el mecanismo de su psiquis. De ahí el impresionante acierto de penetración psicológica de Flaubert y de Julio Dantas. En efecto, los autores de "Madame Bovary" y de "Sus maridos", brindan a nuestra curiosidad estudios preciosos al respecto. Si después de leerlos muy detenidamente, nos sigue pareciendo muy difícil el alma de las mujeres, al menos no nos resulta ya inexplicable... Y ya será algo, pues sabremos el camino por donde hemos de comprenderlas alguna vez... Mientras tanto, pongámonos en trance de adquisición: cultivando las notas finas, las sutiles cuerdas del alma. La posesión de la mujer es una insignificancia al lado de la conquista de su "yo" moral; desde hace siglos el error a ese respecto hace víctimas y más víctimas... Detengámonos para la reconquista del "eterno femenino"... y si con su amor hemos de llenar "todo hueco en nuestra vida", según aconsejara el maravilloso Amado Nervo, con nuestra comprensión "armoniosa", como suspira la autora de la postal, multipliquemos el milagro de hacerlas dichosas... Y demos la razón, a pesar de Pascal, "el amor tiene razones que la razón no entiende", al verso de Paul Gerdilly, el exquisito autor de "Toi et Moi":

"Si tu m'aimais, et si je t'aimais, comme je t'aimerais..."

ENRIQUE FEINMANN

dancia al abastecimiento de carne con sus innumerables corzos, ciervos, jabalíes, etc. Se han encontrado en el interior de las minas montones de coquillos de jabalíes. Este y otros hallazgos han hecho posible algunas deducciones sobre la vida de los mineros en aquellos remotos tiempos.

Se sabe que antes de la importación de las patatas y el maíz, constituían las habas uno de los recursos más conocidos y apreciados para la alimentación del hombre. Una simiente de dicha planta fué hallada sin romper en una de estas minas; los diversos experimentos realizados demostraron que la semilla tenía cientos y cientos de años. También el mijo es una planta de cultivo antiquísimo; se sabe que los chinos la cultivaban ya 2.700 años antes de Jesucristo.

Junto con la legumbre mencionada y la carne, disponían seguramente los mineros de algunas especies de frutos que existen en los bosques.

En las galerías de entrada se han encontrado gran número de herramientas de aquellos días. Este lugar estaba seguramente destinado a la fabricación de los mazos de madera que servían para alumbrar, y de otros muchos utensilios contruidos con sólida madera de haya y de arce; entre éstos una hermosa pala de madera. Rara vez se empleaban las maderas de chopo, roble y encina.

Las viviendas estaban sólidamente construidas en madera de alerce, en los sitios más secos; muy poco es lo que de ellas se ha conservado. A los cementerios de aquel tiempo debemos los mejores descubrimientos.

Famoso en todo el mundo fué el rescubrimiento de la necrópolis de Hallstall. Hoy cubre el verde césped estos lugares, que contuvieron dos mil a tres mil sepulcros, algunos de los cuales contenían esqueletos; otros guardaban las cenizas en una arqueta.

Extraordinariamente variados eran los objetos que contenían estos sepulcros: grandes vasijas de bronce labrado, hermosas espadas, puñales y otra diversidad de objetos. En cuanto a los sepulcros que debían pertenecer a mujeres, contenían aderezos que demostraban que este pueblo poseía, además de su riqueza, un gusto muy refinado. Así lo prueban la gran cantidad y variación de innumerables brazaletes, collares, anillos, etc.

La obtención de la sal debió de verificarse ya plenamente de 400 a 1.000 años antes de Jesucristo. Los mineros de este período, conocido con el nombre de Hallstall a causa de los descubrimientos que allí se hicieron, conocían ya el bronce, como hemos visto, y también el hierro.

Poco, muy poco es lo que sabemos sobre la vida, costumbres y adelantos de aquel período, que permanece misterioso para nosotros.

Nuestras grandes instituciones sociales

La Organización Femenina de Previsión y Resguardo

No está lejana la hora en que se afirmó, con respecto a la mujer latina, que habiendo hecho de la costumbre un dogma, una ley de la tradición a cuyo soplo milenario sometíase sin rebeldías, necesitaba hacer perenne estación en el idealismo a diferencia de su hermana de origen sajón, la cual siendo esencialmente práctica, encara la vida desde el punto de vista de su peculiar idiosincrasia, basada fundamentalmente en el trabajo, la economía y el progreso.

El antiguo concepto sobre el destino que corresponde a la mujer

teriormente acaparaban los del sexo fuerte.

—La cuestión vital que se agita en nuestro siglo, se ha dicho con toda verdad, es una cuestión de educación. Mejorarlos nosotros mismos y mejorar a los demás, es el primer intento y la suprema ley de toda reforma—.

Asentimos a este concepto de la distinguida dama que es el "alma mater" de la prestigiosa institución, quien agrega:

—La "ORGANIZACIÓN FEMENINA DE PREVISIÓN Y RESGUARDO" constituirá una entidad perfectamente orgánica; un centro de instrucción, de ayuda social y de amparo al trabajo femenino. En su programa, ampliamente difundido ya, por medio de los más importantes órganos de publicidad, conferencias y propaganda social, figura la Previsión, que resguardará a la mujer de las contingencias adversas de la fortuna, estimulando en ella la virtud del ahorro y fomentándolo en sus formas más prácticas y eficaces.

—Nuestras academias gratuitas no se limitarán a la enseñanza de asignaturas y manualidades, sino que ampliarán la instrucción integralmente y prepararán a sus



Señora Nilda Frers de Curuchet, presidenta de la Organización Femenina de Previsión y Resguardo.

se ha modificado cediendo terreno que la actividad y la inteligencia femeninas se apresuran a aprovechar.

La oficina, el taller, las profesiones científicas y liberales han transformado el derrotero social de la mujer, sea cual fuere su estado, dignificándola por su propio esfuerzo, transformando sus modalidades y orientando su misión social hacia finalidades más prácticas.

Reflexionábamos así aguardando la llegada de la presidenta de la "Organización Femenina de Previsión y Resguardo", señora Nilda Frers de Curuchet, en la salita íntima, donde percibíanse muy atenuados los rumores callejeros, ofreciéndonos propicio refugio para la meditación o la charla cordial.

—Nuestro fin primordial —nos dice la distinguida dama, que posee un admirable espíritu, "oro sobre acero", al decir de Amado Nervo, inteligencia superior y la sobria distinción de la verdadera dama — intensificar la cultura general de la mujer, poniéndola en condiciones ventajosas para afrontar la lucha por la vida. Luego abordaremos otros problemas no menos interesantes, ya que los tiempos actuales requieren mayor capacidad en la aptitud femenina, aplicada a múltiples tareas que an-



Señora Dalma Seguí de Cordeyro, tesorera de la mencionada institución.

alumnos en las distintas especializaciones de la Industria y el Comercio, alejándola del profesionalismo puramente teórico para despertar en ellas el amor y la capacidad por carreras realmente prácticas y de seguro porvenir para la mujer que trabaja.

—No olvidará por cierto, la institución que presido, las aptitudes artísticas, el amor hacia lo bello que suaviza la tarea diaria y eleva el espíritu hacia ideales superiores. Bibliotecas, conferencias, audiciones poéticas y musicales, exposiciones artísticas, matizarán nuestro programa, proporcionando

así grato esparcimiento a cuantas quieran incorporarse a nuestra organización, cuyo espíritu es sencillamente humanitario, por lo cual excluye las agrupaciones de carácter gremial.

Al alejarnos de esta institución femenina, en cuyo ambiente hay calor de hogar repetimos mentalmente la célebre frase de Castelar:

"Examinad vuestra vida, vuestros afectos: todo lo que haya de rudo en ello es vuestro, pero si hay un sentimiento dulce en vuestro pecho, si lloráis, si sois humanos y caritativos, si sentís misericordia, lo debéis a la que ha puesto en vuestras manos la lira de sentimiento, porque si el hombre es un mudo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo."

Isabel Greus.

Fotografados Trícromías Bicromías

Confección de elisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

PUJOL, PREYSLER y Cía.

CORRIENTES 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 1830

UNA AVENTURA

Durante la comida, Arsenio Dupuis había escuchado en silencio las terribles historias que contaba Paul Maillard, el notable novelista, cuyos relatos de apaches le han hecho célebre.

De pronto, Arsenio Dupuis, el ilustre pintor, exclamó:

Yo confieso que sus apaches me inspiran miedo. Precisamente la semana pasada me ha ocurrido una pequeña aventura que me hace estremecer cada vez que pienso en ella.

—¿Conocéis a Irene Bervillers? Es una de mis mejores amigas. Hace unas noches la llevé al teatro, y al llevarla a su casa a la salida, me dijo de pronto que mandara parar el auto.

—¿Qué le ocurre?— pregunté sorprendido.

—Que tengo una sed terrible y necesito beber algo, sea lo que sea.

Estábamos en Montmartre. Entramos en un café de modesta apariencia.

—¿Qué interior! En cuanto entré me di cuenta de la imprudencia que habíamos cometido. Allí no había más que apaches y mujeres de la clase más baja. Apenas nos sentamos me decidí a salir de aquelantro. Pero en aquel momento, Irene, que se había manchado todo el brazo al ponerlo sobre el mármol sucio de la mesa, se levantó y me dijo:

—Espérame que voy al lavabo a limpiarme.

Hice un gesto para detener a la imprudente; pero Irene se deslizaba ya entre aquella gentuza, que a su paso dejaba de jugar a las cartas con ojos sensuales y codiciosos.

—Alguno de éstos—pensé—la va a seguir. Y entonces que algunos de aquellos criminales de profesión me miraban detenidamente.

Uno de ellos se acercó a mí y me propuso que le comprase un reloj, robado, sin duda.

No muchas gracias—le contesté.

Irene volvía. Me apresuré a pagar, y no me tranquilicé hasta encontrarme de nuevo en el auto.

A los dos minutos dijo:

—¿Qué contrariedad! Tenemos que volver al café. Me he dejado la sortija, una magnífica esmeralda, en el lavabo.

Dirán ustedes que soy un cobarde; pero confieso que en aquel momento no hubiera sido capaz de volver a aquel inmundicio y peligroso cabaret por todos los diamantes de la corona de Inglaterra, y mintiendo a sabiendas, dije:

—¿Su sortija? Recuerdo que la dejó usted en el tocador. Me acuerdo perfectamente; a la derecha.

Esta seguridad no convenció a Irene. Al llegar a su casa me dijo:

—Quédese aquí. La doncella bajará a decirle si está aquí la sortija. Y si no está ya sabe lo que tiene que hacer. Volver en seguida al café.

Tres minutos después la doncella vino a decirme lo que yo sabía; que la sortija no estaba en el tocador.

Me espantaba la idea de volver al café; pero sabía que Irene se enfadaría conmigo si no hacía todo lo posible para recuperar la joya perdida. Y dije al chauffeur que volviésemos al cabaret.

Entré, y sin mirar a nadie me dirigí apresuradamente al lavabo.

Pues bien: allí estaba la sortija de Irene con su esmeralda de 15.000 francos.

Pierre BILLOTEY

CULMINACION

Para "Fray Mocho"

Exprimiste mi boca, tal que fruta madura,
Refrescaste tus labios, mitigaste tu sed;
con música de besos te adormiste en mis brazos
y yo, como una madre, en ellos te arrullé.

Zumo de mi alma, el llanto vertí sobre tu frente:
alimenté tus ansias, fortalecí tu fe...
Y al hundirme en el lago de tus verdes pupilas,
un temblor infinito en sus ondas dejé!

Matilde Mayan

Balada del amor humilde

Humilde es la casa
y humilde es la mesa
donde nos sentamos
cada vez que llega
mi amor peregrino
pidiendo a su puerta
el bálsamo suave
que cura mi pena.

Camino a la casa,
camino a su puerta,
yo voy con el alma
ansiosa e inquieta
en busca del beso
de su boca fresca
para regalarme
de amor en su fiesta.

La verja es humilde,
humilde es el huerto,
pequeña la casa
y enorme mi anhelo
de llegar a ella
porque en ella tengo
todo cuanto imploro
de Dios en mis ruegos.

Carlos de Zaralía

Don Francisco Soto y Calvo

Anciano de blanca barba
Y de larga cabellera:
Con Invierno y Primavera
Tu escudo debes orlar.
En el continuo luchar
Con que templas tu hidalguía,
Es un sol de mediodía
Tu empuje firme y sin par.

Veo en tus ojos fulgir
A la Gloria que se acerca.
Denota tu alma la terca
Resolución de triunfar.
Hecho de roca y de mar,
Como la roca eres duro;
Como el mar, azul y puro
Es tu espíritu ejemplar.

Anciano de blanca barba
Y de larga cabellera:
Soñador de una quimera
Que se debe realizar:
Si el huracán al soplar,
Te retrasó en el camino,
Persevera! tu destino
Al triunfo te ha de llevar.

Adolfo C. Révol.

Página poética

La muerte de Cleopatra

Especial para "Fray Mocho"

Sobre un lecho de telas orientales
y en cojines de plumas recostada
la reina egipcia yace destronada
para siempre en las sombras sepulcrales.

Y apenas por la túnica ataviada
que otrora despolió en sus bacanales,
yace en el lecho aquel do sus rivales
le rindieron el triunfo de su espada.

Un áspid su lengüeta hunde en el seno
que en áforas de amor vertió el veneno
que el César bebió frente al Faraón.

De lejos, rojo el Nilo ante el poniente
pasa tras la Esfinge cual serpiente
que esconde en el desierto su traición.

Victor J. Maschiatti

LAUDATORIA

Especial para "Fray Mocho"

(A la camada que se ausenta en la fraga-
ta Sarmiento de la que forma parte mi
querido amigo el cadete Alberto Jorge
Fonticelli.)

Paladines gigantes del océano y del viento,
Del océano rugiente, rey de furia y coraje,
Y del viento que construye su verso
En las velas del barco azotando el cordaje.
Adalides del arte de beber universo,
Caballeros bohemios: escuchad el acento
Del marino del cielo,
Del poeta que sueña,
Del poeta que viaja persiguiendo un anhelo
O buscando la tierra donde se halla su dueña.
Es la hora solemne de zarpar. Los gavieros
Han izado las velas que gallardas y henchidas,
Al amor ya se entregan con los vientos troveros,
Mientras dentro los ojos se abren muchas heri-
das.

Y es que no hay "ballestrinque" más seguro
y más fuerte
Que el cariño materno, que el amor de la amada
Que el amor a la tierra y el desprecio a la
muerte.

Hay en toda mirada
Mar de fondo fatal,
Y por cada binomio de ojos negros o azules,
Pasan muchas visiones que cubiertas por tules,
Se estremecen, se agitan, dentro un mar de
cristal.

Padre vuestro es Neptuno,
Dios extraño y barbudo
Como creo no queda de su estirpe otro alguno,
Pues ungido de fuerza es el Dios más forzado
Que en el mundo quedó.
Vuestra Diosa es la luna, pensativa y risueña,
Quen en las noches de viaje, cuenta, busca o
diseña

Los marinos que amó,
Mientras todos vosotros, en los "coys", ya so-
ñando

Como sueña pierrot con gentil colombina,
Vais dejando las hebras de ese sueño, colgando,
Como rubios "chicotes" de la fuerte bolina.
Y esa luna que baja por el palo mesana.

Al llegar los fulgores de la rubia mañana,
Por el mástil trinquete sube presto hasta el
cielo.

Y es tan bello, tan suave, tan rosado su vuelo,
Que es su estela un crisol
Donde todas las luces se confunden y brota
Una luz muy remota
Que es la luz del gran sol.

Dotación peregrina, que a países lejanos
Llevaréis el abrazo de sus dignos hermanos,
Soportando del viaje "cabeceo" y rolido,
Y hasta el "ocho", a lo clown,
Yo también he querido
Que la musa subiera sobre un mástil, y el bardo
Le cantara al marino, que en sí lleva un Bu-
chardo

Y un fantástico Brown,
Que la musa mirando, hacia proa o hacia popa
A estribor o a babor,
Hoy eleve solemne de sus rimas la copa
Con su verso mejor.

Caravana preclara: que redoblen tambores
Y que armónicos suenen los dorados clarines
Ya que vais a zarpar.
Que con besos y llanto, que con sueños y flores
Ornen toda la borda, como en los bergantines
Que eran gloria del mar.
Paladines gigantes del coloso: el océano,
Compañeros de sueños, compañeros de meta,
Yo os abrazo con fuerza, como lo hace un her-
mano,
Y os abrazo en mi verso como lo hace el poe-
ta!

Carlos A. Giuria

El retorno de la novia

Alguna vez vendrás como en otrora
en busca de mis brazos cariñosos,
y hallarás disipadas las auroras
de los besos que fueron amorosos.

Esecondido en el fondo de mi pecho
tendré el frío mortal de tantas penas
que no podrá curar el tibio lecho
de arrulladoras esperanzas buenas.

Serás la dulce novia que retorna
para querer con singular fervor,
más se te abrirá con negra sorna
el amargo reir de mi dolor.

Entonces lloraremos la derrota:
Tú con muchos sollozos de perdón;
yo, con un verso que rebelde brota
en el humo vulgar de la ilusión...

Miguel V. Natiello

Un viaje involuntario

por Luciano Biart

(Continuación)

—Ese buque maldito ha sido construido en los Estados Unidos, — dijo despechado.

—¿En qué lo conoce usted, comodoro? — preguntó el señor Pinsón.

—En su marcha, caballero; si hubiese sido construido en Inglaterra o en Francia, hace tiempo que lo alcanzáramos.

—Puedo asegurar a usted, caballero, que tanto los ingleses como los franceses saben qué cosa es construir una embarcación.

—No lo niego, señor mío; a fuerza de copiar a los norteamericanos, los franceses e ingleses han conseguido hacer en ese ramo algo de bueno, pero no llegan, ni con mucho, a producir tan bien como sus modelos.

Como en aquellos momentos el comodoro no estaba, que digamos, de muy buen humor, el señor Pinsón creyó inútil contradecirle. Así pues, tomó el partido de callarse, aunque le hubiera sido posible probar, con hechos irrefutables, que los ingenieros marítimos de las naciones aludidas valen tanto como el primero tratándose de la construcción de un buque. En compensación de su silencio, nuestro ingeniero se entretuvo con Azogue, respecto de la falsa opinión del comodoro, encontrando en el niño un oyente fácil de convencer.

Pasóse el día en observar al *Davis* que, izado el pabellón a popa, continuaba desafiando a su enemigo. La dotación del *Fulton* apenas podía contener su cólera, estando impaciente por medirse nuevamente con el corsario, el cual puede decirse que a sus ojos había incendiado dos embarcaciones que los tripulantes del buque de guerra norteamericano tenían misión de proteger. El comodoro platicaba a menudo con el primer ingeniero, excitándole a dar a la hélice todo el impulso rotativo compatible con la seguridad de la tripulación. La hélice verificaba doscientas veinte revoluciones por minuto, de modo que el buque andaba a razón de unas doce millas por hora.

—¿Hacia donde se dirige el *Davis*? — preguntó el señor Pinsón al teniente. Parece que ya hace tiempo que deberíamos ver la tierra.

—¡La tierra! — exclamó el oficial —; ¿pero qué tierra?

—Las costas de Francia o de Inglaterra. Acaso el canal de la Mancha es tan ancho que se necesitan más de cuarenta y ocho horas para recorrerlo?

—Este canal lo hemos dejado atrás — contestó el teniente —;

ahora nos dirigimos a las islas Canarias.

—El canal de la Mancha, detrás de nosotros! ¡las islas Canarias! — repitió el señor Pinsón — sólo esto me faltaba. ¿Acaso habré renunciado a visitar los Estados Unidos para desembarcar en el país de los canarios? Si así sucede, Boisjoli puede estar completamente satisfecho de su obra.

Teniendo que ordenar una maniobra, el oficial se había alejado; pero el señor Pinsón repetía una

—¿Dónde se encuentran situadas esas islas?

—En la costa de Africa.

—¿Por ventura pertenecen a Francia?

—No, a pesar de que hacia el año 1330 los franceses las hallaron.

—¡Las hallaron! — exclamó sorprendido Azogue —. ¿Habían sido perdidas esas islas Canarias?

—Las islas Canarias, repuso el señor Pinsón, eran conocidas de los pueblos de la antigüedad, ha-

quista se debe a un caballero francés llamado Bethencourt; a la sazón estaban pobladas por gentes agueridas, los guanches, que, a lo que se dice, tienen cierto parentesco con los berberiscos.

—¿Y son muchas las tales islas?

—Siete principales, muchacho. Una de ellas, llamada Tenerife, tiene un volcán de 3,710 metros de elevación, lo que hace que las embarcaciones la divisen a la distancia de doscientos kilómetros; otra, nombrada isla del Hierro, es célebre por una real orden de Luis XIII, fechada en 1634. Esta isla fué elegida para hacer pasar por ella el primer meridiano.

—¿Son habitadas esas islas?

—Ciertamente; la de Tenerife encierra 100,000 almas.

—¿Qué le haremos! — murmuró Azogue —. Dígame usted, caballero, ¿de cuál de esas islas proceden los canarios?

—De todas, hijo mío.

—Debe ser muy divertido el ver revolotear por encima de los árboles aquellos lindos pajaritos amarillos.

—En estado salvaje el canario de las antiguas islas Afortunadas no tiene el bonito color amarillo del canario domesticado. Es pardo, gris, blanco, amarillo, y por lo tanto multicolor. El canario pertenece a la gran familia de los gorriones, y si bien es verdad que los de las islas Canarias son muy apreciados, también los tenemos en Francia.

El señor Pinsón vióse interrumpido en su conversación por un movimiento que se operó a bordo. Todos los marineros se dirigieron a proa, pues por entre los rojizos resplandores que producían los rayos del sol poniente, se dibujaban los mástiles de una embarcación.

CAPITULO XII

Al cabo del universo

El buque que acababa de divisarse era de vela y al parecer navegaba al Este del *Davis*; pero paulatinamente el corsario iba gobernando en aquella dirección.

—Ven acá, — dijo el señor Pinsón a Azogue —: ¿supongo, que sabrás que la tierra que habitamos es redonda?

—Sí por cierto; sólo que jamás he llegado a entender cómo la gente que vive debajo de nosotros puede andar con la cabeza hacia abajo y los pies en alto.

—Nuestro globo, muchacho, lanzado a toda velocidad en el espacio, gracias a un doble movimiento de rotación puede decirse que no tiene ni parte alta ni parte baja. Por un lado la gravitación



El buque hostilizado, que iba dando al acaso vueltas sobre sí mismo... y otra vez:

—El país de los canarios! ¡No! ¡imposible!

Azogue, que no perdía de vista a su protector, le contemplaba con curiosidad, y cuando vió que se había tranquilizado un tanto, se acercó.

—Es cierto, caballero, lo que acaba usted de decir?

—Y qué he dicho, muchacho? Que Boisjoli...

—No es esto, señor; ha dicho usted que las islas Canarias son patria de los canarios.

—Nada más cierto.

biendo establecido en ellas factorías los cartagineses, quienes las llamaron *islas Afortunadas*, a causa de la bondad de su clima y de su riqueza. Después de la caída de Cartago se olvidó el camino que conducía a dichas islas, quedando únicamente el recuerdo de su nombre en la memoria de los marineros.

—Entiendo — dijo Azogue —: ¿Y a quién pertenecen ahora?

—A los españoles, los cuales, aunque llegados allí después de los franceses, tuvieron el buen acuerdo de apoderarse de ellas. Su con-

atrae nuestro cuerpo hacia su centro; por otro el peso de la atmósfera, equivalente a doce mil kilogramos, nos adhiere sólidamente a nuestra vasta cárcel. Pero te he llamado a fin de que te hagas cargo de uno de los fenómenos que sirven para demostrar la redondez de nuestro planeta: mira en frente de ti y dime ¿qué divisas en el horizonte.

—Lo que cualquiera ve tan bien como yo, esto es, los mástiles de una embarcación.

—¿Y qué parte de los mástiles distingues?

—La punta.

—¿Acaso ves el casco del buque?

—No, — contestó Azogue después de mirar con gran atención.

—¿Y por qué no ves ese casco?

—Porque la embarcación está demasiado lejos.

—El casco de un buque es, cuando menos, cien veces más grande que sus mástiles; y si la distancia no te permite verle, ¿por qué milagro divisas los mástiles? Voy a decírtelo: como la tierra es realmente redonda, primero divisamos la punta de los mástiles de esa embarcación; en cuanto a su casco, lo oculta a nuestros ojos la curva que hace el mar. Si seguimos navegando en dirección a esas malditas islas Canarias, por idéntica causa primero verás aparecer el cono del pico de Tenerife, y sólo a medida que vayamos aproximándonos, se descubrirán las laderas y finalmente la base de dicha montaña. ¿Entiendes ahora?

Algunos gritos de indignación proferidos por los marineros agrupados a la proa del *Fulton*, vinieron a interrumpir las observaciones del señor Pinsón. El *Davis* acababa de arriar su pabellón para izar la estrellada bandera de los Estados Unidos del Norte.

—¿Qué significa esto? — preguntó con curiosidad el ingeniero — ¿es un reto?

—Esto significa — respondió el teniente — que el corsario ha reconocido que el buque de tres palos que navega hacia nosotros es norteamericano, e iza el pabellón de los Estados Unidos para no espantar la presa que tiene a la vista. La treta es infernal, caballero; mas confío en que hemos de desbaratar los planes del pirata, a cuyo efecto vamos a disparar algunos cañonazos para que el buque mercante sepa a qué atenerse.

Empezaba a anochecer: de repente el comodoro, que estaba sobre cubierta, dió la orden de hacer fuego, oyéndose en seguida una estridente detonación. Inmediatamente se asestaron los anteojos sobre el barco de tres palos, embarcación bastante grande y que probablemente iba cargada de algodón. El cañonazo del *Fulton* fué causa de que momentáneamente se desviara un tanto, pero a su vez el *Davis* hizo un disparo. A consecuencia de esta doble detonación creyó probablemente el buque mer-

cante que aquel era un aviso para que se acercase a los dos vapores que parecían navegar de conserva, pues en seguida gobernó hacia ellos.

Lleno de ansiedad y enfurecido el comodoro, mandó arrojar algunas balas sobre el *Davis*, esperando con esa demostración hostil despertar la atención del buque mercante; pero distante éste unas dos millas del *Fulton*, ya no podía distinguir sus señales.

El comodoro se mantuvo en su puesto. De vez en cuando hablaba con el primer ingeniero, excitándole para que forzase la máqui-

El rayo volvió a recorrer el horizonte e iluminó la embarcación mercante, la cual distaba unos tres kilómetros del *Davis* e iba en línea recta hacia él.

—¿Qué significa esto? — preguntó Azogue. — Ni la luna ni el sol brillan en el firmamento, y...

—Esto es la luz eléctrica, muchacho, — respondió el señor Pinsón — indicando con el dedo la punta del palo mayor donde estaban apostados dos guardias marinas. Hemos de confesar que los norteamericanos son ingeniosos; esta treta supongo que no ha de agradar al *Davis*.

PENSAMIENTOS

En las desgracias de los mejores amigos, siempre encuentra el hombre una cosa que no le disgusta.

LA ROCHEFOUCAULT.

Es más fácil gobernar a cien hombres pudientes que uno solo que no tenga nada que perder. — C. CANTU.

El que vive de esperanzas se expone a morir de hambre. — FRANKLIN.

En sus altercados, siempre lleva ventaja la malicia a la buena fé. — FERNAN CABALLERO.

La miradas son besos del alma. — ALFONSO KARR.

No pierdas la esperanza ni te acongojes cuando la fortuna te sea adversa. Con frecuencia las tardes alegres vienen después de las mañanas tristes. — JUAN LUIS VIVES.

Un plebeyo que tiene mérito lleva su nombre, un noble que no lo tenga, lo arrastra. — VOLTAIRE.

Si los pícaros fuesen capaces de comprender las ventajas que hay en ser hombres de bien, serían hombres de bien por picardía. — FRANKLIN.

Uno de los mejores estímulos para las acciones grandes, es tener por testigo a una mujer querida que nos ame. — WALTER SCOTT.

Las guerras durarán mientras los hombres sean bastante necios para admirar y aplaudir a los que los matan. — BARTHELEMY.

El mal tiene alas, y el bien camina a paso de tortuga. — VOLTAIRE.

El hombre que se tiene por más independiente, aún es esclavo del aire que respira. — Mme. NECHER.

Sólo el que inspira terror puede mandar a los demás. — NIETSCHE.

na; el ingeniero al oír la orden del capitán, movía la cabeza: el *Fulton* navegaba con toda la velocidad compatible con la seguridad del buque, habiéndose dado a la máquina el punto máximo de presión. La noche se fué encapotando, y paulatinamente el *Davis* perdióse en medio de la oscuridad.

El comodoro se trasladó a proa, para escuchar del lado del mar. De improviso apareció un rayo de luz, deslizándose sobre las ondas e iluminando el horizonte a la lejana. Pronto aquel rayo alumbró al *Davis*, quien gracias a esto se percibió lo mismo que en pleno día, con gran contento de la tripulación del *Fulton*.

Efectivamente, era un espectáculo fantástico el producido por el rayo blanco que, desde la gran cofa del *Fulton* seguía todos los movimientos del *Davis*, le hacía visible y permitía no perder ni una sola de sus maniobras. Varias veces quiso librarse el corsario, aunque inútilmente, de tan incómoda luz, visto lo cual se encaminó en derechura al buque de tres palos, sobre el que empezó a disparar.

Sorprendido de aquella inesperada agresión, la embarcación mercante inmediatamente cambió de rumbo. Gracias al rayo de luz que la alumbraba pudo verse que parte de sus velas y de su aparejo estaban destrozados. Entonces el

Davis lanzó algunos cohetes incendiarios, que hicieron más precaria la situación del infortunado buque.

Al ver esto los tripulantes del *Fulton* empezaron a gritar indignados.

—¿Háganos usted volar por el aire, — vociferó el comodoro al primer ingeniero, — pero por Dios llévenos usted cuanto antes al alcance del enemigo!

Continuaba el cañoneo. De repente apareció una llamarada en la proa del buque mercante, adquiriendo un tinte rojo las aguas del mar. Envuelta por las llamas, la nave de tres palos flotaba a merced del viento, pues el timón se había inutilizado. Unos diez o doce marineros estaban ocupados en desarmar a toda prisa un bote para lanzarlo al mar.

—¡Este buque se va a fondo! ¡gobernad hacia él! — gritó el comodoro a los hombres que empuñaban el timón.

—El *Fulton* obedeció dócilmente al gobernalle. Los marineros se mantenían silenciosos, y llenos de ansiedad su pecho apenas si respiraban. Poco a poco la nave mercante se iba hundiendo en el abismo, ya que su casco estaba casi a flor de agua. El *Davis*, sin cesar en su agresión, se colocó detrás del naufrago, de suerte que el *Fulton* cesó de verlo.

El buque hostilizado, que iba dando al acaso vueltas sobre sí mismo, presentó nuevamente su proa: los marineros que lo tripulaban fueron desapareciendo uno tras otro. Súbitamente brotó de todos los pechos una exclamación de congoja, pues la embarcación naufraga se ladeaba. Los mástiles hechos pedazos azotaron el espacio de derecha a izquierda y viceversa, luego se hundieron lentamente, acabando por desaparecer debajo de las olas y casco y todo.

—¿Hé aquí lo que trae la guerra — murmuró el señor Pinsón cubriéndose el rostro con las manos. — ¿Qué horror!

El mar volvió a quedar envuelto en la más profunda oscuridad. A los oídos de la tripulación del *Fulton* resonó un grito triunfal proferido a bordo del *Davis*. Dirigida la luz eléctrica sobre el corsario, vióse que acababa de enarbolarse el pabellón de los Estados confederados del Sur.

El comodoro norteamericano, de pie sobre su atalaya, abrió el anteojo con tanta fuerza que le hizo pedazos.

—¿No es verdad que es terrible, caballero — dijo dirigiéndose al señor Pinsón, — presenciar tales infamias sin poder poner coto a ellas?

—Opino lo mismo que usted, señor, — contestó el ingeniero. — Pero, ¿dónde están los marineros del buque mercante?

—Mucho me temo que no hayan tenido tiempo de desembarcar el bote y que hayan perecido junto con la embarcación que los llevaba.

(Continuará)

Conocimientos utiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

LOS OBJETOS DE PIEL DE COCODRILO, se limpian muy bien con una pasta que se hace disolviendo, en caliente, en 60 gramos de agua, 90 gramos de jabón blanco de Marsella, y añadiendo a este líquido, cuando está casi frío, cuatro o cinco gramos de amoníaco. La pasta se aplica con un pedazo de franela que esté bien limpio.

COLADURA DEL VINO. Esta operación, que se hace con los vinos con objeto de que se posen las materias en suspensión, puede abreviarse mucho echando en el caldo claras de huevo, y después agitándolo y teniendo cuidado de no embotellarlo hasta que se haya reposado durante diez o doce días por lo menos. La proporción es de seis u ocho claras por cada 200 litros.

La coladura de vinos blancos se hace echando en ellos cola de pescado, a razón de 25 gramos por cada 200 litros.

PARA GRIFOS Y ESPITAS DE METAL, la mejor aleación es la que se hace con estaño antimonio y níquel. Para el cuerpo del grifo se emplean 78,5 partes de estaño, 19,5 de antimonio y 2 de níquel; para el espigón de la llave 80,7 de estaño, 17,5 de antimonio y 1,8 de níquel, y para el mango de la llave, 71,3 de estaño, 221,5 de antimonio y 7 de níquel.

PUEDEN DEVOLVERSE SU COLOR A LOS TERMOMETROS DE ALCOHOL destañados por precipitación de la sustancia colorante que este contiene, agitándolos con fuerza y sometidos sucesivamente a la temperatura de cero grados y a la que represente el máximo de su graduación. De este modo se consigue que el sedimento vuelva a permanecer en suspensión por largo tiempo.

LAS MANCHAS DE GRASA EN LOS OBJETOS DE HUESO se quitan fácilmente (teniendo cuidado con el fuego), bañándolos en

benzol durante 24 horas, pero lo esencial para el éxito del procedimiento es que los objetos se sequen después lentamente.

PASTA FOTOGRAFICA PARA PEGAR PRUEBAS. — Dos cucharadas grandes de harina de arroz se mezclan con agua hasta formar una pasta espesa. Luego se añaden 600 centímetros cúbicos de agua, y sin dejar de moverlo se pone a hervir con 2 gramos de gelatina y 30 gotas de esencia de clavo, hasta que la masa se ponga como jarabe claro, y entonces se bate con 30 gramos de alcohol.

los que se venden a propósito para esta operación.

PAVON A UL PARA HIERRO y ACERO. — Baño a 1/2 por 100 de cianuro ferropotásico rojo, con igual volumen de solución a 1/2 por 100 de cloruro de hierro. — El siguiente procedimiento es el que se emplea en la Fábrica Nacional de armas blancas de Toledo. Las piezas se desengrasan frotándolas con el cepillo y aguarrás; después se jabonan en agua caliente con cepillo, se secan con trapos. En un brasero de carbón de encina, y cuando

untan con un poco de aceite, Mr. Maugeot, recomendaba los procedimientos siguientes:

Se prepara un baño de arena de magnitud suficiente; se frotan las piezas con un lienzo empapado en vinagre, se las enjuga y deja secar; se las frota otra vez con un segundo lienzo empapado en ácido hidrocórico, y después de haberlas dejado secar al aire, se sumergen en el baño de arena, que se calienta gradualmente. De cuando en cuando se descubre uno de los objetos para reconocer si el color azul ha adquirido el grado que se desea, en cuyo caso se sacan del baño y se enjugan con un lienzo bien seco. Cuando se quiere un azul obscuro, después de la primera operación se pasa sobre las piezas un lienzo impregnado de aceite de oliva, en lugar de ácido hidrocórico, y el color tira a moreno. Para azular las piezas muy pequeñas se prepara una mezcla de prusiato de potasa y de carbón de madera machacado; hecho esto se coloca una caja en una pequeña caja de cobre o de hierro, en medio de la cual se ponen las piezas; después se pone la caja a la llama de una lámpara de espíritu de vino hasta que aquellas adquieran el color deseado. Las limaduras de cobre, la arena, las cenizas de madera fresca, pueden utilizarse para esto, y se obtienen colores de bastante belleza.

SE HACE UN BUEN ENGRUDO disolviendo lentamente en agua un pedazo de cola de unos doce centímetros cuadrados, a lo que se añade una cantidad de alumbre en polvo, equivalente poco más o menos a la de la cola.

Por otra parte, se hace una pasta con media cucharada de harina y un poco de agua fría que se echa en la cola, y una vez puesto todo a la lumbré, se menea hasta obtener la completa disolución.

PARA PRESERVAR LAS SUPERFICIES METALICAS de los vapores ácidos y corrosivos, se intercala entre dos capas de la pintura que se emplee, bien una mano de asfalto, bien una hoja de papel impregnada en parafina.

La inconsciencia

*¿Por qué te asusta la inconsciencia?
¿Por ventura debes gran cosa a tus pensamientos?
La belleza de tus pensamientos, la magia de tus imaginaciones, ha sido para los demás.
A ti cada pensamiento y cada imaginación te han servido de espinas.
Has llevado una corona de espinas, sólo que interior e invisible.
Mira cuán hermoso, reposado y sereno es todo lo inconsciente.
Mira lo que el viento hace con las hojas de los árboles y con las olas, son causarles dolor.
Mira la rosa, cómo sin dolor desabrocha su justillo, florece y muere.
Contempla el agua que vuelta catarata, se despeña y sin dolor es espuma al saltar al abismo y al estrellarse en los dientes de la roca.
Advierte al avatar perpetuo de las viajeras nubes.
Y tú mismo, ¿qué eras en la infancia y qué fuiste más hacia atrás?
¿No reposabas por ventura en el seno de una maternal inconsciencia?
¿Te quejabas acaso?
¿Pues y el sueño, tu amigo predilecto, qué es en suma?
Ah, no, no temas pisar la isla de los Lotófagos...
Deja que tus libros, llenos de amor para todos, sean la muda y generosa conciencia que te sobreviva; y tú, cuando menos algunos siglos, duermes, duermes...
Bien lo necesitas.*

AMADO NERVO

PARA LIMPIAR BIEN LOS OBJETOS DE PLATA se friegan primeramente con agua muy caliente, en la que se haya disuelto un poco de amoníaco, luego se secan cuidadosamente, y, por último, se pulimentan con unos polvos de

está bien pasada la lumbré, se meten las piezas atadas con alambre fino y cuidando de que queden cubiertas; se observa de vez en cuando el color, y una vez adquirido el tono que se desea, se sacan, frotan y limpian con estopa y se

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CÉRRITO 607

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.—
Semestre . . . 5.—	Semestre . . . 6.—	Semestre . . . oro 4.—
Año . . . 9.—	Año . . . 11.—	Año . . . oro 8.—
No. suelto . . . 0.20	No. suelto . . . 0.25	
No. atrasado . . . 0.40	No. atrasado . . . 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

Encuadernación en formato	grande	En cuero	En tela
chico	cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas	"	"	8.—
"	"	"	9.—
"	"	"	6.—
"	"	"	1.50

Notas cinematográficas

El Cronista Sensacional — La Metro - Goldwyn - Mayer acaba de estrenar "El Cronista Sensacional", que es una de las mejores películas debidas al talento original del director Sam Wood. Hay en ella humorismo, fantasía y sentimiento, que realizados con el máximo de efecto y de realismo hacen de la obra que nos ocupa una historia atrayente en extremo.

William Haines, su protagonista, es bien conocido por nuestro público. Relativamente nuevo en el arte mudo, este joven actor ha sabido conquistarse en poco tiempo un puesto envidiable en el ambiente cinematográfico. Y es que su espíritu juvenil, sus graciosas ocurrencias y la rubicundez simpática de su rostro han sabido traducir con extraordinaria eficacia los personajes que le cupo representar.

En "El Cronista Sensacional", Bill Haines, como lo llaman cariñosamente sus compatriotas, personifica a uno de esos muchachos ardientes y presumidos que la vida es un placer, y el amor una mera aventura. Pero el desarrollo de los episodios se encargará de abrirle los ojos a la verdad. Cronista en un diario, se ve proclamado de la noche a la mañana, sin que hayan intervenido en nada ni su habilidad ni su ingenio, héroe del día. Conoce a una honrada muchacha, por la cual siente algo desconocido hasta entonces, y comprende que la vida toma un nuevo significado, pues, el amor ha hecho presa de su alma.

¿Quiénes eran los comprachicos? — En el año 1690 existían en Inglaterra conjuntos de gitanos conocidos con el nombre de "Comprachicos" o "Comprapequeños", cuya especialidad era el robo o la compra de criaturas a quienes desfiguraban y vendían después para bufones o payasos. Eran más crueles que los Borgia y más audaces que los árabes. Eran los inventores de una cirugía fantástica. Mientras que la cirugía plástica moderna embellece y corrige los defectos, ellos tenían la ciencia de desfigurar el rostro humano afeándolo de tal modo que después de ese tratamiento las personas se hacían irreconocibles. Víctor Hugo en su célebre novela titulada "El Hombre que Ríe" hizo su héroe de una de las víctimas de los comprachicos. Gwynplaine, el muchacho a quien los villanos han esculpido en su rostro una eterna carcajada, ha sido magistralmente presentado por el célebre escritor francés. La Universal al llevar a la pantalla la inmortal novela, encargó del difícil rol de Gwynplaine a Conrad Veidt, el actor europeo, contratado especialmente para ese rol. La dirección de esta película ha estado a cargo de Paul Leni.

Se anuncia que El Hombre que

Ríe será estrenada en esta Capital en este mes.

Bulat Batyr. — Dentro de poco tiempo nuestro público podrá apreciar el film soviético Bulat Batyr una de las más grandes producciones de la cinematografía rusa actual.

Bulat Batyr es una película que en nada desmerece de la fama con-

en la capital alemana.

"Los rusos son ahora nuestros mejores productores de películas y ver sus producciones, significa un verdadero placer."

No puede compendiarse en una forma más sencillamente expresiva el efecto que sobre los públicos de Europa están produciendo estas películas rusas que en tan po-

Remedio infalible

Ninguno de mis lectores ignora cuánto puede molestar a la generalidad de las gentes ese tipo "epidémico" que no falta en ninguna reunión, más o menos elegante, el cual no deja en paz a nadie, con su eterno afán de demostrar sus habilidades de prestidigitador. Por eso creo que todos han de agradecerme esta fórmula que les doy para librarse de este molesto mamífero.

—Voy a enseñarle un juego de prestidigitación con las cartas, que, seguramente, no conoce usted. (Caja una carta dice el personaje.)

—Muchas gracias. No quiero ninguna, señor.

—No importa; elija una, la que quiera. Yo adivinaré cuál es.

—¿Y qué gano yo con que usted lo adivine?

—Nada; pero es un juego. Elija una carta.

—¿Cualquiera?

—Sí, cualquiera.

—¿De cualquier palo?

—Sí, sí.

—Bueno: elijo el tres de bastos.

—¿No, hombre! No es así. Tiene usted que sacar la carta del mazo que le presento.

—¿Ah!... Sacarla del mazo. Ahora entiendo. Déme el mazo. ¿Ya está?

—¿Ha elegido usted una?

—Sí; el rey de copas. ¿Lo sabía usted?

—¿Pero, señor!... No tiene que decirme cuál es. Usted me está estropeando el juego. Veamos otra vez. Elija una carta.

—Ya está.

—Ahora póngala otra vez en el mazo. Gracias... Ahora baraja bien los naipes, fíjese bien: ¿es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—¿Es ésta?

—No sé, no me fijé cuál era.

—¿Por favor!... Usted tiene que elegir una carta y verla.

—¿Ah... no sabía!

—Bueno; veamos. Elija otra vez.

—Ya está.

—Ahora baraja. Fíjese... Pero, dígame, ¿puso la carta otra vez en el mazo?

—No, señor; aquí está.

—Esto es desesperante. Escúcheme bien. Elija una carta. Una sola... Mírela bien... No me diga cuál es... Y póngala nuevamente en la baraja. ¿Comprende ahora?

—Ahora sí. Pero lo que no comprendo es cómo va usted a adivinarla. Debe ser usted muy inteligente.

El aficionado a prestidigitador baraja meticulosamente un largo rato.

—Ya está. Esta es la carta que usted eligió.

Este es el momento decisivo.

—"No. Esa no es la carta" (Esta es una gran mentira; pero el Cielo, seguramente, os perdonará en atención al loable fin que os proponéis.)

¿Que no es ésta la carta?... No puede ser. Espere un momento. No es posible que me haya equivocado. (Hecho lo cual, el prestidigitador baraja bien concienzudamente.) Ya está.

¿Ahí tiene la carta que ha elegido.

—Lo siento mucho. No es ésta. Pero algo debe estar mal... ¿Quiere probar otra vez?

Pero, con toda seguridad, el prestidigitador aficionado no os molestará más y se irá presurosamente.

S. LEACOK

quistada en los estudios soviéticos por directores de la talla de Eisenstein, el creador de aquel film formidable que fuera El Acorazado Potemkin, y ha de constituir, a no dudarlo, entre nosotros, un verdadero éxito artístico y de público.

Resulta interesante conocer al respecto el antecedente de la crítica alemana a raíz del estreno de esta película en Berlín.

Dijo el Der Berliner Westen, uno de los diarios de más prestigio

co tiempo han conquistado para su país un puesto de avanzada en el difícil arte cinematográfico.

Bulat Batyr es dentro de esa producción de excelencia probada un punto verdaderamente alto.

Por la intensa fuerza dramática de su argumento, por la belleza de sus paisajes, por el valor artístico de la interpretación, por el exotismo de su asunto, no puede dejar de interesar vivamente a un público tan ávido de novedades co-

mo el nuestro.

Las escenas de Bulat Batyr son de un carácter poderosamente original y atractivo, se apartan por completo de los temas manidos de la producción corriente, y constituye para los espectadores, un verdadero descanso en el rutinario pasar de tantos films, confeccionados sobre un patrón único.

Los usos y costumbres de los antiguos tártaros, raza indómita y pujante, las incidencias de aquella célebre revolución en la que lucharon como leones en defensa de ellas han sido transportadas fielmente a la pantalla en forma tal que llegan al espectador con una fuerza gramática admirable.

Bulat Batyr ha de constituir dentro de la temporada que dentro de poco se inicia en nuestras salas una de las notas más destacadas y notables.

La expectativa que el estreno de este gran film ruso ha despertado en nuestros críticos cinematográficos es grande, teniendo en cuenta los elogiosos comentarios de que viene precedida.

U. R. S. S. Films, Cía. de Grandes Films Rusos, que tiene exclusividad de la producción soviética para Sud América, estrenará esta gran película dentro de poco tiempo en nuestras salas.

El Hombre que Ríe. — La versión de la novela de Víctor Hugo "El Hombre que Ríe" será presentada en esta ciudad a principios del mes de abril. Paul Leni uno de los más geniales "meteur" ha dirigido esta superproducción en la cual Conrad Veidt y Mary Philbin tienen los importantes roles de Gwynplaine (El Hombre que Ríe) y Dea.

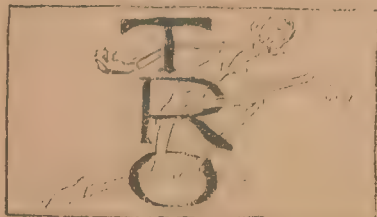
Intervienen además en esta producción extraordinaria Olga Baclanova, Josefina Crowell, Cesare Gravina, George Siegmund, Stuart Holmes y otros. Paul Kohner, ha sido el supervisor de esta película.

Recuerdos Peligrosos. — Hay dos razones por las cuales no le gusta a un actor (ni a cualquier hijo de vecino, si a eso vamos) encontrarse con gente a quien conoció hace mucho tiempo. La primera es que aquella persona que le recuerda a uno que envejece. Y segunda, que el antiguo conocido termina por lo general su discurso solicitando un préstamo en obsequio a la vieja amistad. Lewis Stone, actor de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer, no se refrae, sin embargo, de estos encuentros, en primer lugar porque está orgulloso de sus cabellos grises y no tiene deseo de representar papeles de muchacho; y en segundo, porque posee el talento de decir "no" salvo cuando se trata de amigos antiguos con quienes la suerte no ha sido propicia.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS,
CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE
CHICOS Y GRANDES

N.º 9. — JEROGLIFICO



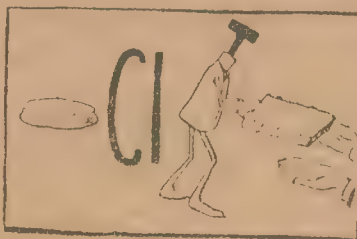
N.º 10 — CHARADA

Aunque espanta su dos tercia,
era el terror de dos tres,
Prima, en el fondo, es muy bueno.
Sólo la todo mala es.

N.º 11 — COMPRIMIDO

1
NOTA NOTA
BO

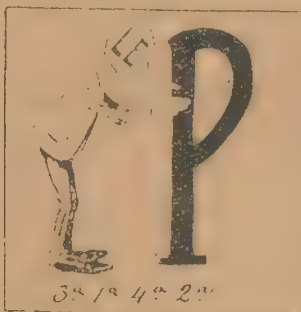
N.º 12 — FRASE HECHA



N.º 13 — COMPRIMIDO

FRUTA TELA O

N.º 14 — CHARADA EN ACCION



N.º 15 — CHARADA

—¿Prima cuarta tercera prima
cuarta
ves en el dos segunda, cuarta
tres?
—Que le hará mucha falta
llamar al todo, al menos cada mes.

N.º 16 — JEROGLIFICO



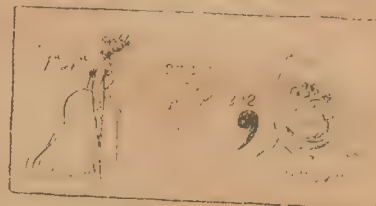
N.º 17 — COMPRIMIDO

UN

N.º 18 — REFRAN EN ACCION



N.º 19 — CHARADA



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 1 — Escribir largo y tendido.
" 2 — Patoso.
" 3 — Hombre prevenido vale por dos.
" 4 — Sintonizar.
" 5 — Bésola.
" 6 — Quien bien te quiere, te ha-
rá notar.
" 7 — Esponja.
" 8 — Sacarse un peso de encima.

EL OLMO, ARBOL PRECIADO Y PRECIOSO

Entre las múltiples variedades de olmos de la flora mundial, uno de los más hermosos es sin duda el olmo blanco de la América del Norte, el *ulmus americana* de los botánicos.

Se encuentra en Canadá, Terranova y en el norte de los Estados Unidos hasta la vertiente oriental de las montañas Rocosas. Su mayor desarrollo y belleza los alcanza en las regiones más húmedas y septentrionales.

Los yanquis hacen de él casi un árbol sagrado, el más apreciado de todos, y se encuentra a lo largo de las carreteras, aislados y en grupos en medio del campo, y es el principal adorno de los parques y avenidas de las grandes ciudades.

Estos hermosos árboles llevan consigo, muchos de ellos, recuerdos de la historia del país.

Guillermo Penn firmó su famoso Tratado con los indios al pie de uno de estos olmos, y la sombra de otro, en Cambridge, Estado de Massachusetts, Washington tomó el mando de las tropas subleadas contra Inglaterra el 3 de julio de 1775.

En Kennebunk, Estado del Maine, hay un magnífico ejemplar llamado olmo de Lafayette, en recuerdo al general francés del mismo nombre que fué a ayudar a los yanquis en su guerra de indepen-

dencia. Este árbol, hoy propiedad de la ciudad, mide 5,90 metros de diámetro y sus ramas más largas alcanzan hasta más de 40 metros.

Cerca del presidio de Wethersfield, en Connecticut, hay un espléndido ejemplar considerado el mayor de los Estados Unidos, cuyo tronco mide 8,50 metros de circunferencia.

En la época de la colonización era costumbre plantar dos olmos frente a la casa de dos recién casados, costumbre que se supone está tomada de la leyenda de Baucis y Filemón, que pidieron a Júpiter como premio a su hospitalidad el no ver ninguno de los esposos la tumba del otro, es decir, que muriesen a la misma hora. Antes de morir quedaron convertidos en árboles, la corteza cubrió sus cuerpos y se despidieron el uno del otro: Baucis, convertido en tilo; Filemón, en roble.

La gran belleza del olmo y la facilidad con que pueden trasplantarse sus retoños han sido las causas que han facilitado su propagación.

En España hay una gran variedad de olmos, pero la especie co-

mún a que se refiere el nombre vulgar es el *nimus campestris*, que alcanza una edad muy avanzada y dimensiones considerables. Citaré como ejemplo el olmo de San Marcial, de Tolosa, con nueve siglos de edad; el de Tremilly, cuyo nacimiento se hace subir al siglo VII; el de Brignoles, del siglo XIII, con un tronco de nueve metros de circunferencia y cuya plantación se atribuye al romano Sisias.

Casi a las puertas de Madrid se encuentran los olmos de Cercedilla, los antiquísimos de San Raimundo y el del jardín de la Isla del Real Sitio de Aranjuez, que tiene 38 metros de altura y 5,28 de circunferencia el tronco y es muy anterior a la época de Felipe II.

A propósito de la longevidad del olmo campestre, dice Pfeil, que alcanza una edad muy avanzada, como se deduce por las maderas que se ven en algunas iglesias y casas antiguas de varios pueblos, cuyo grueso hace suponer que los árboles de que proceden cuentan muchos centenares de años.

En Italia, sur de Francia y Turquía, lo han venido empleando para las construcciones navales.

En Alemania alcanza la misma altura que los árboles de primera magnitud, pero el diámetro de su tronco no suele pasar de unos sesenta centímetros.

El olmo se encuentra en el Centro y Mediodía de Europa, el Asia Menor y en el extremo septentrional de África, y, según algunos, llega también a Siberia hasta las orillas del río Amur.

En España abunda esta especie en ambas Castillas, Andalucía, Extremadura y Aragón; pero ya cultivado, ya espontáneo, se encuentra en toda la Península.

No forma grandes montes en ninguna región de España; pero si rodales más o menos extensos conocidos con el nombre de olmedas.

El olmo prefiere los climas templados y algo fríos, encontrándose de preferencia en los valles y cuencas de los ríos, en las estribaciones de las montañas y lugares sombríos.

Aunque en España se encuentra el olmo hasta 1.000 y 1.500 metros sobre el nivel del mar, no es árbol que llegue a grandes altitudes.

No podemos ocuparnos aquí de la multitud de variedades de olmos que se conocen, pero no terminaremos esta información sin citar la japonesa.

Los ainos, pueblo aborigen del Japón, consideran al olmo indige-

"La paz sea con vosotros..."
Repercutida por las altas paredes de obscuras rocas resonó vibrante la voz del ermitaño. Extraviados por aquellos caminos, le habíamos descubierto en su pintoresca ermita como una hora antes y se había ofrecido amablemente a guiarnos por el buen sendero. Cuando se despidió de nosotros nos hacía el efecto de que le habíamos conocido desde nuestra niñez. Siguiendo sus pasos penetramos en el mundo encantado de los conventos Meteora.

Ya desde Trikkala, la pequeña ciudad de Tesalia, habían atraído las extrañas rocas de Kalakaba nuestra atención. Como poderosas fortificaciones, como castillos inaccesibles se yerguen a la entrada de la fértil llanura del Peneo. En sus cumbres edificó el piadoso monje Nilos, en los tiempos guerreros del siglo XIV, la república bien defendida de los conventos Meteora. Meteora quiere decir entre cielo y tierra, y en verdad que el nombre no puede ser más apropiado. Iglesias y viviendas, jardines florecientes y capillas parecen perderse entre las nubes del cielo como un maravilloso milagro de la Naturaleza, que las hubiera dejado caer sobre los abruptos pedestales de granito.

Cuando nos acercamos a uno de estos imponentes zócalos eran las doce del día y el sol, un sol de fuego y sin compasión, ponía resplandores crueles en las áridas rocas y parecía haber abrasado con sus rayos hasta el último vestigio de vida. En torno nuestro no percibíamos ni la más leve pincelada de verdor, hasta nuestros oídos no llegaba el consolador arrullo de ningún arroyuelo... Y el convento allá arriba, con sus capillas sombrías, con sus patios y sus frescos jardines nos atraía como un oasis en el medio del desierto.

Mucho tuvimos que esperar hasta que el hermano portero se decidió a abandonar su acostumbrada siesta para ocuparse de nosotros. En medio de la paz conventual el tiempo no tiene la misma importancia que fuera de aquellos vastos muros. Impacientes quisimos intentar la ascensión trepando por los trozos de escalera que aquí y allá veíamos sujetos en las rocas, pero nos resultó una hazaña imposible de realizar, aquellas escaleras no debían estar destinados a plantas humanas. De manera corriente no se puede llegar más que al convento de San Estéfano, cerca de Kalakaba, todos los otros no son accesibles sino con ayuda de montacargas, que, parecidos a enormes cestos, bajan desde el cielo a recibir los visitantes o proveedores del convento. Involuntariamente nos preguntamos cómo llegarían hasta aquellas cimas los primeros monjes.

Mientras subimos en el montacargas, que lento va dando vueltas en torno de sí mismo, contemplamos el extraño panorama que nos

rodea y que parece brotado del pincel de algún pintor de imaginación fantástica. La roca, que vista desde lejos nos parece completamente lisa, nos muestra ahora sus desigualdades en las que, colgadas como nidos de golondrinas, vemos las celdas sueltas de los primeros monjes eremitas. Hoy día no están habitadas y poco a poco van cayendo en ruinas. El número de monjes que habita el convento es cada vez menor. De las grandes comunidades de religiosos griegos sólo queda un triste recuerdo

de la otra que parece que desde mi celda podría hablar a media voz con cualquiera de los que habitan las celdas del convento vecino. La atmósfera de Grecia está diáfana y transparente que nos permite percibir el menor ruido y revela a la vista el menor detalle del paisaje. Un precipicio de enorme profundidad separa los dos conventos, al parecer tan cercanos el uno del otro, y horas necesitaríamos para lograr llegar hasta el segundo.

Con asombro contemplamos las verdes praderass — ricos pasto

sión de observar de cerca nuestros anfitriones.

El menú no puede ser más frugal: habas salteadas, aceitunas y huevos crudos, que el prior frota con su hábito raído antes de ofrecernoslos. Después corta grandes pedazos de un gran pan conventual asado por los monjes en ceniza ardiente. Mientras nos dirigen unas cuantas atentas preguntas relativas a nuestro viaje, comen los demás frailes en silencio.

Un novicio, en lucha continua con las mangas demasiado amplias de su hábito, nos llena, incansable, nuestros vasos, rápidamente vaciados, de un vinillo claro y oloroso. La lámpara de aceite se divierte en echar sobre las blancas paredes las sombras extrañas de los monjes barbudos.

Siempre se ha tachado a los monjes griegos de ociosos y holgazanes. No se ocupan ni de arte, ni de ciencia como sus antecesores de la Edad Media. En ningún sentido son beneficiosos a la Humanidad. Así y todo no debemos juzgarlos según nuestra mentalidad. Poseen, cierto es, el amor al "dóce farniente" más que nadie, pero son servidores de Dios a su manera. Sus rostros de rasgos clásicos reflejan una dulce paz de espíritu, muy alejada de toda clase de fanatismo. Con placer casi epicúreo ven deslizarse día tras día. Hay cierta elegancia en su vagancia. Cuidan a ratos el pequeño jardín del convento, riegan verduras y legumbres y descansan el resto del día — solitarios, contemplativos y benévulos — apoyados en las columnas del claustro.

A pesar de que aparentemente hay un gran parecido entre los diversos conventos griegos, notamos al estudiarlos de cerca que cada uno, ya sea gracias a una disciplina más o menos severa o a su colocación distinta, luce un sello especial.

Uno de los conventos más visitados es Magaspoleon — "cueva grande" — que ha sido erigido sobre abrupto pedestal de granito y en una enorme cueva destinada antiguamente al culto de Hércules. Situado en una comarca sumamente fértil, regada por innumerables arroyuelos, posee un jardín maravilloso y una huerta frondosa y rica. A espaldas del convento se sigue alzando la roca al parecer hasta el cielo, pero esta se diferencia de las demás rocas que sirven de zócalo a los otros conventos en que está cubierta por verde y sombrío arbolado.

El más pintoresco de todos estos conventos de ensueño es, quizá, Lavra, que se alza altanero sobre una roca a orillas de ese destumbrante mar de Grecia. La vegetación en torno de él no puede ser más exuberante. Laureles y mirtos florecen en olorosa mezcla sobre las paredes de mármol de las rocas y el murmullo de mil fuentes interrumpe el silencio claustral.

En la paz de los conventos griegos

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear.
Atiende especialmente enfermedades internas.

M E J I C O 1360

Horas de consultas: de 14 a 16
Unión Telefónica: Libertad 0819

Dr Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

De 14 a 16 y 30 horas
PARAGUAY 1615

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consulta: de 16 a 19 horas

CALLAO 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38 Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque. Asistente a la clínica del profesor Sebillan (París)

Consultas: de 14 a 16 horas

LIBERTAD 1375 U. T. 6857 Jun.

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson. Matriz, ovarios y cirugía de Señoras

SUIPACHA 27 U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Av.

do. Desde que el Gobierno se ha incautado de las enormes riquezas que poseían han desaparecido un gran número de conventos y ahora se conservan solo cinco de aquellos que formaban la pintoresca república de Meteora.

Un extraño sentimiento de paz nos invade cuando, después de hacernos ver los patios y los silenciosos claustros, el abad nos conduce a nuestras pequeñas celdas, donde, huéspedes del convento, pernoctaremos hoy. Desde mi ventana, provista de una reja, pero no de cristal, admiro un panorama indescriptible a fuerza de ser hermoso. Las dos altas cimas rocosas, en cuyas cúspides han sido edificados los dos conventos más importantes, están tan cerca la una

cubiertos de ganado — que se extienden en derredor del convento. A nuestros pies, cual luminoso tapiz, brilla la espléndida llanura de Tesalia con el oro de sus campos de trigo y el oscuro verdor de sus laureles y morales. En el fondo se yerguen las cumbres nevadas del Pindo. Al anochecer es un espectáculo de ensueño el ver destacarse como gigantescas obras chinecas las siluetas altivas de los montes sobre el mar transparente y dorado del cielo. Un ruiseñor deja oír su trino romántico, otro le contesta desde los rosales del jardín. Y la campana del convento con su suave tañir parece querer bendecir todo ese maravilloso mundo de Dios.

Durante la cena tenemos oca-

LA MUJER MAS HONESTA DEL MUNDO EN EL NUEVO

La tercera obra de un autor y de una temporada, estrenóse en el Nuevo con buen éxito de público y, mejor aún, de crítica. Con ello, el autor y la temporada han dado un nuevo paso en el buen camino que llevan. Y ya es tiempo de que digamos que el autor aludido es el señor Enrique Guastavino y la temporada, la de Roberto Casaux.

Farsa titúlase esta pieza. La denominación es acertada, porque ya se ha hecho tradicional que esa calificación se aplique a producciones que aparentemente no trasuntan personajes ni escenas reales, pero que en el fondo concentran una más asendada dosis de realismo. Ello se debe a que no tratan de copiar los aspectos más externos, llamativos y visibles, la apariencia engañosa del proverbio, sino que, por una parte, ahonda y se profundiza hasta la raíz más sutil de la obscura nutrición y, por otra, se remonta hacia los altos principios en que se cifran las misteriosas leyes de la vida.

En este sentido, "La mujer más honesta del mundo" es una farsa y una buena farsa, por cierto.

Nos ha presentado el autor en esta pieza, los aspectos de la pasión del amor: el amor en estado salvaje, pristino, que se manifiesta en la simple forma del deseo carnal y el aspecto refinado y ya casi vicioso del amor. El primero, ingenuo y torpe, pero feliz en su simpleza; el segundo, consciente de sí, de sus recreaciones psicofísicas, pero intranquilo y malicioso. Viene a ser algo así como el idilio de Adán y Eva, en el Paraíso y luego fuera de él.

Estas dos formas de la pasión más vasta — en longitud, latitud y profundidad — del género humano, se ofrece a la vista del espectador en humildes: el carnicero Juan y su mujer Vanda, dos tipos plebeyos que viven su felicidad conyugal con la inocencia dulce y apacible de las bestias. El marido es sano, fuerte y trabajador. La mujer es muy hermosa pero insensible a los llamados del placer, por inconsciencia de su yo sensitivo. Tiene la capacidad pero le falta la inantación de sus nervios y de su coquetería.

El tránsito de uno a otro estado, del estado de gracia al de pecado, tiene lugar por la influencia de un amigo del marido, el filósofo de las obras de teatro. Es la labor venenosa de la inteligencia sobre los instintos, que los refina y complica, subvirtiéndolos al poner en ellos un fermento contrario y corrosivo de su propia naturaleza.

El filósofo, como es de suponer, no cree en el amor o a lo sumo, cree en él con fe científica, como atracción artera y simulada de la especie para que los individuos se reproduzcan y la perpetúen. Pero, a despecho de sus convicciones, se enamora de Vanda. Se enamora parcialmente, porque sólo se rinde

TEATROS

a los encantos materiales de la esposa del carnicero, la parte animal del filósofo. Así se entabla en este personaje una lucha interior. El espíritu, sabe que sólo es el instinto el que lo lleva hacia Vanda y para curarse de él, anuncia al marido su estado de ánimo y le pide permiso para acechar de cerca a la esposa, a fin de desencantarse al contemplarla en el trajín diario, en el detalle grosero, en la ridículo y en el contraste de un descuido o de una torpeza. Será un medio radical para librarse de la peligrosa atracción. El marido accede, pero las palabras del amigo filósofo le han abierto los ojos y ahora se da cuenta de los atractivos de su mujer, de sus encantos fascinantes, de la irresistible seducción de su belleza en flor. Poco a poco, despiertan en la mujer extrañas inquietudes. El marido y el filósofo han sintonizado su sensibilidad. Uno, el marido con la concupiscente asiduidad y el recreo estimulante. El otro, el filósofo, con sus acechos de analítica y morbosa experimentación.

Vanda era honrada a carta cabal. Era la mujer más honrada del mundo. Tenía la fidelidad absoluta e inconsciente de todas las fuerzas naturales. Pero el marido y el filósofo, con su diverso egoísmo, han suscitado en ella, sin querer, el egoísmo de sus hechizos, la vanidad, y termina fugándose con un muchacho que la corteja y que sabe aprovechar el despertar de Vanda.

La obra es interesante y sugestiva. Tiene sugerencias no comunes en las obras de nuestros escenarios y puede registrarse como una de las pocas, acaso la segunda en orden cronológico, con "Las descentradas" de la señora Medina Onrubia, que merece el aplauso sin reservas dentro de la más estricta justicia.

La pieza fué muy bien presentada y en su interpretación cabe destacar la actuación de Roberto Casaux, siempre en el centro de gravedad de su personaje, con los matices adecuados a cada situación y a cada escena. Complementaron la labor de Casaux, con mucho tino, la actriz Palomero, así como el actor Ugazio.

Todos recibieron la sensación entusiasta del numeroso auditorio que llenaba totalmente la sala del Nuevo.

No hay que decir que al final se hizo uso de la palabra abundantemente.

UNA OMISION INJUSTA

Generalmente en el teatro se peca por carta de más. Se peca por hinchazón, que no confundimos con gordura, por abultamiento, por ensanche. Se peca en la proporción de los adjetivos, en la longitud de los aplausos, en el número de las representaciones, en la categoría

de los actores. Hay cada primer actor que sólo puede serlo en el orden de su salida a escena; grandes aplausos, que sólo son cuatro aplausos, al baño maría, de los acomodadores y los portugueses; cada doscientas representaciones, que únicamente dan ese número, multiplicado por tres las verdaderas, y así en todo lo demás.

Pero en el cartel del Ateneo notamos una omisión injusta. Una omisión por modestia, por disminución. Todas las noches dice el cartel del Ateneo "Adán y Eva se divierten". Pues bien, eso no es exacto. Será una verdad, puesto que tal es la obra que está representando allí Parravicini, pero es una verdad mutilada. La verdad íntegra, real, es que el público se divierte tanto o más que nuestros primeros padres. Por eso, en honor a la verdad total, debería decir el cartel del Ateneo perfectamente comprobable: Adán y Eva y el público, se divierten. Y esta sería (sin seriola) la chipén, como diría un español castizo.

ZARZUELA ESPAÑOLA

Está visto que la zarzuela española tiene entre nosotros ambiente. Basta que sea un conjunto noble, que cuente con algunas buenas voces, con un coro que no sea de grillos afónicos, con una orquesta numerosa y con decorados en buen uso. Esto parece fácil, pero resulta difícil.

En el Avenida triunfó así la compañía Barreta y seguramente le ocurrirá lo mismo a la del bajo Jimeno, que ha debido debutar en estos días.

La presentación se anunciaba con "La del soto del parral", que viene precedida de muy buenas referencias. De la obra y de sus intérpretes nos ocuparemos en el número próximo.

DESCENTRACION FEMENINA

La mujer es siempre interesante. Un aparato cualquiera descentrado, no sirve para nada. En cambio las mujeres fuera de su centro, resultan de una gran fuerza expresiva. Es bella ilógica del sexo débil. Y si no, ahí tienen "Las descentradas" del Ideal, que están haciendo ruido. Brindamos este tema de mecánica al ingeniero Claps, por si tuviera aplicación en las oficinas de los ferrocarriles del Estado.

LOS CHICOS DEL IDEAL O EL IDEAL DE LOS CHICOS

Merece toda nuestra simpatía la labor que viene realizando doña Angelina Pagano con su incubadora teatral, de la que están saliendo varios pollitos que prometen. Verdadero teatro infantil de arte el suyo, no sólo adiestra y prepara un núcleo de grandes actores

para el porvenir, sino que proporciona a los pequeños espectadores un espectáculo apropiado para sus gustos e inteligencias, al tiempo que despierta en ellos la afición por el arte de Talía, con algo más que fantoches grotescos, trompadas y porrazos.

"El gato con botas", estrenada últimamente, obtuvo una interpretación irreprochable y gustó extraordinariamente a los pibes, que festejaron con su expresivo júbilo las pintorescas peripecias de que está llena la obra.

El Ideal se ve siempre muy concurrido de pequeños admiradores de doña Angelina y de sus aventajados y minúsculos alumnos.

GOMEZ ESPECTREA

El actor José Gómez no se olvida de sus éxitos. Conoce al público y sabe que el que se ha emocionado con una obra, gusta repetir el plato después de cierto tiempo. Y "Los espectros" es un plato fuerte que a todo el mundo agrada. Gómez está muy bien en "Los espectros". Lo sabe, porque ha sido muy aplaudido muchas veces en esa obra y con justicia. Ahí mismo, en el Marconi donde actualmente trabaja, obtuvo con esa pieza muchos aplausos.

Por esto es digno de encomio que mientras prepara el estreno de "Otelo", brinde a sus numerosos admiradores unas cuantas representaciones de la inmortal obra de Ibsen.

En cuanto al estreno de "Otelo", se anunciaba para estos días.

GRAN SPLENDID

Han llegado recientemente las últimas novedades de la cinematografía europea y norteamericana, con lo que queda dicho que el Grand Splendid contará en sus programas de la semana que se inicia, con cintas selectas que por primera vez serán exhibidas en nuestro país.

CAPITOL

La sala de la buena música y de las comodidades para los aficionados exigentes, se ve siempre muy concurrida por un público selecto, que todas las noches se da cita en la espléndida sala de la calle Santa Fe.

GLORIA

Por sus programas, por sus precios, por sus comodidades, el cine Gloria, el más céntrico de la ciudad en plena Avenida de Mayo, goza de la preferencia del público. Está dando actualmente muy buenas producciones de todas las marcas, en el género cómico y en el dramático.

CINE PARC

La sala más popular de Palermo, la más simpática y la más selecta, cuenta con un conjunto extraordinario de novedades de todas las marcas.

Siempre se ve frecuentado por su público familiar de costumbre.

Actualidades Cinematográficas



Escena de la espectacular película "El arca de Noé", con Dolores Costello como estrella, primera cinta extraordinaria que presentará, en breve, la General.



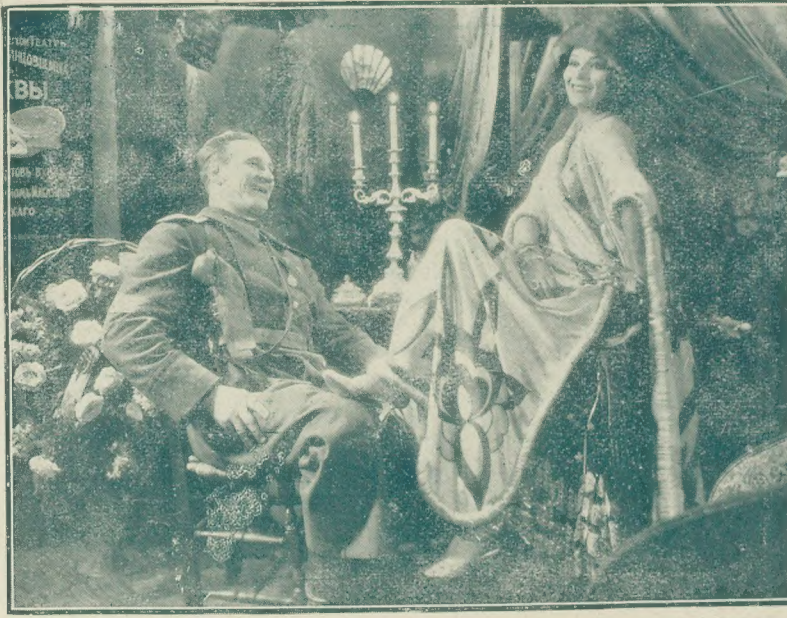
El celebrado cómico Monty Banks protagonista de "Bailarín por carambola", estreno extraordinario que ofrecerá este mes la Corporación.



Lillian Gish y Norman Kerry en "La canción del ensueño" que la Metro-Goldwyn-Mayer exhibe con gran éxito desde hace una semana.



Fred Thomson y Nora Zane en "La aventura del rey de plata" que la General estrenará hoy.



Dolores del Río e Ivan Linow en "La bailarina roja de Moscú", primera extraordinaria que la Fox presentará en el corriente mes.



George Sidney y Shanon Lynn en "Toma y daca", película que la Uni-Mary Astor y Robert Elliot en "El pasado no muere", cinta que la Fox estrenará pasado mañana.



ULTIMAS CREACIONES
DE LA
MODA FEMENINA



1 — Traje para la tarde, confeccionado con raso estampado marrón sobre fondo beige. El bias y la corbata son de raso liso marrón. — 2 Traje para la tarde, ejecutado en seda negra puntillada oro. Puños de piel oro. — 3 — Traje para la tarde, confeccionado con crespón de China negro con movimiento fruncido a un costado y terminado por un volante plisado. Cintura adornada con calados. — 4 — Traje de crespón - satén color verde con tiras de telas aplicadas al revés y de aspecto mate.